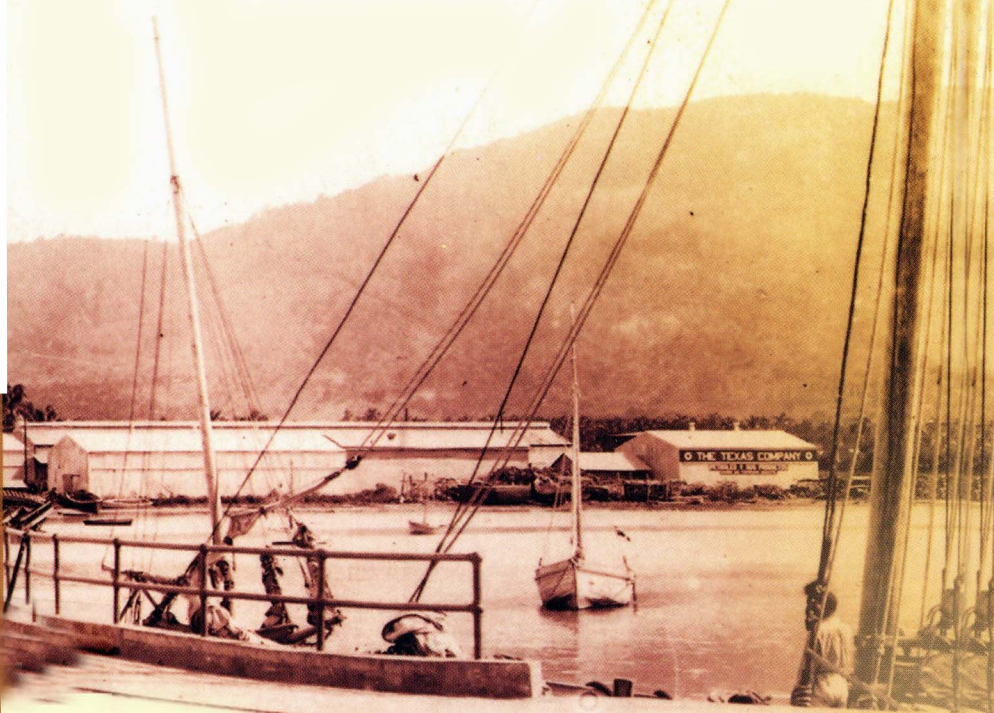


Archivo General de la Nación
Volumen LXXI

JUAN VICENTE FLORES

**ESCRITOS DESDE AQUÍ
Y DESDE ALLÁ**



ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El combativo periodista nació en Puerto Plata en el año 1868. Sus progenitores fueron Ramón Flores y Filomena Treduel. De sus estudios se tienen pocas noticias, aunque sí sabemos que contó con la protección de monseñor Fernando A. de Meriño, cuando este se desempeñó como cura párroco de la iglesia de Puerto Plata; y que recibió clases gratuitas con un profesor martiniqueño.

Los datos biográficos que poseemos nos permiten decir que Juan Vicente Flores fue uno de los jóvenes fundadores de la sociedad patriótica La Regeneradora, cuya primera directiva fue la siguiente: Flores presidente, Agustín F. Morales secretario de correspondencia, y José R. López redactor de *El Regenerador*, vocero de la sociedad. Esto ocurrió en noviembre de 1884, y también estuvieron entre los fundadores José Eugenio Kunhardt, Andrés Sagrado, Chery Andrés, Julio Nugent y Ricardo Limardo.

Flores fue uno de los más destacados jóvenes del Cibao durante los primeros años de la década de 1880. Esos años eran de mucha efervescencia en los principales pueblos cibaеños. Y este periodista utilizó las columnas de *El Propagador* (primero) y *El Propagandista* (después) para exponer sus ideas. Sus críticas contra algunos personajes de la época, entre ellos Ulises Heureaux y Gregorio Luperón, dieron como resultado un enfrentamiento con este último quien, al sentirse aludido y ofendido, reaccionó y quiso hacerse respetar hiriendo a Flores en la cara. Luego del hecho Luperón se sintió profundamente arrepentido y dio seguimiento personal y pecuniario al proceso de recuperación del herido; entre ambos se desarrolló una amistad firme, y el periodista pasó a ser uno de los principales defensores del héroe de las guerras restauradoras.

Desde julio de 1885 vivió en el exilio, al escaparse de la cárcel de Puerto Plata conjuntamente con José Ramón López y Agustín F. Morales. Estaría en Panamá en 1886, y allí publicaría su folleto *El Canal de Panamá*, dedicado a Ferdinand de Lesseps. También residiría en Cuba y en algunas de las Antillas Menores, pero principalmente Saint Thomas (entonces perteneciente a Dinamarca). En La Habana publicaría, en 1889, lo que él mismo señaló como la primera parte de un estudio mayor: *Resultados morales de la civilización española en América*. De este folleto se incluye en esta recopilación la mayor parte de las entregas que fueron publicadas en el periódico *El Porvenir* de Puerto Plata, entre 1888 y 1889.

En 1891 encontramos a Flores residiendo en su ciudad natal. Entonces escribe y publica en el ya referido periódico puertoplateño su testimonio del exilio “El







Escritos desde aquí y desde allá



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo
de la Dirección General de Aduanas

Archivo General de la Nación
Volumen LXXI

Juan Vicente Flores

Escritos desde aquí y desde allá

Andrés Blanco Díaz
Editor

Santo Domingo
2008



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Archivo General de la Nación, volumen LXXI
Título: *Escritos desde aquí y desde allá*
Autor: Juan Vicente Flores

Departamento de Investigación y Divulgación
Edición y cuidado: Andrés Blanco Díaz
Diseño: Puro Fajardo
Diseño de cubierta: Rubén Díaz Carrero
Diagramación: Modesto Cuesta
Auxiliar de investigación: Jacqueline Abad Blanco

Cubierta: Muelle de carga y descarga de Puerto Plata a finales del siglo XIX.

© Ediciones del Archivo General de la Nación, 2008

ISBN 978-9945-020-58-8

Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz N° 2,
Zona Universitaria,
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. (809) 362-1111, Fax. (809) 362-1110
www.agn.gov.do

Impresión: Editora Búho, C. por A.

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic



Contenido

Presentación / 9

Banco / 13

El aniversario vigésimo de la Restauración / 23

El Banco / 31

Acueducto de Montecristi / 33

Los muertos resucitan / 35

La ramie / 41

El Canal de Panamá

I / 43

II / 47

III / 48

III / 53

IV / 56

V / 65

VI / 67

VII / 69

VIII / 71

IX / 73

Carta al director de *El Porvenir* / 75

Inglaterra y los pueblos autónomos américo-españoles

I / 79

II / 80

III / 81

IV / 82

V / 83

VI / 85

VII / 86

VIII / 90



Ojeada sobre la influencia de los EE. UU. en América / 91

II / 101

III / 104

V / 107

El regreso al hogar

I / 113

II / 117

III / 120

IV / 123

V / 126

VI / 128

VII / 130

VIII / 131

IX / 132

A la memoria de la señora doña Manuela Mesnier
de Imbert, fallecida el 25 de abril de 1893 / 135

Protesta / 139

Índice onomástico / 149



Presentación

El combativo periodista Juan Vicente Flores nació en Puerto Plata en el año 1868. Sus progenitores fueron Ramón Flores y Filomena Treduel. De sus estudios se tienen pocas noticias, aunque sí sabemos que contó con la protección de monseñor Fernando A. de Meriño, cuando este se desempeñó como cura párroco de la iglesia principal de Puerto Plata; y que recibió clases gratuitas con un profesor martiniqueño.

Los datos biográficos que poseemos nos permiten decir que Juan Vicente Flores fue uno de los jóvenes fundadores de la sociedad patriótica «La Regeneradora», cuya primera directiva fue la siguiente: Flores presidente, Agustín F. Morales secretario de correspondencia, y José R. López redactor de *El Regenerador*, vocero de la sociedad. Esto ocurrió en noviembre de 1884, y también estuvieron entre los fundadores José Eugenio Kunhardt, Andrés Sagredo, Chery Andrés, Julio Nugent y Ricardo Limardo.

Flores fue uno de los más destacados jóvenes del Cibao durante los primeros años de la década de 1880. Esos años eran de mucha efervescencia en los principales pueblos cibaños. Y este periodista utilizó las columnas de *El Propagador* (primero) y *El Propagandista* (después) para exponer sus ideas. Sus críticas contra algunos personajes de la época, entre ellos Ulises Heureaux y Gregorio Luperón, dieron como resultado un enfrentamiento con este último quien, al sentirse aludido y difamado, reaccionó y quiso hacerse respetar hiriendo a Flores en la cara. Luego del hecho, Luperón se sintió profundamente arrepentido y dio seguimiento personal y pecuniario al proceso



de recuperación del herido. Posteriormente, entre ambos se desarrolló una amistad firme, y el periodista pasó a ser uno de los principales defensores del héroe de las guerras restauradoras.

Desde julio de 1885 vivió en el exilio, al escaparse de la cárcel de Puerto Plata conjuntamente con José Ramón López y Agustín F. Morales. Estaría en Panamá en 1886, y allí publicaría su folleto *El Canal de Panamá*, dedicado a Ferdinand de Lesseps. También residiría en Cuba y en algunas de las Antillas Menores, pero principalmente Saint Thomas (entonces perteneciente a Dinamarca). En La Habana publicaría, en 1889, lo que él mismo señaló como la primera parte de un estudio mayor: *Resultados morales de la civilización española en América*. De este folleto se incluyen en esta recopilación la mayor parte de las entregas que fueron publicadas en el periódico *El Porvenir* de Puerto Plata, entre 1888 y 1889.

En 1891 encontramos a Flores residiendo en su ciudad natal. Entonces escribe y publica en el ya referido periódico puertoplataño su testimonio del exilio: «El regreso al hogar». Pero esta estancia sería momentánea, pues tuvo que salir de nuevo al exilio en 1892, al sentirse acosado por la dictadura, y se instala en Puerto Príncipe, Haití, donde trabaja como profesor de Lengua Española en el Liceo Nacional.

Después seguiría moviéndose en el exilio. Publicaría en Curazao, en 1901 el libro en que expone sus posiciones contra la dictadura de Ulises Heureaux: *Lilí, el sanguinario machetero dominicano, titulado Pacificador de la República, en vez de Sacrificador y Pacificador de sus Conciudadanos*. Este texto fue publicado nuevamente como volumen XX, dentro de la colección de publicaciones del Archivo General de la Nación, en el año 2006, y su edición estuvo a cargo de Dantes Ortiz.

En 1902 regresa a la República Dominicana, y participa activamente en la política del momento, como simpatizante del partido de los bolos o jimenistas. Durante el gobierno de Carlos Morales Languasco era miembro de la Junta Gubernativa organizada en Puerto Plata por el presidente. Pero esta liga entre Morales Languasco y Juan Vicente Flores sería efímera, pues este último no estuvo de acuerdo con la decisión del primero de desligarse de los jimenistas. Flores se unió entonces a las tropas del general Demetrio Rodríguez que se levantaron



contra el gobierno en la Línea Noroeste. Fracasado el movimiento insurreccional, pasó de nuevo a su condición sempiterna de exiliado, ahora en Saint Thomas. Allí llevó una vida marcada por las precariedades existenciales. Se dice que hasta llegó a vender billetes de lotería para poder subsistir.

Luego del asesinato del presidente Ramón Cáceres el 19 de noviembre de 1911, Flores trasladó su residencia hacia Haití, desde donde regresó a las Antillas Danesas, donde tuvo noticias de la ocupación de su patria en 1916, por las tropas de la marina de los Estados Unidos. Entonces alzó su voz de protesta contra aquella acción, en una hoja suelta fechada en Saint Thomas el 30 de mayo de dicho año.

La muerte de Juan Vicente Flores se produjo en Barcelona, España, en enero de 1920. Allí residía mientras realizaba gestiones para publicar un ensayo acerca de la situación político-social dominicana.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ





Banco

El público se ha impuesto varias veces del contrato celebrado en París por el general Luperón para establecer un Banco nacional en la República. Esta circunstancia, pues, nos proporciona la ventaja de que los juicios e ideas que vamos a emitir en el presente artículo se refieren a un asunto conocido de todos, no tenemos para qué dar nuevas explicaciones acerca de ese particular.

Ahora bien, a todo hombre de fijo criterio y de intención no depravada salta a los ojos la conveniencia del establecimiento de crédito contratado por el general. Es conveniente por las copiosas ventajas con que favorece a la República, ventajas que jamás podría palpar el ignorante, ni ninguno de esos hombres que, al imperio de la razón ilustrada, sobreponga el imperio de las pasiones miserables. No tan solo la honorabilidad de las personas contratantes sino el mérito intrínseco del proyecto de Banco, nos lo presentó desde luego como una empresa beneficiosa, a cuya realización nadie sería capaz de oponerse, a menos que no quisiera ser considerado como un estúpido y como un mal intencionado por todo hombre que uniera a un sano juicio la pureza de sentimientos. Así lo esperábamos nosotros; pero, por desgracia, han sido defraudadas esperanzas. No tenemos la culpa. Nuestro error consiste en habernos figurado que vivíamos en un país en que la opinión pública constituía un tribunal ilustrado ante cuyo fallo se podía apelar en cualquier caso.

Una vez publicado el contrato en la *Gaceta Oficial*, se exhibe el señor Mariano A. Cestero impugnándolo en un mal pergeñado escrito, en que las dotes de su ignorancia en materia ban-



caria y financiera corren parejas con los mal encaminados intentos de que siempre se manifiesta poseído cada vez que de esta parte de la República se ha tratado de realizar algún bien en provecho de la República entera. Contéstale el general Luperón, desmintiendo con razones la mala fe que ese señor quería atribuir al acto de la celebración del contrato; a lo que responde don Mariano en términos indecorosos, es decir, esgrimiendo, a más de las armas de su terquedad, de su ignorancia, y de su mal intencionado espíritu opositor, las armas del insulto y de la personalidad. Habiendo llegado a ese terreno la cuestión, no habiendo encontrado el señor Cestero argumentos contundentes, por lo razonables, que presentar a los argumentos comedidos del general Luperón; habiéndose, en fin, convertido en provocador de personalidades, es verdad que el general pudo dejarle entregado en su propia iracundia y no haber aparado el guante que el señor Cestero le ondeaba, toda vez que es muy distinta su situación social y política a la de este último; pero, por lo mismo que aquí no hay una opinión ilustrada que desde el principio hubiese puesto en su lugar a don Mariano, el general Luperón se creyó en el deber de replicar y replicó, rebatiendo primero los argumentos de aquel y después devolviéndole sus insultos. Agotados ya los recursos de su razón, el señor Cestero da riendas a los odios de su mal pecho, y se desata groseramente en los más desenfrenados insultos y en las más depravadas calumnias contra el general en una inmunda hoja suelta mal escrita, encabezada *Por la verdad y la dignidad heridas* y fechada en Santo Domingo el 28 de marzo próximo pasado. Aquí debemos decir con el hombre de juicio, que «cuando no se sabe escribir, a lo menos se tiene conciencia y dignidad para lanzar al público papeles [...]» Sin advertirlo, el señor Cestero ha publicado su hoja suelta, no para que la vea ninguna persona digna, sino –como dice otro hombre de juicio– para que la lean «esas gentes ávidas de descrédito y de deshonra, que, por malignas o malvadas o deshonoradas, se deleitan en lo que les parece que desconceptúa o deshonra a los buenos».

El general Luperón no debe fijar su atención en el señor Cestero, su nombre no debe figurar al pie de ningún escrito dirigido contra ese individuo que la generalidad del país no conoce; él no debe responderle, y no le responderá. Don Qui-



jote se desvive por encontrar un compañero. Obedeciendo a la inspiración de sus personales sentimientos y oyendo a muchos de sus amigos, a quienes no puede desatender, tales como los señores R. E. Betances, presbítero Fernando A. de Meriño, Eugenio María de Hostos y Juan T. Mejía, el general Luperón se aparta del terreno de la discusión personal, porque en manera alguna puede cuadrar a su posición, a su categoría ni a su nombre. Uno de ellos le dice:

Luperón es un nombre histórico que no debe pasar a los anales de la patria envuelto en personalidades; Luperón es el nombre del primer Gobierno organizador que ha tenido la República, y no debe encontrarse en luchas de desorganización; Luperón es el amigo sincero de todos los que queremos cosas grandes para la patria americana y para la patria dominicana, y Luperón no debe darnos el dolor de verlo envuelto en pequeñeces.

Por lo que respecta a este periódico, en que ha venido publicando sus artículos el general Luperón, hemos de hacer presente que estábamos dispuestos, como propagadores de ideas sanas, a desvirtuar oportunamente, por nuestra parte, la desnaturalización que hacía el señor Cestero del noble fin que había presidido a la formulación del contrato de Banco; pero ahora dejamos a un lado ese propósito para contraernos al contenido de la mencionada hoja suelta. Lo hacemos así, no ya por nuestras invariables simpatías particulares hacia el general Luperón, y sí porque él es jefe, no de un bando, sino de un partido político, al cual pertenecemos, y al que no pueden menos de lastimar sensiblemente los insultos y calumnias que lanza el señor Cestero contra el hombre que lo encarna y dirige. En esta virtud, vamos a acometer una rectificación, lo más detenida que podamos, de los juicios encerrados en el papelucho en cuestión. Es de notar, antes de pasar adelante, que el señor Cestero se desentendiéndole allí del asunto del Banco, lo abandona. La coyuntura de los insultos le ha facilitado el medio de evadirse, de volver la espalda a una lucha para la cual no está aparejado, por cierto. Ha desperdiciado la ocasión de patentizar, por deferencia a sus amigos, los grandes conocimientos que posee como eminente



estadista, cualidad que algunos ignorantes le atribuyen. Esta circunstancia nos afirma en la creencia que abrigamos desde hace tiempo, tocante a que, para hacer las cosas, cualquier Salomón es bruto, y para criticarlas, cualquier bruto es Salomón.

Pasamos por alto, como atrevidamente calumnioso, aquello de «el general Luperón, obedeciendo a las exigencias de su temperamento» y «reforzado por la plétora de vanidad que en él ha llegado a su último desarrollo», porque ni el señor Cestero ni nadie podría dar de ello prueba. No nos detengamos en «acepta y luce cruces, sin solicitar la venia del Congreso, como lo exige el Pacto Fundamental»; pues ese señor ignora si el general Luperón lo ha hecho o lo hará. Quede en suspenso para su oportunidad el 4to. párrafo de la hoja suelta, sobre el 10% de las compañías de crédito y usura, que con tanto empeño defiende dicho señor, y el 25% de los acreditadores de mercaderías. Siempre hemos creído que no se debe decir todo a la vez sobre una misma cosa y en el mismo lugar y tiempo.

Hagamos caso omiso, por ser procaz grosería, lo de que el general Luperón «ha mentido miserablemente», en lo que dice acerca del juego de naipes, ni aquello de «una perversidad moral debidamente apreciada por las gentes de conciencia recta». Tanto valdría decir que el general Luperón es un malvado, lo que manifiesta en toda su desnudez el espíritu calumniador del que así se expresa. Principiemos a hacer paradas. Examinemos la inocente pregunta «¿Cuándo ha sido oficio mío calumniar?» En el momento en que escribía, el señor Cestero estaba ejerciendo ese vil oficio. En primer lugar dice (párrafo 4^o. citado): «La fama dice que el general trabaja en negocio propio, hallándose agasajado por la oferta de algunos miles de francos en acciones, etc.» He ahí una calumnia que solo puede forjar aquel que a ello esté acostumbrado, pues ni hay tal fama ni ninguna persona de buen criterio ni de dignidad tendría conciencia de ultrajar de una manera tan miserable la respetabilidad de un hombre bueno. Esto es singular. El Gobierno celebra al efecto un contrato con algunos de los principales banqueros de París, que son personas por todos conceptos respetables, y es ayudado en los trabajos por el íntegro Dr. Betances; el contrato es más ventajoso que el proyecto y las instrucciones del Gobierno, y por la razón de que el general



Luperón se defiende de los ataques gratuitos del señor Cestero, este en su derrota de la batalla de los principios, se atrincheró en el terreno de la calumnia y lanza la inicua mentira de que «el general trabaja en negocio propio, etc.», o lo que es igual: que está metido en deshonorosos manejos. Esa fama ha salido del mismo laboratorio en que el señor Cestero confecciona sus calumnias: él tiene un ingenio especial para inventarlas. Ejercite, pues, ese ingenio el señor Cestero, seguro de que le dejará provecho y le adquirirá mucha honra y mucha gloria.

Pasemos ahora al 9^{no.} párrafo (2^{da.} columna) a presenciar el detalle de los servicios del señor Cestero, servicios de 22 años.

En 1861, pasé de Curazao a Puerto Príncipe en comisión cerca del general Sánchez, con el encargo de ocuparme, en su unión y con la ayuda de recursos de aquella República, en evitar la anexión.

¿Y cumplió con el encargo? ¿Se ocupó? ¿Impidió la anexión? ¿Por qué no acompañó a Sánchez al Cercado? ¡Oh! ¡Gran servicio!

Realizada, a la vez que la infamia del Cercado, fui el primer dominicano que dio cuenta al mundo del honroso hecho de San Juan en artículo publicado en El Eco Hispanoamericano.

¡Dar cuenta al mundo! Y el mundo ¿conocía por ventura al señor Cestero? ¿Era un Víctor Hugo o un Castelar capaz de llamar hacia su escrito la atención del mundo? ¿Iba el mundo a fijarse en el artículo de ese señor? Es que ni los mismos conciudadanos del señor Cestero tenían conocimiento del asunto. Al oír esto, cualquiera se figuraría que el señor Cestero es un gran escritor, cuando todavía no ha podido pasar de cabo. ¿Dar cuenta al mundo, como si el mundo fuera el pueblo de Pajarito? ¿Y cómo es que ni la historia, ni los periódicos, ni nadie más que el señor Cestero, que es quien refiere el caso, ha dado noticia de ello? ¡Encumbrado servicio!

No acepté el indulto de Isabel II, etc., etc.



Entiéndase que ese indulto fue general, no dirigido al señor Cestero directamente y tan solo. ¡*Incommensurable servicio* que desconcertó a la vieja España!

Al estallar la revolución de agosto de 1863, y posteriormente, le presté el contingente que pude escribiendo en periódicos de Venezuela, particularmente en El Federalista, de Caracas, dirigido y redactado entonces por el Dr. Larrazábal.

Dice la fama que fue tal el efecto de esos artículos, que los periódicos en que se publicaban aumentaron su circulación hasta el punto de andar de mano en mano por todo el continente colombiano. Con esos artículos derrotó el señor Cestero 20,000 soldados españoles y tomó cuatro fortalezas. Con esos artículos pudo estremecer la dominación española y la echó al suelo. ¡*Servicio colosal!*

desempeñando comisión a Maracaibo con el fin de allegar fondos –que no conseguí– para facilitar el transporte a la Revolución de algunos expulsos de Curacao, yo entre ellos.

Pero, si no consiguió los fondos, ¿qué mérito tiene ese servicio? ¿Y por qué no los obtuvo? Además ¿exigía el patriotismo a esos expulsos, el señor Cestero entre ellos, que para trasladarse a la revolución restauradora debían hacerlo provistos de fondos? ¿Cuántos no vinieron sin un centavo? Si los hombres de la Restauración, el general Luperón entre ellos, fuesen a enumerar insignificantes servicios como esos, ¿cuántos volúmenes no llenarían? ¡Magnífico servicio!

y si no ingresé en ella (en la revolución triunfante) hasta enero de 1865 –el abandono se hizo en julio de 1865– fue porque no se me proporcionaron los fondos necesarios. Fue el Sr. Francisco Saviñón quien los proporcionó.

Otra vez los fondos. ¿Era condición *sine qua non* ingresar con fondos? ¿Por qué no vino sin ellos? El señor Cestero acaba de



declararlo, «no ingresó hasta enero de 1865 porque el abandono se hizo en julio del mismo año.» *¡Espléndido servicio!*

A esos servicios se debe la libertad completa de la República. Estos son apuntes que damos para la historia.

El general Luperón, con haber luchado tan heroicamente por sacudir el yugo del dominio extraño, no sirvió la causa nacional antes que el señor Cestero; este sí, que en 1865 «contribuyó a constituir el país en la Asamblea Constituyente y se esforzó bastante, hasta con riesgo de su vida, en sostener la situación política representada por el general Cabral.»

Con ese solo hecho la causa nacional se afianzó de tal suerte, que la patria alcanzó su felicidad.

Perdida esta (la situación) acá en el Sur, fácil era mantenerla en el Norte, donde había opinión unánime contra Báez, el general Luperón era gobernador de Santiago y dimitió del cargo por no desempeñar ese hermoso papel, alzándose después en Puerto Plata, así que quisieron ponerlo en prisión.

En eso demuestra el señor Cestero dos cosas: o que desconoce la historia, o que quiere acomodarla a su particular situación de calumniador, desfigurándola. Sobre el hecho que aquel señor cita hemos pedido explicaciones al general Luperón, quien nos ha expuesto que habiendo venido Báez en 1865, llamado por los mismos hombres de aquella situación, el Gobierno que la representaba escribió al gobernador de Santiago, que lo era el general, ordenándole que pronunciase a Santiago o hiciese que los demás puntos del Cibao lo verificasen también. El general, que no podía consumir este acto, que rechazaba su conciencia, reunió entonces el Ayuntamiento y depuso el mando. Con esto cumplió su deber como subordinado y en vista de que el Gobierno no había sabido cumplir con el suyo. Tan luego dejó el destino levantó una protesta contra el llamamiento de Báez, vino a Puerto Plata y levantó el estandarte revolucionario para derrocarlo. Como se ve el hecho es muy diferente de como lo cuenta el señor M. A. Cestero, faltando a la verdad.

En este punto, es oportuno expresar que los actos de la laboriosa vida pública del señor Cestero solo han tenido lugar en



la capital, esto es, nunca han llegado a conocimiento del resto del país; así, pues, la mayoría los ignora. Entre esos actos figuran a continuación de los mencionados, los siguientes: que en 1867 «se opuso en el Congreso a las emisiones de papel moneda, etc.» Oposición tan ineficaz que no impidió la repetición de esas emisiones, las cuales hundieron el crédito de la situación política y el crédito de la República; «que echó las bases de la oposición a las negociaciones de la península de Samaná», y ya sabemos lo sólidas que eran tales bases cuando no impidieron que el Gobierno enviase a los Estados Unidos Yankees un comisionado para llevar a efecto las negociaciones. El general Luperón se opuso desde el Cibao a ese hecho, obedeciendo a sus sentimientos nacionales e interpretando los de estos habitantes. Además no es verdad que el general «estaba quieto aguardando hechos» pues él se ocupaba en organizar la resistencia y hacer frente a la formidable revolución que trajo a Báez al poder otra vez, la cual fue provocada por la ineptitud del Gobierno y por la desunión y las intrigas de hombres que, como el señor Cestero, debieron haberla ayudado a salvar la República, si acaso eran capaces de acometer esta obra.

Para su tiempo y sazón dejamos aparte lo que dice el señor Cestero que hizo en el destierro, «viviendo de su trabajo, *cuando pudo trabajar*» y «protestando ante el congreso yankee contra el contrato de Samaná y la anexión de la República.» Esto se parece a aquello de dar cuenta al mundo etc, etc. ¿Por qué no protestó en los campos de batalla, luchando por la libertad contra los propósitos villanos de Báez? Estas fueron las únicas protestas, las protestas del sacrificio, que impidieron que nuestro país fuese presa de las ambiciones anglo-americanas.

Otra calumniosa acusación lanza el señor Cestero al general Luperón, levantándole que «gravitó pesadamente sobre paisanos y amigos extranjeros», cuando el señor Cestero debe saber todo lo contrario, como lo saben todos los expulsos de los *seis años* y de otras épocas. Ahí en Santo Domingo no habrá faltado hombres de recta conciencia que le hayan recriminado como lo merece su procaz lenguaje y sus falsedades inauditas... «Y con haber pasado dos veces por interventorías de Aduana y una por el Ministerio de Hacienda, soy pobre. ¿Puede decir lo mismo Luperón?» De modo que el móvil de servir en



Interventorías de Aduana y en el Ministerio de Hacienda es el de alguna riqueza? ¿Quiere decir que Luperón es rico, porque ha pasado por Interventorías y Ministerios de Hacienda? Nos reservamos volver a tocar detenidamente este punto; pero antes debemos hacer constar que si porque un hombre sea político no debe trabajar para vivir con el producto de sus esfuerzos personales, entonces la política es para todos sin excepción, objeto de las más abominables rapiñas; el trabajo personal, en tal caso, es cosa nula. El político debe, pues, aparentar pobreza, porque si da señales de que tiene algo, no es porque lo ha trabajado, sino porque lo ha robado.

Otro cargo calumnioso hace el señor Cestero al general diciendo que «contribuyó a abrogar la ley de descentralización en el Cibao,» cuando precisamente ha sido el general Luperón que ha hecho efectiva esa ley. Las entradas que produce el Distrito Marítimo de Montecristi ¿quién las consume? ¿no es el mismo distrito? Las entradas pertenecientes a Santiago, La Vega y Samaná ¿no las reciben íntegras y puntualmente esos tres departamentos? Pruebe lo contrario el señor Cestero.

Vamos a terminar. La indignación que ha causado a todos los amigos del general Luperón la hoja suelta del señor Cestero nos ha movido a escribir estas líneas. Hemos descendido a otro terreno; pero somos nosotros únicos autores y responsables de cuanto dejamos expuesto, y suceda lo que suceda. Permanecemos en el campo. Aguardamos. No lo abandonaremos, aunque venga sobre nosotros una tormenta. Cuando se falta al decoro público manejando la calumnia, cualquiera tiene derecho de defender la verdad. La justicia lo manda. Si para ciertos actos es que la haya y para esto es necesario provocarla.

El Propagador, Año III, No. 111, Puerto Plata, 5 de abril de 1883.





El aniversario vigésimo de la Restauración

El Porvenir, en la relación que hace de la festividad del 16, deja a *El Propagador* que la continúe. Recogemos el guante gustosos.

Todavía está fresco en la mente el grato recuerdo de la celebración de la fiesta nacional. Todavía resuenan en el oído los gritos de alegría, las aclamaciones, los vivos, los sones del Himno de Capotillo, el ruido producido por el cañón en la Fortaleza y por los fuegos artificiales en la plaza, los redobles de los tambores, la bulla de los muchachos, esos compañeros inseparables [...] de las libertades públicas, que en tales circunstancias por dondequiera que pasan comunican alegría y divierten con su vocería y su tropel, tan propios de su carácter y de su edad; los pasos de los jóvenes y de los hombres caracterizados que discurren por todas partes sembrando la animación y el embullo, aquí comiendo, allí bebiendo sin exceso, allá cantando y acullá bailando en decentes reuniones; y los armoniosos sonidos de las orquestas y de la música militar por las calles. Todo eso se percibe todavía como si la fiesta siguiera. En ella ha predominado esta vez toda la animación, todo el movimiento y todo el entusiasmo que ha faltado en las anteriores, de algunos años a esta parte. Es verdad, no obstante, que aún no está el espíritu del pueblo tan convenientemente predisposto en favor de las solemnidades cívicas del modo que en la celebración de los grandes días de la República –que son el 27 de Febrero y el 16 de Agosto– el amor a nuestras glorias nacionales llegue al grado supremo de la exaltación y no haya barrio



donde no haya un espectáculo, una diversión, una fiesta; ni casa que no ostente algo nuevo exteriormente, un adorno, una bandera; ni familia que no se entregue al regocijo patriótico, ni corazón que no arda en el más acrisolado patriotismo. Pero eso llegará. A medida que la República vaya internándose en la ruta del adelanto, el sentimiento del pueblo irá aumentándose, la satisfacción de ver a la Patria engrandeciéndose se hará de día en día más profunda y de ahí nacerá el inquebrantable estímulo de conmemorar cada vez mejor esas dos grandes fechas, por ser ellas las que señalan las épocas primitivas de la vida de nuestra nacionalidad; las ciudades, emuladas por cierto laudable orgullo, acometerán a porfía todos los años la organización de las fiestas, procurando sentar un precedente nuevo cada año, y quién sabe si se llegará al punto de crear premios para agraciar a aquella localidad que más se distinga por el buen gusto y la brillantez desplegados en esa organización.

La sociedad «Casino Nacional» se preparó de antemano para cooperar [...] y su concurso ha sido tan cumplido, que podemos y debemos dar por seguro que, sin ese concurso, la fiesta había perdido algunos de sus principales atractivos.

Desde ese día (14) notábase un movimiento tan entusiasta en determinados puntos, que por él podía adivinarse lo que habían de ser la víspera y el día. Ese movimiento era el de los preparativos, y hasta la música tomó parte en ellos, pues algunos miembros de la expresada sociedad dispusieron aquella misma noche dar principio a la celebración, recorriendo calles precedidos de los acordes de una orquesta improvisada y acompañados de restauradores. Era un grupo numeroso que, aumentado después por algunos masones, se disolvió, satisfecho del comienzo dado a la obra, a la 1 de la madrugada.

La víspera, a las 12 del día, el estampido del cañón, los sonidos de las campanas, de la música y de los cohetes, poblaban el aire y despertaban la animación en toda la ciudad. La Banda militar, después de ejecutar algunas piezas en la calzada de la iglesia, anduvo repartiendo al son de la danza el programa de la fiesta. Los frentes de la Gobernación, de la nueva casa de Ayuntamiento, nuestro «Hotel de Ville», de la sociedad «Club de Comercio» y del «Casino Nacional» se adornaron de diferentes maneras, pero agradables a la vista de todas. En el parque el



juego de molinete y de caña para los muchachos estaba preparado, y en la tarde hubo de ser muy divertido. Por la noche retreta de mucho ruido y rumba con tímboles, cornetas y *jututos*, que duró hasta las 10; iluminaciones vistosas y fuegos artificiales en abundancia. La espaciosa acera de la iglesia, el centro del parque, algunos balcones de las casas del rededor semejaban una explosión de gente de todos tamaños, edad y sexo. Un globo muy bonito se elevó, mostrando iluminada la bandera tricolor dominicana. Después de la retreta la música entonando el Himno de Capotillo, que tanto va penetrando en el fondo del pueblo cibaño, y un grupo respetable de ciudadanos, dirigiéndose a la morada del soldado más connotado de la Restauración, el general Luperón, y de allí se pasó al Casino, iluminado de lado [...] profusión de arbolitos curiosamente de varios colores. Entre armonías musicales y entretenciones muy decentes transcurrieron largas horas, hasta que los que habían quedado se recogieron a las 2 de la mañana. A las 12 un cañonazo de la Fortaleza de San Felipe saludó el nuevo día, y a las 4 tuvo lugar la alborada, muy concurrida. Durante la noche no hubo nada ni nadie que desordenara. Todo pasó bajo la más perfecta armonía. Dudamos de que haya uno siquiera que no esté satisfecho de lo que en la víspera se hizo, pues no se encontrará quien no convenga en que todo quedó muy bueno, como pocas veces. Y esa es la verdad. Solo hay que desear que el año que viene se haga más de lo que en este se ha hecho. Sirva de estímulo lo que se acaba de ver.

El 15 amaneció lluvioso; pero el 16 se presentó sereno, como puede serlo el día más bello. A las siete y media bajó de la Fortaleza el batallón de «Cazadores» uniformado, con la banda nacional y precedido de la Banda de música. Acampó frente a la Gobernación. Allí se hallaba reunido un número regular de ciudadanos, autoridades de todo carácter, tres vicecónsules, el de Italia, el de Suecia y Noruega y el de los Estados Unidos Yankees; los otros no se dignaron asistir. Así hacen ellos siempre. No sabemos por qué se les pasa invitación. Ya para cortesías basta. En aquel lugar estaban el general Luperón y el expeditado por este Distrito, ciudadano Alfredo Deetjen, que es también de los restauradores connotados. A las ocho todos se dirigieron a la iglesia. *Dejaron*. Estaba dispuesta una solemne



misa cantada y *tedéum*, como de costumbre; pero no era de costumbre el que asistiera una concurrencia tan numerosa como la que asistió. Muchas veces hemos visto el templo cuasi vacío. Este año estaba cuasi lleno. Concurrencia de ambos sexos; alumnos y alumnas de las escuelas municipales y particulares y los respectivos directores; miembros de algunas sociedades; en fin. La *Guardia Nacional* no se dejó ver. Como aquí todo se desordena y nada se organiza, parece justo que desapareciese ese cuerpo, cuya creación obedecía al sistema organizador que el Gobierno Provisorio del 6 de octubre [...] en la República, y que ni autoridad ni Gobiernos posteriores han sabido o han podido o han querido utilizar. La función religiosa quedó bien; pero con una buena orquesta o una buena capilla habría quedado mejor. Los cantores, como siempre, chillaron mejor que cantaron. Son buenos para cantar misas de la Virgen los sábados en Altamira. Sin embargo, ellos tienen la culpa... Es una vergüenza que nunca haya en el iglesia canto bueno. Un destino fatal imprime una misma marcha a todas las cosas en la República. Pregunta: ¿Quién nos mejorará? Respuesta: El cólera asiático.

Antes de entonar el *Tedéum laudamus*, el padre Cristinacce, revestido de capa, habló desde el presbiterio con motivo del día. Sus palabras fueron buenas. Todos las escucharon reverentemente.

En cuanto terminó la ceremonia salió para la Gobernación la concurrencia, a la cual se incorporó, por especial invitación, el señor cura. El batallón con la Banda de música, que habían asistido, rindieron frente a aquel despacho los honores de ordenanza. Los instrumentos rompieron con el memorable himno marcial de Rouget de Lisle. Una vez en el salón la comitiva, se sirvió la champagne (*refresco*, dice *El Porvenir*), y en seguida tuvieron lugar los brindis. El Gobernador habló el primero, y lo hizo como su carácter y la circunstancia lo exigían, concluyó dando la preferencia de hablar ante aquella reunión acerca del 16 de Agosto, al general Luperón, y este se vio en el compromiso de decir algo, y dijo mucho en una brillante improvisación, pues se remontó a los acontecimientos históricos que tan estrechamente se relacionaron con la anexión de la República a España y puso de relieve la magnitud de la empresa



patriótica acometida por el pueblo dominicano para recuperar su independencia y libertad. Lo dicho por el general Luperón es tan importante bajo el punto de vista histórico, bajo el punto de vista político y bajo el punto de vista de la grandeza de la Restauración, que nos proponemos utilizar sus palabras como asunto para ocuparnos, bajo otro orden de ideas, en el glorioso 16 de Agosto de 1863.

En seguida tomaron la palabra sucesivamente los ciudadanos Alfredo Deetjen, Eliseo Grullón, Juan de la Paz Morales, Wenceslao Reyes y el presidente del Ayuntamiento. Unos con más extensión que otros, todos hablaron muy bien. Terminaron los brindis con el pronunciado por el señor José Ginebra, vicecónsul de Italia, en su nombre y en el de sus compañeros, es decir, los presentes; pues los ausentes ni siquiera tuvieron la atención de excusarse. Con esto terminó la ceremonia oficial.

De los concurrentes, los que no fueron a otra parte, acompañaron al general Luperón a su casa [...] el Gobernador, el presidente del Municipio, el comandante de armas y otros funcionarios públicos. Allí hubo ocasión para nuevos brindis y para refrescar la memoria, por parte del general, con recuerdos imperecederos relativos a la magna guerra de Restauración.

De allí se pasó al Casino, donde se repitieron los brindis con champaña, como en todas partes: hasta la tarde no hubo nada. Ese tarde fue lo mejor de los dos días y de las dos noches, porque en ella tuvo lugar lo trascendental; lo edificante; lo grandioso, lo bueno, lo demostrativo, lo espléndido, lo augusto, lo laudable, lo patriótico. No nos referimos a los toros, que como el día anterior, salieron para dar corridas a los muchachos; no nos referimos al palo encebado puesto por el Casino en el medio de la calle, y el cual tenía en el tope \$4 para incitar a los muchachos a que subieran, como en efecto subieron; no nos referimos a las corridas de sortijas frente al Restaurant «16 de Agosto», abierto al público ese día, corridas que divirtieron mucho la calle Dominicana, no sabemos el porqué el juego es en sí divertido, o por qué los corredores semejaban *espantajos*; no nos referimos, en fin, a un baile de una hora que esa misma tarde, a eso de las 8, tuvo efecto en la «Unión Puertoplateña», sociedad que también puso su parte en la celebración de la fiesta, adornando el frente de su casa con ramos y un transparente



que lucía en letras azules este grito: «¡Viva el 16 de Agosto!», y dando un baile en la noche, bastante animado y de larga duración. Nos referimos a la *Procesión cívica*, a esa demostración sencilla, tierna, conmovedora, sublime, que los alumnos de las escuelas públicas y privadas de la ciudad, con sus respectivos estandartes, hacían al gran día de la Patria, paseando por las calles con música, cantando el Himno de Capotillo, vitoreando, y, en vez de alegrar, enterneciendo a todo el que tiene corazón para sentir. ¡Hermoso precedente! ¡No lo abandonen jamás! Enseñen a los niños a conmemorar las grandes fechas de nuestra historia; enséñenlos a amar las glorias nacionales; insinúenles en sus corazones el patriotismo por medio del entusiasmo; excítenles el sentimiento de su nacionalidad por medio de esos actos manifiestos, que tanta fuerza tienen para conmover. Los niños forman una generación, que es una gran generación, es grande por lo mismo que la constituyen los seres más pequeños de tamaño y de inteligencia –tal vez no de corazón– de la sociedad humana. Es la generación del porvenir. Mimémosla, pues, con cuidado. Amémosla; venerémosla; eduquémosla solo en el bien y para el bien, elevémosla; civilicémosla, para que ella a su vez civilice a la República.

A las cuatro de aquella tarde reuniéronse en la Gobernación los del cortejo cívico. Figuraban en él las autoridades y muchos empleados públicos. Era una verdadera muchedumbre. Primero estuvo en casa del general Luperón, quien se incorporó a ella presidiéndola. De allí se trasladó al local de la sociedad «Unión Puertoplateña», no sin visitar antes la de «Hijos de la Luz». En aquella la esperaban y se le unieron los individuos de «La Progresista», vestidos de blanco, con fajas azules que llevaban inscripciones. Esto dio realce efectivo a la procesión. Al llegar esta, la presidenta de «La Progresista», señorita Inés Cedeño, obsequió con hermosos ramilletes al general Luperón, al Gobernador y al ex-diputado Alfredo Deetjen. A la entrega y recepción de esos objetos se unieron frases oportunas, así por parte de la presidenta como por la de los obsequiados. Después de esto salió la procesión. La presidenta llevaba un pequeño estandarte blanco en el que se veía en letras de oro esta inscripción: ¡Viva el 16 de Agosto! Nada más venerable que aquella marcha. La música ejecutaba el himno patrióti-



co que hemos referido; los niños lo cantaban. La procesión visitó el «Casino Nacional», donde fue muy atendida y obsequiada; el «Club de Comercio», la «Beneficencia Mutua» y la «Socorros Mutuos».

A las 7 de la noche terminó la demostración cívica, cuyo recuerdo servirá, a no dudarlo, para hacer lo mismo todos los años.

Esa noche, como en la anterior, hubo retreta, fuegos artificiales, iluminación y algarabía en el parque. A las nueve terminó todo y principió el baile dispuesto por el Casino en celebración de la fiesta. Los que lo gozaron dicen que la víspera hubiera quedado mejor. Así es que nosotros, que solamente lo vimos, no sabemos a qué atenernos. Parecía que allí la naturaleza se había deshecho en flores. Había cincuenta y seis. Todas formaban un ramillete el más primoroso, el más encantador, el más hermoso, el más deslumbrante, el más seductor que pueda darse. Bello conjunto, Dios lo guarde.

A las tres de la madrugada tocaron a su término el baile y la celebración del vigésimo aniversario de la segunda guerra de independencia de la República, la guerra más digna de la epopeya por lo grandiosa, la más heroica y la más gloriosa que se ha visto.

El Propagador, Año III, No. 128, 21 de agosto de 1883.





El Banco

Una noticia que, sin duda alguna, ha de desagradar profundamente a los usureros de este país, es la que nos ha traído el vapor francés «Caldera», que entró en este puerto el 29. Hela aquí:

El proyecto de Banco sancionado por el Congreso ha sido aceptado por el contratista y los banqueros franceses que han de dar los 12 millones de francos que componen el capital de ese instituto de crédito.

La noticia, que es de fecha 6 de este mes, ha venido directamente de París, y es tan fidedigna que podemos exclamar llenos de contento y satisfacción: ¡el Banco es un hecho!

En esa misma fecha fue depositada en la Legación de la República Dominicana en París la suma de *veinte mil pesos* [...] pocos días después depositar en el Banco de Francia los *cien mil francos* que exige el contrato en garantía del establecimiento de dicha institución, que se verificará dentro de seis años. Por lo pronto tiene asegurada la República la cantidad de *veinte mil pesos* que, dado caso de que no se llevara a cabo el Banco, entrarían en las cajas nacionales sin haberle costado trabajo ni esfuerzo alguno al Gobierno.

Bueno es que, de paso, se tenga por entendido que esa fianza de *cien mil francos* se debe tan solo a la inspiración del Comisionado del Gobierno para contratar el Banco, pues las instrucciones nada decían acerca de este particular. Esta es, pues, una de las ventajas del contrato, ventaja que debe ser tenida muy en cuenta. En cuanto a las acciones del «Credit Commercial» (\$20,000), a que nos hemos referido más arriba, estas han de-



bido ser devueltas, pues solo fueron dadas mientras se depositaba en el Banco de Francia la suma anterior, que a esta fecha lo ha sido.

Puede verse en esto la buena fe que presidió a la celebración del contrato mencionado, pues si la intención de los contratistas y de los banqueros indicados hubiese sido la de explotar a la República, como lo dieron a comprender la ignorancia, la estupidez y la calumnia, aquellos señores no habrían aceptado el contrato sancionado por el Congreso a menos que este Poder no lo hubiera aprobado tal cual fue hecho primeramente conforme a las instrucciones dadas por el Gobierno del presidente Meriño a su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Europa.

Tendremos Banco. Este es un motivo para que estén de plácemes los intereses públicos, que tanto venían sufriendo por la falta de un establecimiento de crédito de esa naturaleza.

El Propagador, Año III, No. 130, 31 de agosto de 1883.



Acueducto de Montecristi

En la ciudad de Montecristi el agua es un artículo de tanta más necesidad, cuanto que allí raras veces llueve y los ríos quedan a una distancia considerable. Ahora varias personas connotadas de aquella población han concebido el pensamiento de construir un acueducto que lleve agua del Yaque a la ciudad.

En días pasados estuvieron aquí los señores Enrique G. Galicia y Domingo A. de Peña, enviados por el Ayuntamiento de aquel punto para que practicasen ciertas diligencias encaminadas a poner por obra el pensamiento referido. Una respetable persona de esta ciudad, a quien desde luego hubieron de dirigirse, les ofreció sus buenos servicios con el mismo fin y nos consta que ha procedido a dar pasos para contribuir al acontecimiento de la obra progresista.

Bajo cualquier punto de vista que se considere el pensamiento, su realización es de una importancia trascendental, y a la vez que tiende a satisfacer una gran necesidad local, se encamina a realzar la importancia política de Montecristi, que —como punto fronterizo— necesita de todas aquellas mejoras y de todos aquellos adelantos materiales y de otro género que lo eleven, en orden al progreso, a una altura conveniente. Esto constituye uno de los principales objetos que nuestra política debe tener por continuo norte, aunque todavía no ha habido gobierno que en este asunto de tanta magnitud se haya fijado atentamente con el propósito de darle el más breve cumplimiento. Es, pues, de esperarse que hoy los hombres de la situación, que pueden y deben prestar su concurso a la construcción del acueducto, no omitan medios ni esfuerzo para llevarlo a efecto, pues ya es



tiempo de que las miras de los hombres que, con razón o sin ella, han dado en llamarse políticos en nuestro país, se detengan, no en cosas superficiales y verdaderamente pequeñas, sino en los grandes intereses del porvenir de la nación, los cuales son tan desatendidos, cuando son ellos precisamente los que más deberían empeñarse en promover la sagacidad, la previsión y la inteligencia de los hombres de Estado o de aquellos que ponen la mano en la cosa pública.

Corresponde al fomento de estos intereses el poner en planta los medios necesarios al desarrollo del progreso de nuestras poblaciones fronterizas, cuyo estado presente está muy lejos de ser el que conviene a su posición topográfica y al papel que representan. Entre esas poblaciones figura Montecristi, y figura todo el Distrito del mismo nombre; pero como no cabe duda de que del adelanto de la capital depende en mucha parte el adelanto de las demás comunes y lugares de que aquel se compone, salta a los ojos desde luego cuánto importa crear allí empresas y realizar mejoras que concurren a imprimirle una marcha no interrumpida hacia la prosperidad y el engrandecimiento. Y pues estos asuntos deben llamar la atención del Gobierno antes que la de la de ninguna otra persona, le recomendamos este en que venimos ocupándonos, a fin de que ponga de su parte cuanto pueda contribuir a la realización de la idea. Su cooperación es necesaria, pero porque lo sea no dejará de merecer la gratitud de Montecristi, si, como es de esperarse, se la presta bien eficaz.

A nuestro parecer, el concurso mejor que el Gobierno podría facilitar a la obra del acueducto consiste en que le dedique un diez por ciento de las entradas fiscales de aquel Distrito, por lo mismo que esas entradas se invierten en su totalidad en el mismo departamento. Con esto, con lo que a ese propósito destine de las rebajas municipales el Ayuntamiento montecristeño y con el concurso de las personas pudientes de allí, hacedero será el acueducto, y se satisfará la necesidad que tiene de agua potable aquella ciudad.

Resuélvalo, pues, así el Gobierno.

El Propagador, Año III, No. 130, 31 de agosto de 1883.



Los muertos resucitan

Los grandes crímenes, aquellos que tienden a minar y volar, como una materia explosiva, las instituciones nacionales; aquellos que tienden a la ruina y desaparición de la Patria, a poner en poder de extraños dominadores el hogar, la propiedad, el derecho, la libertad, la independencia, la soberanía y la nacionalidad; los crímenes odiosos, villanos, infames, premeditados con paciencia, con calma, de noche, mientras todos duermen, perpetrados con estudio, con conocimiento de causas y efectos, con conciencia; esos crímenes de lesa patria, quedan impunes en este país. ¿Qué decimos? ¿Es posible tal fenómeno político y criminal? ¡Esto horroriza! Y los que perpetraron esos crímenes, esos aborrecibles criminales son rehabilitados. ¿Para qué? Al dar la respuesta cuasi enmudece la lengua en la boca y el corazón se para de pronto en sus movimientos, petrificado por el más vergonzoso de los horrores. Para nada y para todo. Para traerlos al servicio de la Patria, a ellos, los asesinos de la Patria; para hacer ver que son necesarios a su perversidad, para poner de manifiesto que los buenos servidores y los servidores malvados todos son iguales, quienes por un lado, quienes por otro; para probar que no se sabe gobernar con los suyos y que para robustecer las calumnias del gobierno se carece de ese tacto, de esa aptitud, de ese certero golpe de vista necesario para colocar en el escenario político hombres nuevos y capaces, sacados del seno del partido de la situación, que tantos hombres buenos cuenta en sus filas, si bien todavía desconocidos, para dirigir con segura mano, cada uno en su esfera, los intereses de la cosa pública, que son los intereses de la Patria.



¿Y esa es la política? ¿Sí? Pues esa política es una política retrógrada, inhábil, nula, sucia, política que contraría los fines de la política real, positiva y verdadera; política que se complace en acumular alrededor del Gobierno todo el combustible de que se pueda echar mano para preparar una conflagración, con perjuicio de la felicidad de la nación que pide y exige una consagración inmediata, directa, absoluta a la promoción del público bienestar y del nacional engrandecimiento. Esa política que contrasta la conciencia pública, a ese insobornable tribunal que juzga, sentencia y condena con inapelable fallo los crímenes que excitan la indiferencia de los tribunales ordinarios y los consejos de Estado; esa política no conviene en manera alguna en la época presente, en que se debe atener, antes que a otra cosa, a dignificar por medio de acciones dignas y honrosas el Poder que manos criminales han envilecido a fuerza de tantos errores injustificables, de tantos desaciertos inconcebibles y de tantos asquerosos actos de antinacionales; a levantar definitivamente el prestigio de la República y de la nación elevándole a la más [...] interior y exterior; y a dedicarse de veras, formalmente, a precipitar sobre el país los torrentes de bien; a hacer que la grandeza de la República, tanto en el orden material como en el orden moral e intelectual, así bajo el punto de vista económico, como bajo el punto de vista político y civil, sea el reflejo fiel, la representación exacta de todas las posibles manifestaciones del progreso. Esa miserable política es funesta porque sus tendencias no son otras que las de reproducir, si no en toda su deformidad, a lo menos en varios de sus abominables detalles, el pasado en el presente. ¿Y qué sería entonces del porvenir? ¿Queréis engarzar los hechos pasados con los hechos futuros? ¿Queréis que los unos saturen con su hiel y sus inmundicias a los otros? ¿Queréis que los hechos pasados salten por sobre el presente y vayan a formar con los hechos venideros una sola masa? ¿Por qué? ¿podréis de ese modo merecer el tributo de las bendiciones que la posteridad consagra a los buenos? ¿Es admisible, o no es odiosa, en los tiempos que corremos, una política que corrompe más bien que regenera, cuando ya demasiada corrupción tiene encima la República?

De cuatro años a esta parte ella ha adelantado considerablemente. Se puede medir la magnitud del paso que en tan poco



tiempo ha dado hacia el progreso, por la magnitud del paso que ha dado hacia la paz. Esto constituye una gran conquista, si se considera la larga serie de años que estuvo entregada a los horrores de las civiles guerras. La paz es lo esencial para el adelanto de un pueblo. El progreso es un acontecimiento tranquilo; su curso se desenvuelve tan solo en medio de la paz; él no puede avenirse en manera alguna con el choque de las armas; el fragor de las batallas y de los combates le ahuyenta; el humo de la pólvora le asfixia; él no asienta sus plantas en el campo ensangrentado. ¿Sabéis cuál es el gran obstáculo que impide la marcha del progreso? La guerra. ¿Queréis detenerlo, alejarlo, o por decirlo así, esterilizar sus efectos? Pues encendedla. Tocad la generala y la habréis tocado [...] y vuelve; pero solo se queda cuando hay paz. Hoy se puede contar con que los cimientos del progreso están levantados; nada más que los cimientos. Esos cimientos son la paz, de la cual se saca tan poco provecho porque no se sabe fecundarla para que dé copiosos frutos, ni tampoco se sabe vigorizarla y proporcionarle terreno abundante en que pueda echar profundas raíces, a fin de que sea incommovible por el amago de las borrascas civiles. Algún adelanto se nota, sin embargo; pero poca cosa es ese adelanto, teniendo en cuenta lo mucho que en estos cuatro años la República habría avanzado si hubiese habido interés, desprendimiento, abnegación, esfuerzo o cualquiera otra cosa que, empleado como potente palanca, la hubiera empujado con brío hacia adelante. Lo poco, muy poco que de entonces acá se ha caminado es nada para un país que tan dilatada senda tiene que recorrer todavía.

Pues bien, esa paz que tanto se desperdicia ¿de quién es obra? Es la obra de un partido. (Es preciso que se tenga presente esta verdad, pues parece que quieren olvidarla o no tienen ojos para verla). Es la obra de un partido que no ha contado con el concurso de nadie; es la obra suya, propia, exclusiva. Ningún otro partido, ningún otro bando le ha facilitado su cooperación para realizarla. Al contrario, mientras ha estado ocupado en ella, todos, sin excepción de uno siquiera, han estado cuatro años aliándose y confabulándose y tramando todo género de maquinaciones para echar por tierra la laboriosa y patriótica obra de un día, que anteriormente no pudo consumarse en treinta años. Esto pone de relieve una verdad irrefutable, y



es la de que ese partido es el más fuerte, puesto que los partidos enemigos, todos juntos, no han podido supeditarlos. Esa fortaleza, o si se quiere, esa invulnerabilidad, es una cualidad que ha conquistado a fuerza de su constancia en la lucha por la independencia nacional y por el derecho y las libertades públicas; la ha conquistado en cien combates rudos por la salvación de la Patria, librados contra los que la entregaban, como una esclava, a extranjero yugo en cambio de un puñado de oro malvado.

Ese partido que se ha visto diezmado en los campos de batalla, aherrojado en los calabozos, maniatado con uno, dos y hasta tres pares de grillos, botado en masa al destierro, siempre cruel y prolongado; ese partido, en quien la tiranía ha hecho mayor número de víctimas, el que ha hecho incalculables sacrificios, de todo género, por la salvación de la Patria en peligro; ese partido azul, que otros llaman, con razón, partido liberal-nacional, porque ha sido el único que ha fundado el reinado de la libertad en la República y que lo ha defendido contra todos los tiranuelos domésticos después de haber sido el único que librara el país de caer de nuevo bajo oprobioso dominio extranjero; ese partido, que nunca se ha prestado, ni en el poder, ni en el hogar, ni en el ostracismo, a servir los intereses de ninguna nación extranjera, ese partido, que ha dado tranquilidad a la República avasallando a los partidos contrarios, después de haberse proclamado el errado principio de que era imposible gobernar sin el concurso de todos ellos, y de haberse pretendido la fusión de todos como el más seguro medio de estabilidad de las instituciones y de establecer el imperio de la paz, creencia cuya falsedad hace cuatro años que él mismo está probando; ese partido, que no necesita del concurso, ni de los elementos ni de los hombres de los otros partidos, porque todo lo tiene consigo y está demostrando que él, que ha salvado la República, es el único que puede gobernarla con mejores garantías de paz, de concordia y de libertad; ese partido fuerte, numeroso, progresista; en fin, ese partido libertador, ¿está realmente en el Poder? Sí y no. Sí, porque, gobernando los otros partidos, no le es dado residir en otro punto que en el destierro. No, porque la obra de los advenedizos está probando muy a las claras que no; se trabaja por abigarrar la situación con perjuicio del partido; hombres que no quisieran sino su ruina



elaboran planes que den por resultado echar en brazos de sus enemigos a ese partido, se combinan medios para introducir en la política militante a los *vende-patria*, lo que da a entender que ya el partido no inspira respeto; y tan es así que no se ocultan tales manejos; ya se fraguan faz a faz de todos: La obra de la división adelanta. ¿Quién no la ve diariamente? Solo se encubren los fines; pero la suposición los adivina al instante. «¡Dividir para reinar!» ¡Cosa extraña! ¡En un partido que se basta a sí mismo, se admiten elementos extraños, elementos perniciosos, elementos que no pueden menos de obedecer a la atmósfera en que se han formado, elementos *inaclimatables*, elementos humanos; y los otros partidos, que no pueden sostenerse en el poder sin la ayuda de los demás, observan al pie de la letra el principio de *gobernar con los suyos*! Pero esto tiene su explicación en que para ser Presidente de la República por siempre es preciso introducirse en el seno del partido azul, porque aquellos son partidos personales, que solo transigen con sus ídolos en cuanto se refiere al mando supremo. Esos hombres que, al parecer, abandonan las filas de sus bandos e ingresan en las de nuestro partido, no lo hacen sino bajo la idea del medro, pues saben que desde el momento en que hagan su fingida conversión penetrarán hasta en lo más recóndito de su confianza y alcanzarán elevados puestos públicos, y si la temperatura es excesivamente favorable pasarán de allí con viento en popa a la Magistratura suprema para conspirar después contra el mismo partido, como sucedió con Cesáreo Guillermo. Esos hombres, por su condición inconsecuente, ingrata y rebelde, son comparables al lobo o a cualquiera de esos animales salvajes; podéis cogerlo desde tierno cachorrillo, desde el momento en que, endeble y desvalido, sale del seno maternal, y llevarlo a vuestra casa y criarlo y mantenerlo con el mismo interés con que cuidáis a los otros animales domésticos que os sirven; pues bien, ese animal no olvidará jamás que vio la luz en el seno de una montaña, y tan pronto haya llegado a su completo desarrollo, estad seguros de que olvidará la sociedad en que se formó y huirá a los bosques a habitar con sus compañeros. ¡Cómo influyen en la naturaleza humana las pasiones políticas hasta el punto de hacer al hombre asimilable a la fiera!



Se creará, sin duda, que nosotros queremos para los partidos que no sean el azul la separación absoluta del gobierno; pero no es como partidos contrarios que quisiéramos verlos eliminados del Poder, sino porque son la vergüenza y la afrenta de la nación. Cuando gobiernan no tienden a otra cosa que a la ruina de la República y a sembrar en medio de las familias las divisiones y los odios y a encender la hoguera de la discordia entre sus hermanos todos. Que si propendieran al bien de todos, si respetaran los derechos y las libertades públicas, si reverenciaran y rindieran amoroso culto a la majestad de la soberanía y la independencia nacional, poco importara que alternasen con el partido azul en la dirección de los destinos del pueblo dominicano, y hasta importara algo menos cualesquiera que fuesen los medios que empleasen para subir las gradas del mando supremo, porque, siendo progresistas y patriotas, habrían al fin de convenir en la necesidad imperiosa de suprimir entre ellos todos los abismos, y deponer en aras de los principios las armas fratricidas, apelando a las luchas de la ley con exclusión absoluta de las luchas ilegales.

Así, pues, nuestro partido, como entidad política, no debe transigir con sus irreconciliables enemigos, ni con los asesinos de la República. No debe olvidar que sus principales glorias las alcanzó luchando por la Patria y por la libertad contra propios y extraños. Él, que no ha hecho jamás causa común con los vende-patria, ¿consentirá que figure de alguna manera en el escenario político uno de ellos, muerto para la conciencia pública, pero no para la inconsciente conciencia privada de alguno? ¿Se hará el partido solidario de semejante vergonzoso acto y mucho más mediando, como median, ciertas circunstancias nada favorables a su prestigio, su dignidad, su delicadeza y buen nombre? ¡Nada de resucitar muertos! ¿Podrá el partido aceptar su compañía? ¡Jamás!

Esos muertos son los traidores. Nada de rehabilitarlos! ¿Para qué, y por qué? ¡No se necesitan los buenos elementos y se anda a caza de los malos!

Tan culpable es el que inicia una mala causa como el que la abraza. Tan *desnaturalizado* fue en los Seis Años el que propuso la anexión de la República a los yankees como el que la aprobó. Tan *vende-patria* es Báez como Gautier.

El Propagador, Año III, No. 139, 17 de noviembre de 1883.



La ramié

No sabemos en qué estado sigue en el país el cultivo de esta placiosa planta; pero lo que sabemos de cierto es que conviene propagarla y establecer varias haciendas de ella, pues se obtendrán de esta empresa tantos resultados como los que se recojen del tabaco, del café y del cacao, y como los que se alcanzan y se alcanzarán de la caña.

Lo hemos dicho muchas veces, si no estamos equivocados. El florecimiento de nuestra agricultura se logrará, no mediante el cultivo de un solo fruto, ni de dos, ni de tres, sino de muchos. Atenerse a uno, dos o tres frutos es exponerse a pérdidas considerables en lugar de recoger ventajas ciertas. Ocurrir frecuentemente en los mercados extranjeros la depreciación de más de un fruto al mismo tiempo, y siempre que cultivemos una variedad de ellos podremos estar seguros de que difícilmente nos sobrevendrán crisis lamentables.

El punto de las Antillas en que se cultiva en mayor escala y con más seguro éxito la ramié es Puerto Rico. La vecina isla está dándonos el ejemplo, que debemos imitar a fin de introducir de veras y beneficiar con interés un fruto que, dadas las condiciones admirables de nuestra tierra, puede llegar a ser uno de los productos privilegiados de nuestra agricultura, un precioso producto que, a nivel de la caña, del tabaco y del cacao, habrá de rendir numerosas ganancias al comercio y utilidades sin cuento a la República.

Un cabo-rojeño, el señor Domingo del Toro, entendido agricultor, está resolviendo allí el problema con favorable suceso. Dedíquense a resolverlos aquí los agricultores dominicanos.



Fomenten haciendas de esa planta, ensanchando así la agricultura, ofreciéndole más campo al comercio y abriendo nuevo camino a su propio [...] este semanario hemos tenido el gusto de una noticia respecto de la empresa *ramieña* del señor Domingo del Toro. Es admirable el desarrollo de esta planta en Puerto Rico, gracias a los bien encaminados esfuerzos de aquel amigo, el cual ha remitido a París, hace algunos meses, dos tallos que miden dos metros veinte centímetros y que estaban aún bastante tiernos, pues hacía solo cincuenta días que había cortado la cepa que los produjo. También ha recogido una abundante cosecha de semillas, las que adquieren allí el mismo desarrollo que la planta. Según los buenos resultados que nuestro amigo ha obtenido de sus semilleros, puede asegurarse que este es el mejor medio de propagar la planta, siempre que se observen escrupulosamente las instrucciones que acompañan a cada pote. De los primeros 3,000 pies que importó de París la *Sociedad Cabo-Rojeña* y que costaron \$ 82 puestos en Mayagüez, solo se pudrieron 18 matas y hoy dicha sociedad ofrece en venta por \$ 25 un pote que produce de 12 a 15 mil matas, incluyendo instrucciones para la formación y cultivo de los semilleros.

Para aprovechar estas ventajas hace falta en la República dos o más sociedades agrícolas verdaderamente interesadas en el progreso de la agricultura, de que ha de resultar, sin duda, la prosperidad material del país. Es verdad que existen en esta ciudad y en Santiago sociedades de igual naturaleza; pero como no se mueven y ya ni siquiera las oímos mencionar, podemos decir que yacen en mortal inercia, porque todo lo que no se encamine al progreso por medio del movimiento y de la actividad, hay que darle de baja y considerarlo como cosa muerta.

El Propagador, Año III, No. 139, 17 de noviembre de 1883.



El Canal de Panamá*

Al señor D. Fernando de Lesseps.

Je regard un grande homme

VÍCTOR HUGO

I

La apertura del Canal Interoceánico, grandiosa obra entre las que forman el orgullo y la gloria de nuestro siglo, hace pensar en un hombre, Lesseps, y ese hombre hace pensar en un pueblo, Francia.

Cuando pensamos en Lesseps, como si fuera esa la consecuencia lógica e invariable de nuestro pensamiento, conmueve inmediatamente nuestra alma un vivo sentimiento de admiración hacia ese ingenio singular, que parece de exclusiva manera destinado por Dios a perfeccionar su propia obra, separando como por manos de titanes los continentes para remover así el enorme obstáculo que estos, en su física unidad, ofrecen a la marcha expedita del progreso moderno. Y cuando pensamos en Francia, no sabemos explicarnos por de pronto qué clase de afectivo sentimiento se apodera de nosotros respecto de ese pueblo gigante; pero es lo cierto que creemos

* Publicado con la siguiente nota introductoria de *El Porvenir*: «Nuestro antiguo colega el señor Juan Vicente Flores, ex-director de *El Propagandista*, que hoy se encuentra en extrañas playas sufriendo las penalidades de la proscripción, se ha servido obsequiarnos un ejemplar del folleto que ha escrito en Panamá titulado *El Canal de Panamá*, el que ha dedicado al ilustre francés Mr. De Lesseps, y el cual vamos a tener el gusto de reproducir en nuestra honra, principiando desde el presente número, y a continuación de estas líneas.» (Nota del editor).



orgullosos que nos toca individualmente una parte en la magna deuda de gratitud que el género humano tiene contraída con él, por los supremos servicios que viene prestando, siglos hace, a la causa de la civilización de los pueblos.

Cuando del fecundo seno de Francia sale un hombre eminente en cualquier ramo del humano saber, ese hombre, como obedeciendo fatalmente a mandatos inflexibles de una voluntad suprema, viene a ser único en su línea; y se eleva sobre los demás hombres, como se elevan el Chimborazo y el Himalaya por encima de los otros montes, con la frente bañada en luz, como estos con sus cimas coronadas de nieve.

Se diría que Francia es la fragua en que se forjan los gigantes; y, a decir verdad, Lesseps es de ellos testimonio irrecusable.

Imposible nos parece contemplar a ese pueblo, nos parece imposible echar una mirada sobre lo que hace y lo que ha hecho, no por él, sino por todo lo que en el mundo se llama civilización, por cuanto se llama adelanto social, político e intelectual de los pueblos; por lo que las grandes ideas de libertad, igualdad y fraternidad representan; por todo aquello, en fin, que más directamente al género humano interesa, ahora en su variedad material, ahora en su unidad moral: imposible, repetimos, nos parece todo eso, sin vernos constreñidos a comprimir en el corazón todo sentimiento de mezquino egoísmo y toda mezquina pasión, rindiendo a ese pueblo un tributo de profunda simpatía, y sin abrigar, simultáneamente con ese afecto, el íntimo convencimiento de que ese pueblo tiene, con respecto a la humanidad, una misión especial y tan trascendentalísima que llenar, misión a lo sumo distinta en naturaleza y objeto a la de los demás pueblos de la tierra.

La naturaleza de esa misión ha sido puesta de manifiesto ante el mundo, primero por la gran Revolución de 1789, y tres veces por la República. La una significa la libertad de los hombres, la otra la igualdad de los pueblos; y como la fraternidad es respecto de la igualdad lo que la igualdad respecto de la libertad, esto es, su resultante lógica y necesaria, el pueblo francés ha revelado al mundo el objeto de su misión sobre la tierra, mostrándose fraternal con todos los pueblos, es decir, con el género humano, porque quien dice pueblo dice humanidad. ¿Y de qué manera se ha mostrado fraternal? Influyendo, me-



diante el inapreciable contingente de sus ideas y esfuerzos, desde su prensa, sus tribunas, sus cátedras; por las doctrinas de sus publicistas y filósofos, los cantos de sus poetas, sus Exposiciones universales y su República, que es, en la monárquica Europa, un contagio funesto para los tronos, saludable para los pueblos; por su República, repetimos, que es una protesta viva, implacable, tremenda contra el caduco derecho divino de los reyes, siglos ha proclamado por la Iglesia: para que, así como el sol es el centro común del gran sistema planetario, el espíritu de fraternidad sea el centro común de las relaciones entre los hombres; interviniendo, en fin, ora tomando a su cargo la causa de Europa, siempre que Europa ha necesitado de su concurso, ora haciendo valer sus ejecutorias como potencia de primer orden, para que el espíritu de fraternidad sea el vínculo de unión de todas las naciones.

Así, la misión de Francia es hacer hermanos a todos los pueblos. ¿Cómo? Estrechando, anudando cada vez más los lazos de la fraternidad, que andan como dispersos entre ellos. Fraternidad quiere decir luz, quiere decir armonía, quiere decir progreso; luz equivale a civilización, armonía equivale a concordia y progreso equivale a perfección. He ahí, en tres palabras, demostrada la grandeza de la fraternidad, y al propio tiempo bosquejado el ideal del género humano, a cuya realización apronta Francia, con sus cuantiosos y brillantes esfuerzos, los precisos materiales. Jamás pueblo alguno se ha consagrado a una labor tan espléndida. Se creería que la regeneración social del mundo ha de ser obra francesa. ¿Por qué? Porque Francia es cosmopolita; y he aquí una prueba evidente de esta gran verdad. Mientras los Estados Unidos pertenecen a los Estados Unidos, e Inglaterra pertenece a Inglaterra, y Alemania pertenece a Alemania, y Rusia a Rusia, y China a China, Francia, que debería pertenecer a Francia, pertenece al mundo.

En eso estriba su cosmopolitismo, que es un cosmopolitismo único. Decimos *único* de la manera misma que decimos *absoluto*, porque lo único, a nuestro parecer, forma parte del carácter francés, en el sentido de que cuanto de allí proviene, o cuasi todo lo que proviene de allí, no importa lo que sea, es *único*. ¿Habrá, por ventura, otro pueblo a quien haya también concedido el destino tan raro privilegio? Lo ignoramos.



Entre los pueblos exclusivistas, Francia es el pueblo generoso. Mientras los demás concentran en sí propios sus esfuerzos y su pensamiento, Francia prodiga los suyos a todos: hasta su sangre; tiene su industria; tiene su manera característica de aspirar constantemente a lo mejor, así en la industria como en las ciencias y las artes, premiando al mérito ajeno como al propio; utilizando todo lo que es digno, todo lo que es grande, cuanto pueda comunicar mayor impulso a la civilización, al progreso; enaltecendo al genio, honrando al talento, sin cuidarse de su procedencia o nacionalidad; y si no le lleva en triunfo a la Academia Francesa, como sus héroes los romanos al Capitolio, en cambio le franquea el acceso a sus cátedras, liceos, universidades, escuelas, academias de Bellas Artes, conservatorios e institutos de propaganda científica y literaria; y después como coronamiento de tantos homenajes, rinde el último con la apoteosis, al conducir sus manes al sepulcro.

¿Y qué hace Francia honrando así al talento, enaltecendo así al genio? Venerar a la luz, ensalzar, consagrar, glorificar la dignidad humana en lo que tiene ella de más puro, más noble, más excelso y más divino: la inteligencia, porque ella ha de dominar el mundo, porque ella ha de llevar con segura mano a ese gran todo que se llama humanidad, hacia lo verdadero, lo bello, lo bueno, es decir, la perfección. Pero Francia no se ha limitado tan solo a la inteligencia para demostrar que tiene de la dignidad humana la más cabal idea; y sea dicho de paso que ningún otro pueblo ha podido concebirla tan elevada, es decir, tan humana. Pruébenlo, si no los derechos del hombre, ese código de la civilización moderna; pruébenlo sus filósofos, publicistas, historiadores, poetas, novelistas, oradores; pruébenlo esos grandes hombres, esos talentos eminentes, que son en todas sus obras, fieles, fidelísimos intérpretes de la índole, del pensamiento y el sentimiento de su pueblo. No se ha conocido, no se conoce otro que haya dado a la civilización la índole del destino del género humano hasta unificarse con la una y con el otro para el bien del mismo género humano. Por eso abre sus brazos a todos los hombres, su corazón a todas las razas. Trabaja ante todos los pueblos, en beneficio de todos los pueblos. Es la propaganda personificada; hasta en el producto más pequeño de industria hay algo de esa propaganda: propaganda



del bien, de la libertad, la igualdad y la fraternidad; la propaganda constituye parte de su carácter. Francia es un contagio en medio de Europa y una propaganda en medio del mundo. También la propaganda contagia.

A Francia podría muy bien llamársele pueblo *universal*. ¿Por qué? Porque se da a todos y a ninguno; pertenece al mundo y a nadie, siendo lo que es, el atalaya y defensor titánico del género humano; quien quisiera adueñarse del mundo no tendría más que adueñarse de Francia. Podría llamársele pueblo universal porque entre todos los pueblos, es el que más los ama; podría llamársele pueblo universal, porque con todos fraterniza. Fraterniza con Hispanoamérica, abriendo un canal. Fraterniza con la América sajona, por el doble medio de la espada y de la antorcha; la primera contribuyó a la emancipación de un pueblo, la segunda la iluminará; aquella es un acero, esta es una estatua; y porque el uno representa la guerra, es decir, la fuerza armada, que destruye; le envía la otra, que representa el arte, es decir, la luz que regenera. La primera, la guerra, repele los pueblos por el odio, la segunda, la luz, los atrae por el amor; aquella es el pasado, lleno de horrores, salvajismo y muerte; esta es el porvenir, henchido de esplendores, cultura y vida; la una se llama barbarie, la otra civilización, la guerra entrega los pueblos a la conquista, inundando de sangre la tierra; la luz entrega los brazos al trabajo, inundando de sudor los campos.

II

Considerada desde el punto de vista de su trascendencia, la apertura del canal interoceánico es una empresa grandiosa, y desde su propio punto de vista, es una empresa colosal. En su todo, se ofrece a nuestra penetración como una obra destinada, no ya a suprimir distancias y producir resultados beneficiosos y sin cuento al comercio, la navegación, la industria, sino, como fin único, a presentar a la posteridad la exacta medida del grado en que, por así decirlo, el vértigo del progreso ha dominado a los hombres en una época dada de la historia y determinar el dilatado trayecto recorrido por un siglo en el sendero de la civilización.



III

Acabamos de escribir dos palabras, las cuales encierran dos ideas que resumen, a nuestro parecer cumplidamente, todo el destino del género humano; y por tanto, creemos ahora oportuno consagrar a entrambas nuestra pluma, por breves instantes. A este propósito se encaminan las siguientes, por desgracia cortas líneas.

Civilización, progreso, ¿qué alcance tiene la significación de estas dos palabras? ¿se explica, por ventura, la una por la otra? Progreso, civilización, ¿cuál es la amplitud de esas dos ideas? ¿es la primera consecuencia de la última? ¿la civilización contiene acaso al progreso? ¿contiene acaso el progreso a la civilización? Cada una de esas palabras expresa infinitamente más de lo que acerca de ellas consignan los diccionarios, por cuanto es difícil apurar en una definición académica las variadas acepciones de que son susceptibles, como tampoco es fácil reducir a exacto número los diversos atributos de las ideas que envuelven. El progreso es una fuerza incontrastable, que remueve incesantemente el mundo, dirigiendo la corriente de las cosas, los hombres y los pueblos del lado del porvenir; es, de más propia manera dicho, el movimiento sucesivo del género humano hacia la perfección.

El progreso es una cosa grande, en toda la plenitud de la palabra; su enormidad como que aturde la mente, la cual se ve, las más veces, forzada a emparentarle, por decirlo así, con lo infinito; ningún obstáculo detiene su marcha, y va simultáneamente avasallándose todo e imprimiendo a todo su propio movimiento; en orden al espacio, al tiempo y a la accidental, comprende los tres siguientes atributos supremos: la ubicuidad, la continuidad y la fecundidad; o, por decirlo en sentido más abstracto aún, para que resalte de más cumplido modo su grandeza: reúne en sí, formando lo que llamaremos triple fenómeno, y bajo un punto de vista ilimitado, la extensión, la estación y la producción. El progreso se halla por encima del mundo, y solo Dios se halla por encima del progreso; envuelve a la humanidad, como la atmósfera envuelve al planeta, y el Criador envuelve a la creación; ese obrero tiene un taller, la



inteligencia, y un solo instrumento, el hombre; si no es toda la Providencia, es a lo menos una gran porción de ella; finalmente, su definición es él mismo. ¿Qué es el progreso? El progreso.

La civilización es respecto del progreso lo que lo relativo es respecto de lo absoluto: depende lo primero de lo segundo, pero no depende lo segundo de lo primero; podemos decir de la civilización que progresa, pero no podemos decir del progreso que se civiliza. ¿Por qué? Porque es único, porque es absoluto y porque la civilización no es más que un detalle, no es más que una sublime consecuencia suya; el progreso es la causa y aquella es un efecto de esa causa, el progreso contiene la sal, la civilización forma parte de su esencia.

El progreso es contemporáneo de Adán: señala el primer hombre su primera conquista. La compañera de Adán, a quien habíase ya insinuado la serpiente, le induce a comer la fruta, que Eva recibe de la serpiente y la serpiente arranca del árbol, Adán la come, viendo en su desnudez una cosa que antes no veía, la realidad; de lo cual resulta que fue la serpiente quien rasgó la venda de sus ojos. Y esto, ¿es un drama por ventura? No; es una alegoría. Eva representa la astucia, el árbol la ciencia, la fruta la verdad y la serpiente progreso. Así, pues, el pecado original no es más que el punto de partida, no es más que la huella profunda, indeleble, la primera estampa por el progreso en el género humano.

La civilización es un desenvolvimiento, mientras que el progreso es una renovación; es expansivo el segundo y cuantitativa la primera. Cuando el hombre multiplicó sus esfuerzos por la colectividad; cuando la necesidad del trato y la comunicación con los demás hombres apremiole, formó la sociedad, la cual trajo en su seno un germen, cuyo desarrollo debía estar en razón directa del suyo. Ese germen es la civilización, a la que los diversos acontecimientos o trastornos por la sociedad experimentados a través de los siglos, han hecho, uno tras otro, el presente de su particular fisonomía, y la cual ha seguido desde luego todos los movimientos de la sociedad, adelantando, cuando ha ido esta hacia adelante; retrocediendo, cuando ha tomado el rumbo contrario, el retroceso, y deteniéndose a veces o a veces fluctuando, según que la sociedad ha hecho alto en su camino, o ha vacilado entre el adelanto y el atraso.



Si se fija la mente en el vasto hecho moral que resulta del conjunto de las costumbres, la legislación, el lenguaje, las luces, la forma de gobierno y las diferentes instituciones y de una sociedad, los derechos, usos, deberes de los individuos que la constituyen, se puede considerar a la civilización como el estado presente, o sea el modo de ser, siempre actual, de dicha sociedad; pero sin dejar de admitir en el citado hecho complejo lo que llamaremos el instinto de la refinación, por el cual todas y cada una de las partes del conjunto van gradualmente depurándose de aquellos defectos derivados de la primitiva rudeza o barbarie, y adquiriendo mayor brillo y cultura mayor en la senda del mejoramiento. Este instinto, sin embargo, es dominado en lugar de ser dominador. ¿Por qué? Porque dista en gran manera de su perfecto desarrollo, es decir, porque no ha alcanzado aún aquel grado de vigor que le permita, en toda circunstancia, y con igual suceso, ejercer imperio absoluto sobre los humanos intereses, y refrenar las pasiones de los hombres, las cuales a menudo le desvían como también desvían a menudo a la razón. Dimana, pues, de ahí el funesto contrasentido que ofrece de sí misma la civilización, cuando –frecuentemente, por desgracia– hace causa común con esa enemiga suya, la barbarie, envolviéndose en su noche e imitando sus horrores. Así, la civilización no suele llevar, como el progreso, un camino recto y seguro, sino tortuoso; y esto procede, si bien se mira, de que el progreso y la civilización tienen por origen, el primero a Dios, la segunda al hombre, es decir, lo absoluto, necesario el uno, la otra lo relativo contingente. El progreso nunca se equivoca: su marcha es lenta, pero fijo su itinerario; no da paso en falso, ni se aventura, ni se retrasa; es exacto; no hace hoy lo que debe hacer mañana, ni hará mañana lo que ha debido hacer hoy. La civilización, por el contrario, y a causa –justo es consignarlo– de su notable deficiencia, comete a cada paso errores, ahora leves, ahora graves, pero siempre funestos, porque las consecuencias del error corresponden siempre, y de manera estrecha, a la importancia de la fuente de que emana. El porvenir ha de presenciar, sin duda, la definitiva incorporación del mundo al más sólido y pujante de los imperios, el de la civilización; pero la civilización abriga la creencia de que debe realizar esa conquista gigante, abalanzándose al mundo armada



hasta los dientes; cree que debe realizarla por medio de la fuerza, y no por medio de la idea cree que debe realizarla, llevando a todas partes la guerra, mientras que Cristo Jesús llevaba a todas partes el amor; cree que debe realizarla, según el principio antiguo, ojo por ojo, diente por diente, empleando contra la barbarie la barbarie; cree que debe realizarla, desiguando a los pueblos, esto es, usurpándoles sus derechos, porque, así como la razón hace al hombre igual al hombre, el derecho hace al pueblo igual al pueblo; cree finalmente, que debe realizarla, conculcando, aquí los fueros de la justicia, allí los principios de la equidad, los cuales tiene la obligación de consagrar; allá sancionando el crimen, y acullá cometiendo atentados salvajes, que son, al propio tiempo, actos de cobardía; porque si es verdad que hace la guerra de potencia a potencia (pero yendo siempre a los excesos pues tan insensiblemente reduce a escombros una biblioteca, una catedral, un monumento, como derriba una muralla, un reducto, una fortificación; y entrega una ciudad al hambre con la misma crueldad que entrega a la matanza los hombres y a la devastación los campos), no es menos cierto que, cuando de otra manera pospone la razón al delirio, e infringe la ley positiva y la ley natural, por ejemplo, para apoderarse de Alejandría bombardeándola y de Egipto invadiéndole, nada más hace que mostrarse cobarde, miserablemente cobarde, porque semejante acción no significa un ataque de la potencia de primer orden, de una gran nación a otra nación, sino una brutalidad del grande contra el pequeño, un impune atentado del fuerte contra el débil. El mismo carácter presenta el bombardeo de Stax con la diferencia de que a este sigue otro menos reprochable, el de Fu-Tcheu; de suerte que la civilización, por esa parte, aminora la odiosidad de su proceder contra la barbarie indefensa, combatiendo a la barbarie armada.

Por lo que respecta al progreso, diríase que no se halla a cubierto de reproches; diríase que se le puede tachar una cosa, su elasticidad, pues que tanto se adapta a lo bueno como a lo malo; diríase que indiferentemente precisa al hombre a buscar los medios de perfeccionar los medios de destruirse; que mueve con la misma palanca del adelanto las artes de la paz y las artes de la guerra; que indistintamente, guardando estricta conformidad con la índole de cada edad, de cada siglo, ha



suministrado al engrandecimiento humano el doble concurso del estilo y del arco, de la pluma y del fusil, de la imprenta y del cañón, haciendo que sigan juntas el mismo derrotero la inteligencia y la fuerza y, por último, que ha dado al mar dos colosos, uno que se llama *Great Eastern*, para extender las relaciones del comercio, y otro que se llama Duilio, para cortarlas. Diríase todo eso, y, sin embargo, nada se diría, porque el progreso es inaccesible al reproche. La luz difunde la claridad y proyecta la sombra; la tierra sustenta con el trigo y mata con la cicuta, y el mar ofrece ahora la bonanza y después la tempestad; pero el progreso ofrece, da, proyecta siempre una misma cosa: el progreso. Diríase todo eso, y, sin embargo, nada se diría, porque ¿quién puede, aquí abajo, erigirse en juez competente del progreso censurándolo? ¿El hombre? Veámoslo. Tal cualidad acomodaticia no es defecto, pues no los tiene el progreso, tampoco es contraste, ni siquiera una antítesis; es tan solo un accidente, un mero accidente, del cual es irresponsable el progreso y responsable el hombre. El progreso tiene racionalidad y no hace las cosas al acaso, sin saber por qué; quiere lo que hace y hace lo que quiere; su misión no tiene otro objeto que llevar al hombre hacia la perfección por el directo camino a que ese fin último del humano linaje conduce; y cuanto sea del modo que sea, se opone a esta benéfica tendencia, cuanto, en cualquier orden que fuere, la desconcierta, se debe reputar por doblemente contrario a la intención, siempre leal, del progreso, y a la posesión del bien, el cual no es asequible sino por medio del mismo progreso. Así, cuando Gutenberg, Montgolfier y Morse; Colón, ese sublime acontecimiento contemporáneo que se llama Revolución Francesa. Fulton y Lesseps, presentan nuevos dilatados horizontes a la actividad humana con la invención de la imprenta, del aerostato y el telégrafo eléctrico; el descubrimiento del Mundo Nuevo, la proclamación de los Derechos del hombre, la aplicación definitiva del vapor a la navegación, la apertura del Canal de Suez y del de Panamá; es el progreso que obra, haciendo uso de su instrumento, el hombre, pero cuando se inventan el mejor fusil y el mejor cañón que disputan el premio al arado y al machete en los certámenes del trabajo, cuando se utilizan, para construir un *Invencible*, un *Lepanto*, un *Indomable*, los adelantos de la ciencia y del arte, que, en este



sentido, deberían ser sagrados; cuando se complican los grandes problemas cuya solución entraña el bienestar, la dicha, el sosiego de la familia humana por el constante feroz afán de hacer cada vez más numerosas, de perfeccionar cada vez más las terribles herramientas de la destrucción, de acrecentar la variedad en la unidad de la muerte, siendo así que las ingentes necesidades sociales exigen la variedad, pero es la unidad de la vida, cuando se obra de esta suerte, repetimos, es el instrumento que explota del obrero su buena fe, su candor; es, en fin, el hombre que abusa del progreso.

III

Y ese detestable proceder es más que un abuso, es una profanación funesta de la cual nadie más que la civilización tiene la culpa, toda la culpa; porque olvida tan a menudo su deber, que se olvida cuasi siempre de sí misma; porque se sitúa regularmente mil leguas de allí donde a los intereses de la humanidad conviene, en Ocaso, siendo su puesto Oriente; fuera, no dentro del hombre; fuera, no dentro de la sociedad; y porque suele fallir cuando más necesidad hay de ella, cuando hay en torno al viajero apiñadas tinieblas y es menester, para que vea el camino, la espléndida luz del día. El deber de la civilización estriba tan solo en servir al progreso, de quien es subalterna, preparando interiormente esa materia bruta que se llama hombre, para el propio fin a que él la conduce exteriormente, el progreso impulsa y la civilización, debe mantener el equilibrio. Pero –dicho sea de paso– la civilización, desde que se organizó la sociedad, de quien es contemporánea, hasta la centuria presente, ha llevado bien adelante su labor; aunque no lo suficiente, justo es confesar que ha servido bastante al progreso. Pudiendo inferir de la cantidad considerable de hechos por ella realizados, de problemas por ella resueltos y de principios por ella consagrados en lo pasado y lo presente, todo lo que habrá de hacer en lo futuro. La vemos, en algunas épocas de la historia, elevarse virtualmente a la misma altura del progreso, compartiendo con él la gloria de esos grandes acontecimientos humanos que se llaman Cristianismo, Descubrimiento del Nuevo



Mundo, Revolución Francesa, Independencia y Libertad Americana, representados por esos gigantes llamados Cristo Jesús, Cristóbal Colón, Francia, George Washington y Simón Bolívar, cuatro hombres y un pueblo.

El deber de la civilización estriba en servir al progreso, porque existe un vehículo estrecho e indisoluble que obliga a la una, ¿a qué? A colaborar en la obra del otro; y, propiamente dicho, esta colaboración constituye todo objeto material de lo primero, que es más que un deber, una obligación; y de lo segundo, que es más que un servicio, una servidumbre. La civilización debe servir al progreso, así como el progreso sirve a Dios, sin más armas que él mismo, sin más armas que ella misma, pues en manera alguna conviene a la civilización hombres armados en tierra ni buques armados en el mar; no le conviene, mejor dicho, el abuso que hace el hombre del progreso. ¿Por qué? Porque las consecuencias de ese abuso redundan en menoscabo, no del progreso –pues ya hemos dicho que él está por sobre todo– sino de la civilización. Hay que hacer todo esto: suprimir al hombre-rémora, el soldado, convirtiéndole en agricultor, artesano y policía; arrojar del buque la guerra, y consagrarle al comercio; sustituir a la laboriosidad que se ocupa en matar con la laboriosidad que se ocupa de trabajar. Y es la civilización quien debe llevar a cabo todo eso; es la civilización quien debe conducir al hombre hacia lo bueno, al paso que el progreso le conduce hacia lo mejor; es ella quien debe regenerarle, al paso que él le perfecciona. En esta virtud, servir al progreso, es servir a la humanidad; pues no es la causa del uno otra cosa que la causa de la otra. Los elementos componentes de la humanidad son lo individual, el hombre, y lo colectivo, la sociedad; principia en Uno y acaba en Todos; lo vario en lo uno y lo uno en lo vario el supremo grado de cantidad que puede alcanzar la personalidad humana, tal es ese gran todo que se llama humanidad, y tal es el vastísimo campo que la civilización tiene que recorrer: ¿Cómo? Circunscribiéndose a la unidad y la pluralidad, esto es, concretando su acción al individuo y a la sociedad simultáneamente; porque, en virtud de la inalterable correlación entre los dos existentes, iguales vínculos, iguales deberes obligan al individuo respecto del individuo; de modo que este debe servir para aquella y aquella debe vivir para este.



¿Y entrambos? Entrambos deben vivir para la humanidad. A quien incumbe hacer efectivo todo esto es a la civilización, y a quien incumbe lo demás es al progreso.

El hombre, pues ya no le llamaremos *individuo*, el hombre y la sociedad ofrecen a la civilización, aquel un conjunto de asperezas morales, y esta un conjunto de desigualdades sociales; y la civilización debe seriamente consagrarse a bruñir las unas y nivelar las otras. Lanzar del hombre a perpetuo destierro la ignorancia, que es causa de su maldad; la miseria, que es causa de su corrupción, y el servilismo, que es causa de su degradación, fundando en la sociedad una permanente igualdad de educación, una permanente igualdad de bienestar y una permanente igualdad de derechos civiles y políticos; extirpar ese cáncer, las pasiones del hombre, y ese vértigo, las preocupaciones de la sociedad; inhabilitar al primero para el delito y a la segunda para el castigo; establecer entre los dos la más irresistible atracción, a cuya virtud se aspiren ambos mutuamente, guiados por dos laudables móviles: la una por el merecimiento, el otro por la recompensa; encerrar al hombre en el círculo de lo justo, y a la sociedad en el círculo de lo equitativo; y –dilatando la acción civilizadora, pero desde el propio punto de vista– hacer en seguida de la humanidad la verdadera gran familia, en cuyo seno sean positivamente libres, positivamente iguales, positivamente hermanos todos los hombres, viviendo en comunión de sentimientos, ideas, intereses, esfuerzos y conveniencias, bajo el absoluto predominio de una común aspiración a la Verdad, la Bondad y la Belleza: he ahí las sublimes atribuciones de la civilización; he ahí su cometido. Y la civilización ¡oh caso indefectible! Realizará ese ideal, ciñéndose por entero a su labor; pues, en no distante día, la misma ley de su desarrollo, es decir el progreso, cuya inmensidad lo abarca todo, a fin de imposibilitar cualquier contacto suyo con la iniquidad o la barbarie, operará en ella cumplidamente una reacción: la enmienda.



IV

En sus detalles, que no son otra cosa que el Canal llevándose a cabo, o sea la apertura en acción; viéndola de cerca, nos presenta la obra tan desnuda su realidad, es decir, nos parece entonces de tal suerte lo que es, tan gigantesca, que negaríamos, desde luego, la posibilidad de que pueda ser llevada a cabo a no abrigar el íntimo convencimiento de las sorprendentes maravillas que han de producir las manos y la inteligencia del hombre mediante la pujanza inmensa del progreso.

Trazan dos hombres,¹ a través de extensa garganta de tierra, dos líneas paralelas, equidistantes, en sentido latitudinal cien metros, y en sentido longitudinal setenta y cuatro kilómetros y medio. El trazo es aprobado por el genio de otro hombre,² secundado por un congreso³ y, al punto, centenares, millares de operarios, de todas partes venidos, acometen –bajo la mediata dirección de este hombre y la inmediata de activos e inteligentes ingenieros, entre los cuales son dignos de particular mención los muy distinguidos y muy prácticos de puentes y calzadas, señores L. Boyer, actual Director General de los trabajos, y Buneau Varilla, ex-Director General y hoy jefe de la Primera División; cuya ciencia y habilidad son general y justamente apreciadas y aplaudidas en todo el Istmo, y hacen honor cumplido a su patria, Francia –la cual es el país que da los mejores ingenieros– acometen, volvemos a decir, la apertura de estupenda zanja, limitada, a lo ancho, por dos líneas, y a lo largo, por dos océanos.

El trabajo es ímprobo. Propiamente dicho, se va, no a trabajar, sino a disputarle, palmo a palmo, el terreno al terreno; a luchar, cuerpo a cuerpo, durante ocho largos años, con el obstáculo de la cuádruple forma de tierra, agua, roca y montaña; porque el suelo, como sorprendido en su propia casa por la audacia del hombre, se defiende con desesperación, oponiendo al triunfo de sus designios toda la resistencia de que es capaz; y mientras más esfuerzos practican, esfuerzos verdaderamente

1 Los señores Reclus y N. B. Wyse. (Nota del autor)

2 El señor Fernando de Lesseps. (Nota del autor)

3 El Congreso Internacional, celebrado en París en 1879. (Nota del autor)



colosales; mientras más tierra y lodo y piedras remueven los azadones y extraen las palas y desprenden raspando, cual acerados dientes, los cubos de las excavadoras y dragas; mientras más crecen los descargadores, moles enormes de tierra removida, formadas por las descargas de los carros empujados por operarios y los carros tirados por locomotoras, los unos llamados *Décauville* y los otros *franco-belgas*, los mejores materiales de su clase; mientras más aumenta su volumen, decimos, más formidable aparece el obstáculo en resistir, dando lugar a la creencia, por parte de la gente ignorante, de que nada se ha hecho ni se hace para suprimirle. Así, a larga distancia, la nave que va en dirección lateral parece que no adelanta, por veloz que vaya deslizándose, como Neptuno, sobre la líquida superficie. ¿Es, por ventura, cosa fácil hacer el Canal de Panamá? Pues si es cosa fácil, es fácil cosa, siguiendo una delineación que no tiene por base un terreno plano, desviar torrentes impetuosos, remover elevadas montañas de roca, excavar grandes espacios en los cuales la palabra, como de propósito, ha cedido el puesto a la piedra, y, en una palabra, practicar enorme excavación, cuya profundidad no baja de 9 metros sobre el nivel del mar, y va ascendiendo hasta cien más o menos, según la elevación de algunos puntos sobre el mismo nivel. Así, pues, las dificultades son imponderables; pero esta circunstancia en manera alguna impide superarlas, porque el hombre las afronta al instante con una cosa superior a todas ellas, con su esfuerzo. Pero un esfuerzo inteligente, es decir, bien dirigido, porque, a más de los señores mencionados, hay que tener presente a los *Jefes de Secciones*, ingenieros todos de reputación, cuyo celo y actividad merecen los mayores elogios; y a empleados competentes, como el señor Crozes, secretario general, en Panamá, de la admirable, por lo bien organizada, institución titulada Compañía Universal del Canal Interoceánico; el cual, a una fina educación, reúne las no comunes dotes de oficinista organizador e ilustrado.

Esta obra gigantesca es un agregado de obras, dignas, por cierto, de particular atención, aun cuando la mayor parte haya de ir desapareciendo a medida que vayan tocando a su remate los trabajos; pues solo tiene por objeto acelerarlos, sacando del tiempo todas las ventajas posibles, y suprimiendo brazos sin duplicar esfuerzos: A primera vista, parece que se pierde más



bien que se gana tiempo, y se desperdician más bien que se utilizan esfuerzos; pero ese tiempo y esos esfuerzos devuelven cuadruplicado, centuplicado, multiplicado, ese mismo que de aquel y estos se desperdicia o pierde. Allí, al pie de enhiesto peñón, se abre, para que pase un arroyo, espacioso túnel por el cual bien podría pasar un ferrocarril; y más allá se acomete la apertura de nuevo cauce para desalojar del suyo a caudaloso río, privando a la obra principal del propio trabajo, trabajadores y tiempo le son retribuidos en las cosas de los cauces por una y otra corriente abandonados. Sobre el mismo terreno cavable, obstruyéndole, millas de vías férreas se construyen, que muchos países americanos envidiarían de veras; pero, sin estas, no sería fácil y pronta la conducción de tanta y tanta tierra cavadiza a los descargaderos. Muchos, países de América hemos dicho, y es que verdaderamente existen muchos importantes, ahora bajo el punto de vista comercial, ahora bajo el punto de vista político, que no disfruta del beneficio de una milla siquiera; ¡y tantas que se entrecruzan, tomando diferentes direcciones, en los trabajos del Canal! El observador no puede menos de deplorar esa especie de crueldad humana, que, con desatentado placer, habrá de abalanzarse a dichas vías destruyéndolas, cuando pudiera muy bien acontecer un milagro, a cuya virtud fuesen transportadas enteras, adheridos los rieles a las traviesas, y colocadas allí donde más lo requieren las necesidades comerciales; que el progreso no debe tener, en manera alguna, desperdicios. Y sube de punto el sentimiento al considerar que la construcción de un ferrocarril es en todas partes dificultosa para durar mucho, y aquí tan fácil ¡ay! para durar tan poco. Animadas siempre por el movimiento del trabajo, frescas, ricas, saludables; dichosas; hermosísimas y soberbias; humildes y modestas; en parte surgiendo de erguidos cerros, calleados, empedrados, como Venus de la espuma; cual con sus fundiciones, donde golpea el martillo sobre el yunque, como en las fraguas de Vulcano; cual con sus templos, donde elevan las almas canciones al Altísimo; siempre muy probadas y muy alegres siempre; verdaderas poblaciones obreras, visitadas con frecuencia por el tren: se extienden, a lo largo del Canal, de aquel y este lado, inmediata una de otra, sobre veinticinco aldeas o secciones de los trabajos, construidas por la *Compañía*



Universal, y destinadas, sin duda, por la suerte al propio fin. Y se pregunta uno, ¿por qué no asegurarles la existencia? ¿por qué no contrastar la fatalidad, fecundando esos gérmenes de florecientes poblaciones? ¿Por qué? Ellas han presenciado el principio del Canal, han abrigado contra los rigores de la intemperie y proveen de alimentos y vestidos, de cuanto han menester, a los trabajadores de la grande obra, pues, séale dado a esta verlas medrar a su fecunda sombra, séale dado, a su turno, verlas prosperar. Y esa muchedumbre de graciosas viviendas, de risueñas casitas de madera, rodeadas cuasi todas de abundante verdecido ramaje, que les da campestre aspecto, semejando estrecha unión efectuada, en nombre del campo y la ciudad, por estos dos individuos, el árbol y la casa; con tan esmerado gusto fabricadas y pintadas, como para complacer la vista del viajero y formar el encanto, el orgullo de las secciones, ¿desaparecerán con ellas? Vedlas; su belleza es la sencillez; nada les falta para ser lo que son, ni les sobra. Tamaño pequeño, habitaciones espaciosas para una o dos personas, para una familia, a veces dos pisos, uno a veces: ya galerías en forma de escuadra, de medio cuadro o cuadro entero a manera de simple enverjado de madera hecho por la casa para la casa; encortinadas o no, con delgados pilares cilíndricos o cuadros arquitrabados; ya hechos de cuatro alas, y de dos, muy saliente hacia las partes anterior y posterior del donoso edificio; bien puertas y ventanas con celosías persianas, pintadas de verdegay, o vidrieras; bien fachadas cubiertas de frondosa enredadera, viviente cortinaje pintoresco; altos cimientos, en fin, como para ofrecer el agradable consorcio de aquellas cosas que se llaman elevación y sencillez: tales son esas tacitas de plata; y viéndolas, creéis que han sido hechas a imitación de aquellas casitas de madera existentes en Francia, y cuyo recuerdo evocaba Víctor Hugo, con inefable patrio amor, en Guernesey. El gran trabajador miraba las unas con la memoria; la grande obra verá las otras con desprecio.

Sí; que esta zanja monstruosa, llamada Canal de Panamá, encierra considerable cantidad de egoísmo, egoísmo hambriento, desahogado, una serie de absorciones desmedida, constituye, en mucha parte, la deforme grandeza de esta obra, pero, digámoslo también, esa grandeza tiene su sublimidad. ¿Por qué? Porque tiene su poesía. Cuando prorrumpe en dulces concetos



la naturaleza, y se apercibe, diligente, amorosa, para recibir al día, vistiéndose de gala, y discurren por el suelo algunas sombras rezagadas, verdaderas reliquias de la noche que el sol se dará prisa en disipar, penetran en la humilde cabaña, despertando al jornalero, al sonoro reclamo del trabajo. Es el momento en que sucede al descanso la faena, la cual comienza diariamente y concluye a la misma hora. El jornalero salta del lecho, y enseguida como un ejército de hombres que va en pelotones a pelear, se ve un ejército de hombres que va en grupos a trabajar. Llevan al hombro una cosa que pesa, su herramienta, y en el atezado rostro el reflejo de una cosa que sonrío, la satisfacción. El traje, que visten, basto, de burda tela, los descalzos pies, las manos encallecidas por el continuo ludimiento del azadón y la pala, les dan el honroso simpático aspecto, no del hombre que cava la tierra, sino del hombre que la cultiva. Vedlos después entregados a la penosa tarea; el sol calienta sus espaldas, el sudor baña sus cuerpos, y ellos cantan; el terruño aprieta su dureza y ellos redoblan el esfuerzo, clavando más profundamente el azadón y desprendiendo cada vez mayores azadonadas; pero llega el momento en que los nervudos brazos se rinden y el azadón se encurva y el terruño vence; y cuando aparece la roca, dura como pedernal, enorme, satisfecha, desafiando desatentada, no al trabajador, no al trabajo, sino al mismo progreso, ellos entonces desechan la roca y buscan por otro lado la tierra. Luego, a medio día y a media noche, al declinar la tarde y al despuntar la aurora, y aun en los momentos mismos de faena, estruendosas detonaciones hacen retemblar el espacio, como las descargas de artillería en una gran batalla; los trabajadores se parapetan detrás de los carros y las máquinas, y una lluvia de cascajos cae al suelo, como si un volcán en plena erupción los vomitara. Pues bien, esas detonaciones provienen del combate de la dinamita con la roca, reñido singular combate en que una materia deleznable se convierte en nada y una materia compacta se convierte en polvo; esas detonaciones, esos estampidos son las grandes proclamaciones del triunfo, son el saludo, las salvas que este soberano, el trabajo, hace a ese todopoderoso, el progreso.

Quando se encuentra próximo al cenit el astro refulgente, por antonomasia llamado padre de la luz, el trabajo concede a



los jornaleros una tregua, durante la cual, estos se procuran alimento y reposo: unos vuelven a sus casas, otros buscan la sombra de los árboles o improvisan, bajo los menos umbriosos, pequeñas tiendas cobijadas de verdes pencas de palma vinífera; y de allí, como gentes nómadas se instalan, y estas cuatro cosas: el fósforo, el bosque, el arroyuelo y la olla les brindan estas otras cuatro: el fuego, la leña, el agua y el cocido; y por último, después de haber saboreado así en común el mismo plato, duermen también en común el mismo sueño.

Poco antes del tiempo en que principia de nuevo la cuenta de las horas, agita la máquina locomotiva su silbato, y los sesteadores se incorporan, silba por vez segunda, y retorna el ejército de jornaleros al trabajo; silba por tercera y última, y ya se encuentran todos ocupados nuevamente en sus tareas. Es la una de la tarde, aquí hora de labor, y otras partes hora de reposo; el sol es fuego y la tierra es brasa; la vista se oscurece en medio de tanta reverberación; pero cada cual mira con indiferencia todo, y trabaja sin deponer en lo más mínimo, el ardor de la mañana, los días son iguales, ninguno tiene de más para el trabajo, ni de menos; cinco largas horas matutinas y cinco largas horas vespertinas... ¡Oh, sí! El temperamento de esos hombres es un temperamento de acero, y son los que precisamente requiere una obra que parece, más de roca viva que de tierra.

A la caída de la tarde, a esa hora en que comienzan las sombras a condensarse, oscureciendo el fondo de los bosques y comunicando al follaje aquel negruzco matiz, que tan bello contraste ofrece con la blanca corteza de los troncos; cuando lanza el sol poniente sus rayos amarillos sobre la amarilla tierra del Canal sembrando algo así como el beso que se dan de despedida dos colores: porque, digámoslo de paso, la obra presenta en varios puntos lindísimas perspectivas, las cuales como que vierten en el alma un placer indefinible al hundirse aquel astro en occidente; a esa hora, decimos, en que traslada la luz allá abajo todos sus tesoros, para desplegar allí con rumbo toda su magnificencia: la locomotora detiene su marcha y silba, de manera penetrante, anunciando que cesa la faena; entonces la muchedumbre de jornaleros efectúa ese plácido movimiento que se llama *la vuelta del trabajo*; entonces regresan todos a sus casas, trayendo pintado en sus semblantes el contento. ¿Qué han



hecho en todo el día? ¿algunos surcos? No; algunos hoyos. ¿Qué han sembrado? ¿La simiente? No; el progreso. Se diría que son hombres del campo, pues su presencia es la del labrador, que, a la misma hora, vuelve al hogar, la azada al hombro y el machete a la cintura después de haber cultivado el pedazo de terruño; y es, según parece, que a la tierra repugna sobremanera ser trabajada para fines distintos de la agricultura: parece estribar su voluntad en que el hombre cuya cuna meció se limite tan solo, como al principio, a darle la semilla para ella darle el fruto. Por esta razón, jamás ha consagrado otro gremio, otra clase, en el campo, que el gremio, la clase de los labradores, imprimiendo siempre en el hombre que allí trabaja, aun cuando no críe, siembre, ni coseche no la fisonomía peculiar, no el sello característico que debe corresponderle, según la industria, profesión, arte u oficio que ejerce, sino la fisonomía peculiar, el sello característico que distingue de los demás, a ese honrado hombre llamado labrador. Por eso, pues, los operarios del Canal parecen, según dejamos dicho, labradores. Podemos decir del mar lo mismo, porque como la tierra, no consagra en su vasto dominio otra clase, otro gremio que el gremio, la clase de los marineros. Pero lo que ha negado la tierra, lo ha hecho la industria. La apertura de un gran Canal requiere, no cabe duda, lo que llamaremos un cúmulo de materiales, instrumentos, y máquinas de todo tamaño y clase; pero ninguno de esos materiales e instrumentos, ninguna de esas máquinas, puede suprimir o eclipsar la pala y el azadón, no puede ninguno despojarlos de su carácter simbólico: la una y el otro constituyen, en todo trabajo de excavación, las preferencias, las primordiales herramientas. Deduzcamos ahora de aquí las siguientes consecuencias. Por la acción del trabajo, puede presentarse la tierra bajo estas dos formas: cultivada y canalizada; el arado, la azada y el machete, la simbolizan bajo la primera; la pala y el azadón bajo la segunda; y preguntemos ¿qué debe el hombre de corazón formar de entrambos símbolos? La respuesta no es difícil. Debe formar de esos dos símbolos dos trofeos, colocando encima del uno, el busto de un gran romano, Cincinato; y encima del otro, el busto de un gran francés, Lesseps.

Insistimos en ello. El azadón y la pala encierran un gran valor moral, que no posee la excavadora, verbigracia. A primera



vista, parece que no se comparten este valor, pues que el oficio del azadón es mucho más ejecutivo, por así decirlo, y eficaz que el de la pala; pero esta verdaderamente es la colaboradora de aquel, y nada, sin la una, podría el otro adelantar en su tarea; sería incompleto, nulo. Así, pues, son inseparables la pala y el azadón: la primera es el complemento del segundo.

Hace la excavadora simultáneamente, en escala mayor, mucho mayor, y en menos tiempo, lo mismo que hacen por separado dichos instrumentos: estos rinden unos cuantos metros cúbicos por día, mientras que aquella rinde centenares, rinde miles; y sin embargo, son los dos más esenciales; tienen más representación, siendo infinitamente más pequeños. Con excavadoras solamente, no es hacedero un canal, y puede, sin duda, ser llevado a cabo con palas y azadones. De fijo que no emplearon los egipcios otras herramientas en la apertura del célebre canal de Necon, principiado por este rey seiscientos años antes de Cristo Jesús, y terminado por Darío, hijo de Histaspes, después que conquistó el feroz Cambises el Egipto. Tenía este canal 150 kilómetros de longitud, y se extendía del bíblico mar Rojo al Nilo legendario. Obstruyéronle las arenas y Tolomeo Filadelfo⁴ le restableció; pero descuidado en tiempo de los últimos emperadores romanos, y vuelto a desobstruir, en tiempo de los árabes, por orden de Omar, el incendiario de la biblioteca de Alejandría, fue, después de tales alternativas, cegado, es decir, borrado definitivamente por orden de Almanzor, en 767, *anno Domini*.

Sí; rehabilitemos esos dos pedazos de hierro, hoy que solo las potentes máquinas ocupan la atención. Todo el mundo fija en el volumen sus miradas, sin cuidarse de lo grande; y la pala y el azadón encierran una respetable cantidad de grandeza. ¿Por qué? Porque encierran una respetable cantidad de idea. Mientras haya tierra que cavar, mientras haya canales que abrir, existirán los dos: serán indispensables utensilios, ellos pueden abrigar con derecho el orgullo de su necesidad. Se inventarán para lo mismo enormes máquinas, sorprendentes, pasmosas;

4 Filadelfo, esto es, amado de sus hermanos; tanto, que hizo matar al mayor, Aresnio. No obstante sus maldades, era hombre de progreso y amaba las luces, en vista de lo cual, la historia lo reputa por uno de los más grandes reyes de aquellos tiempos. (Nota del autor).



pero ninguna podrá destituirlos de su puesto, no podrá ninguna suprimirlos; que ellos permanecerán, en medio de las renovaciones, los mejoramientos y progresos de la Ingeniería y la Mecánica, permanecerán intactos, siendo siempre azadón y siempre pala. La excavadora no tiene otra cosa que tamaño, y no encierra otra cosa que voracidad; es un monstruo repugnante, ¿por qué? Porque es glotón: engulle y defeca de harto escandalosa manera; sus fuerzas están en justa proporción de su voluntad, como lo está la acción del resultado. Pero aquellas diminutas herramientas, bien así como el machete, la azada, el hacha y el arado, poseen la rara insuperable claridad de que su propia pequeñez es su grandeza. El verdadero mérito no estriba en proporcionar las dimensiones del instrumento a las dimensiones de la obra, sino en llevar a efecto con uno pequeño una colosal; no estriba el verdadero mérito en que la excavadora extraiga tanta tierra, siendo tan grande; sino en que se pueda igualmente abrir con la pala y el azadón un gran canal, siendo tan pequeños.

Lo admirable –partiendo de ese orden de ideas para consagrar a Dios un pensamiento–, lo admirable no estriba en que se manifieste a través del astro la infinita sabiduría del Criador, sino en que se manifieste a través del insecto. La mente se abisma, presa de asombro, al contemplar a ese ínfimo ser, habitante en un poco de polvo y un poco de agua. El asombro dimana de que la existencia pueda brotar de semejante invertebrado: de que la vida, río caudaloso, quepa en semejante receptáculo, sin reventarle; de que las dimensiones del morador sobrepujen a las de la casa, de que el átomo pueda llevar en sí al gigante; de que aquello aspire y respire, se alimente, duerma, vea, oiga, produzca ruido, muerda, tenga gravedad, instinto, sensaciones; de que aquello sea, en fin, a la vez polvo y animal. Y uno, en el desvarío de su pasmo, se pregunta: ¿cómo ha podido el Criador comunicar a esa nada el espontáneo movimiento? ¿cómo ha podido enterrar un huracán en el seno de una paja?

El infusorio, al propio nivel de la estrella, patentizando, proclamando la grandeza del Altísimo, eso es lo admirable; eso es, repetimos, lo sublime. Y después de haber contemplado a ese crepúsculo, el hombre ¡oh Dios! sobre su cabeza, llena de vanidad, coloca una corona: la del sabio!



V

Dentro de tres años, se habrá hecho por la separación lo que ha hecho Dios por la unidad: un continente. Pero ¿por qué tal continente? ¿qué importa al mundo una parte de más o de menos? ¡Ah! es ahí que está lo grande. La tierra pertenece al hombre. Dios se la dio bajo la condición de que hiciera lo que quisiese de ella, *Creced, multiplicaos y poblad la tierra*. ¿Por medio de las armas? No. Por medio del trabajo y el progreso. Ahora bien, para llevar a cumplido remate las cosas innumerables que puede hacer la tierra, solo es necesario que tenga el hombre la correspondiente estatura. El de talla común, la romperá con el arado, para darle paso a Ceres, la agricultura, y el titán la cortará en dos pedazos, para abrirle paso a Mercurio, el comercio.

Esta vasta extensión de tierra que se llama continente americano será de manera profunda perjudicada por una zanja. ¿Y para qué tal zanja? Para poner sobre su lecho el agua y sobre el agua el buque, navegando por entre los montes como navega por el mar. He ahí un perjuicio espléndido, sublime. ¿Por qué? Porque esta enorme sajadura, que será, dentro de tres años, punto de confluencia de las aguas de dos océanos, y que se llama Canal de Panamá, obedece, de absoluto modo, a una de las grandes necesidades del género humano, que reclama con urgencia la acción inmediata del progreso: el acortamiento, la supresión de la distancia. Esa necesidad constituye asimismo uno de los grandes problemas cuya solución ha preocupado seriamente a la ciencia y seguirá preocupándola. Desde el holandés Jacobo Metius, inventor del telescopio, hasta el francés Fernando de Lesseps, tajador de los istmos, una gran parte de los investigadores más eminentes de todos los tiempos, no se ha ocupado, podemos decir, en otra cosa; y cada uno ha logrado siempre hallar algo que conspire a ese fin: José Miguel y Jacobo Esteban Montgolfier, el aerostato; el marqués de Jouffroy, el buque de vapor, de cuyo invento se apoderó después, con favorable suceso, Roberto Fulton —es decir, el yankee llenándose de gloria y de fortuna por medio del francés, lo que, en verdad, ni es raro ni extraño—; Jorge Stephenson, la locomotora; Samuel Morse, el telégrafo, y Tomás Alva Edison, el teléfono.



Acortar la distancia, como lo verificará el Canal de Panamá, es hacer más laboriosos, más ricos y fraternales a los pueblos, porque mientras menos apartados se encuentran, como que se tienen más necesidad los unos de los otros y más se aman; los menos adelantados, adquieren más cultura y más progreso, porque es entonces más frecuente el roce y el contacto con lo bueno.

El Pacífico es el gran desierto de agua, es la cerúlea y espumosa soledad inexplorada; se dilata inmenso, acariciando a América de un lado, mientras el Atlántico la acaricia del otro, cual dos gigantes reverenciando con amor a una doncella muellemente reclinada sobre primoroso lecho de perlas. Para llegar a él, es de absoluta necesidad atravesar el lejano estrecho de Magallanes, o doblar el remoto cabo de Hornos, navegando millares de millas y costeano todo un continente que parece interminable. Pues bien, el Canal de Panamá suprimirá esa distancia enorme, haciendo que no haya más estrecho de Magallanes ni cabo de Hornos, así como no hay cabo de Buena Esperanza; la suprimirá, permitiendo que no haya, de uno a otro océano, más que un paso: y entonces, las naves que surcan el Atlántico invadirán el gran Pacífico, derramándose en alegre tropel por toda esa rica costa occidental; irán a la India, China y el Japón, pasando por aquí, la agricultura, la industria y el comercio de estos países florecientes, llegarán a su colmo, pues no habrá trabas que detengan su desarrollo y tendrán franca y pronta salida sus productos. Entonces vendrán directamente de Europa, los Estados Unidos y el Canadá, sin esos exorbitantes gastos que ocasionan los ferrocarriles y transbordos, buques de vela y vapor, sin número con valiosos cargamentos para Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica, San Salvador, Nicaragua, Guatemala, México, California; y retornarán repletos de cacao, tabaco, café, azúcar, algodón, añil, maderas preciosas, guano, salitre, vicuña, materias primas, géneros, piedras preciosas, perlas, cobre, plata, oro, etc., etc. para España, Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Italia, Dinamarca, Suecia y Noruega, Austria y Rusia; no habrá competencia en la navegación, lo cual siempre ha sido ventajoso para el comercio; el Oriente enviará también por esta vía su porcelana, su seda, sus géneros, sus productos a Occidente; se



podrá ir en vapor de Nueva York a San Francisco; la República Dominicana, Haití, Cuba, Puerto Rico, las Antillas todas, quedarán pegadas al Pacífico; las naves hondureñas podrán surcar a menudo aquellas aguas; se acrecentarán como las arenas del mar las embarcaciones; se irá incesante el movimiento marítimo, el tráfico excesivo, bajos fletes, francos los cargamentos, cortos los viajes, cómoda la navegación, imponderables los resultados, Colón será la Puerto Said americana, haciéndose digna del venerable nombre que lleva: será la ciudad-colonia, y Panamá la ciudad-emporio. Finalmente, al confundir sus aguas para siempre, el Atlántico, para siempre también, derramará en el Pacífico y el Pacífico en el Atlántico, la misma cosa siempre: la prosperidad.

El espectáculo será soberbio; la perspectiva encantadora. Cuando en 20 de septiembre de 1513, atravesó de manera penosa este istmo, para tomar posesión del grande océano en nombre de España, ¿quién hubiera dicho a Vasco Núñez de Balboa, que un día la navegación lo atravesaría también, y con facilidad mayor, para tomar posesión del mismo océano en nombre del progreso!

VI

El Canal de Panamá será para la América, lo que el Canal de Suez es para el África: un río de civilización. Esos buques de vela y de vapor, en cuyos mástiles ondularan las enseñas de todas las naciones, y que, minuto por minuto, pasaran de uno a otro océano por este maravilloso estrecho, no serán meros conductores de los artefactos de la industria, de las importaciones y exportaciones francesas, españolas, inglesas, alemanas, americanas, que, con ellos, atravesarán también el Canal las ciencias y las artes, la paz y la concordia, el trabajo y la fraternidad, el adelanto y el bien. No osarán las tinieblas abalanzarse a este foco para envolverle, porque la paz que habrá de irradiar será bastante intensa para repelerlas de manera victoriosa; no osará esa compañera inseparable del pasado, la fuerza bruta, hollar con sus sangrientas plantas, como huella el estrecho de los Dardánelos, este pasaje destinado al tránsito tan solo de la idea



y el venturoso porvenir del mundo de Colón. Este Canal de Panamá será la vieja Europa estrechando con amor la mano a esas jóvenes naciones del Pacífico; será el Occidente poderoso tendiendo la saya al remoto y opulento Oriente. He ahí, pues, una patente prueba de lo que ya dijimos al principio; a saber: que la civilización dimana del progreso; y de ahí también, porque la gigantesca obra de que venimos tratando es tan grandiosa, lo que al mismo tiempo justifica la tenaz y ruda guerra de que ha sido y es objeto. ¡Por parte de un pigmeo! No; por parte de un coloso. Es propio del hombre dejar en pie lo miserable, porque es miserable, y abatir lo grande, porque es grande. Existen ilustres naciones que tienen, no obstante, sus mezquinos sentimientos, como los astros tienen sus aberraciones. En cambio, una pequeña nación, la República Dominicana, celebró entusiasmada, ella la primera, la resuelta apertura del Canal, poniendo a entera disposición de la empresa su bahía de Samaná, la mejor del Nuevo Mundo.¹

Toda guerra, es decir, toda oposición, es un absurdo, porque no es propiedad de una sola nación esta obra, sino de todas las naciones; todas tendrán igualmente sobre ella el mismo derecho, con la sola, podemos decir, la única diferencia de que más ventajosa habrá de ser para América que para Europa, y allí donde más la combaten, allí derramará mayores utilidades, del modo mismo que Inglaterra es la nación más favorecida por el Canal de Suez, siendo así que fue la singular encarnizada enemiga de la magna empresa. Y es que el progreso está exento de egoísmo, envidia y exclusivismo, nunca paga con la misma moneda, y a todos prodiga sus beneficios, como su luz el Sol. La civilización a todo el mundo pertenece.

El progreso, a la postre, siempre triunfa de todas las resistencias, de todos los obstáculos, sean de la naturaleza que sean; y la verdad se abre franco camino a través de los errores y preocupaciones de los hombres. Pero hagámoslo presente, sin pérdida de tiempo: esas contrariedades, son hasta cierto punto indispensables, porque sirven para probar, por ese lado, la

1 Seis años después, con motivo de la muerte de Víctor Hugo, el mismo país dio nuevo y raro testimonio de su acendrado amor a lo grande, consagrando precioso álbum necrológico a la memoria del poeta. (Nota del autor)



cantidad de potencia que alcanza en un hombre esa gran virtud que se llama la energía: el que no la posea en superlativo grado, no aspire jamás a la elevada categoría del héroe, jamás acometa grandes empresas, porque le será imposible superar los enormes obstáculos de que siempre vienen precedidas. Esas obras únicas que se llaman Canal de Suez y Canal de Panamá, pertenecen al género de aquellas que no basta haberlas concebido, sino que es necesario querer de veras realizarlas; son hijas, más de la voluntad y el esfuerzo, que de la inteligencia, no porque tienen mucho de mecánicas, sino porque realmente se necesita un espíritu resuelto, tenaz, perseverante, infatigable, persistente, superior, henchido de fortaleza y de confianza, para llevarlas a cumplido remate. El acontecimiento de obras como esas revela, en el hombre que las ha concebido, las proposiciones del gigante, y no es dado a cualquiera elevarse a altura tan tamaña.

VII

Lesseps es el hombre sin igual, único; por eso, el más grande se le puede llamar de nuestro siglo; a lo menos, entre todos los obreros, él es el gran obrero, porque es el más útil; es algo como el patriarca del trabajo, el Hércules moderno. Al ver, obedeciendo todos sumisos a la voluntad de ese hombre extraordinario, al ver los ríos cambiar de cauce, las rocas convertirse en diminutos fragmentos, las eminentes montañas, como sobrecogidas de terror, caer con estrépito al suelo quebrantadas, demolidas, y unir sus aguas los océanos y los mares; los poetas antiguos, Homero entre ellos, le habrían, desde luego, reputado por rival feliz del gran héroe que desecó unos ríos, dio nuevo curso a otros; construyó caminos por lugares inaccesibles, e hizo de una sola dos montañas –Abyla y Calpa– para unir el Mediterráneo al Atlántico; y la teogonía le hubiera inscrito, al punto, en el número de las divinidades del Olimpo: ¡que es supremo galardón moral a que se hace merecedor el hombre que tan miríficas empresas lleva a cabo!

Haciendo obras como estos dos Canales, que todas las generaciones han de contemplar con admiración profunda, y que



han de reportar los mismos cuantiosos beneficios a todas las generaciones, es como se conquista, igualmente para sí propio y para la patria, ese amor y esa nombradía universales, que jamás podrán los tiempos alterar. Es grande, en verdad, el hombre que a tan increíbles trabajos se consagra; pero es más grande de la patria que a semejante hombre ha producido; lo es todavía más si sabe devolver cuidadosa la honra y la gloria que por él recibe, honrándole y glorificándole a su vez. Francia es esa gran patria: ella, digámoslo una vez por todas, a guisa de paréntesis, ella es el brillante prototipo de todas las naciones de la Tierra.

Era un día del mes de mayo de 1885; un hombre ya entrado en años, pero fuerte: uno de esos hombres que ofrecen canas a la veneración y a la admiración esfuerzo, pronunciaba corto elevado discurso ante una legión de grandes inteligencias; celebrábase la reunión en una casa que bien podemos llamar templo; y cuando acabó de hablar, levantose uno de esos oradores que seducen con el esplendor de su palabra, y contestole, quedando terminada de este modo aquella solemne fiesta del talento. Esas inteligencias, congregadas en aquel recinto, eran los inmortales que componen la más ilustre corporación del mundo, la venerable Academia Francesa, y en medio de ellos figuraba el portentoso genio del siglo, Víctor Hugo. El anciano ingresaba entonces en aquella sociedad, y el orador, en magníficas palabras, dignas de Cicerón, a nombre de ella le recibía instalándole en su silla: el uno era Lesseps y el otro Renan, varones de la misma talla.

Ahora bien, ¿qué dijo Lesseps? ¿qué respondió Renan? Aquel entraba en el templo de la ciencia como hombre de acción, no como hombre de ciencia; y el presidente de la docta sociedad, como a hombre de acción, precisamente como a tal, le dio entusiasta bienvenida, porque al hombre que puede elevarse a la altura de su siglo por medio tan solo de su acción, al hombre que, por ese solo medio, acomete empresas que a la misma ciencia maravillan, y que han de ser imponderablemente útiles en todos los tiempos a todos los pueblos, le abre la Academia de par en par sus puertas, admitiéndole en su seno, como hubiese admitido a Cristóbal Colón por el solo hecho de haber descubierto el Nuevo Mundo, y como admite a un general que ha ganado una batalla.



Esas bellísimas palabras de Renan expresan tácitamente una excelsa idea, que retrata con fidelidad el carácter, el modo de pensar y el modo de sentir del pueblo francés. Jamás oídos humanos habían escuchado palabras tan ejemplares y emulantes, ni filósofo alguno concebido idea tan sublime. ¡Qué! A título de haber, del modo más sencillo y simple, cortado un istmo, ¿merece un hombre, por vestirse, entrar en el recinto solamente a los hombres que saben consagrado? ¿Qué significa eso? Significa, que este hombre, rompiendo este istmo, ha llegado, por medio del esfuerzo, a la misma elevación a que otros han llegado, por medio del pensamiento; significa, que unos han podido, con su imaginación, producir obras cuasi divina, y él ha podido, con su acción, producir obras profundamente humanas; significa, que la obra material es a la obra intelectual, cuando el fin de la una no es menos grande o beneficioso que el de la otra, cuando aquella revela tanta grandeza, tanta sublimidad como esta; significa que el genio puede manifestar su existencia en un hombre, lo mismo por medio de sus manos que a través de su cerebro, y que a una gran corporación francesa, como la ilustre Academia, «nada del hombre, nada, puede serle indiferente». Hacer un Canal, llámese de Suez, llámese de Panamá, es levantar, en beneficio de la humanidad, un monumento contra el cual dirigirá inútilmente el tiempo sus embates, es hacer en el orden material puro, una obra que puede equivaler, en el orden intelectual, a la *Divina Comedia*, verbigracia; porque las grandes fuerzas morales puestas en acción por el autor de la primera para darle cima, corresponden a las grandes facultades intelectuales empleadas por el autor de la segunda para producirla. De suerte que si la naturaleza, en vez de haberle inclinado hacia lo mecánico, le hubiera inclinado hacia el arte o a la ciencia, Lesseps habría sido incomparable genio en cualquier ramo porque hubiese tenido vocación.

VIII

Lesseps, sin embargo, es un genio incomparable, porque es un genio singular. El Dante y Colón habrían tenido a honra ser amigos suyos. Después de haberle visto hender la tierra, es probable



que otros en lo venidero, puedan imitarle; pero antes que él, nadie pudo hacerlo: ¡he ahí uno de los principales timbres, quizá el más brillante, de su gloria!

En Lesseps, el genio tiene un matiz profundo: la audacia, y el corazón un estímulo poderoso: el esfuerzo. Las mismas cualidades se descubren en Alejandro Magno, el cual era hombre a la vez de genio y de acción, como Lesseps, y hubiera quizás obtenido, por sus insignes hazañas guerreras, un asiento entre los individuos de la Academia Francesa... ¡Pero cuán enorme diferencia media entre el hombre de acción para la guerra y el hombre de acción para el progreso! La humana conciencia quita la razón al primero y se la da al segundo; posterga, con desprecio, al discípulo de Aristóteles, y aclama, llena de júbilo, a Lesseps. ¿Y cómo podría ser de manera diferente?... La tierra enmudece en presencia del uno, y habla en presencia del otro.

¿Qué habla? Ese sublime lenguaje del trabajo, no en forma de campo, es decir, agricultura ni de ciudad, es decir, industria, sino en la de camino, esto es, vía de comunicación, tráfico, que es una de las formas bajo las cuales más interesa el trabajo al auge y afianzamiento de los intereses y relaciones de los pueblos entre sí. Alejandro llevó la Europa al Oriente, atravesando charcos de sangre, para extender su poder y dilatar su imperio; mientras que Lesseps ha dilatado los dominios de la civilización y el comercio, acercando el Oriente a la Europa, sin cruentos sacrificios. Alejandro representa la devastación, la guerra, la conquista; y Lesseps representa la ciudad cubierta de humo, la bahía henchida de naves, los lanchones cargados de artefactos y géneros, la playa siempre atestada de gentes alegres que trafican y trabajan, la tierra poblada de frutos exportables, la locomotora que los conduce al puerto; la agricultura, la industria, la navegación. El héroe macedón ciñe la espada, y el héroe francés empuña el caduceo. ¿Cuál de los dos es más digno de la historia? ¿Cuál de los dos es más grande para la humanidad?

Alejandro fue un déspota, un tirano; Lesseps es un libertador. El continente africano venía marchando, a través de los siglos, uncido fuertemente a la coyunda del Asia, y aparece ese nuevo Mesías, encargado de darle libertad, rompiendo para siempre sus cadenas. El mismo perínclito servicio está, en los



actuales momentos, prestando al continente suramericano, que venía también gimiendo, desde el principio de los tiempos, bajo la férula de la América del Septentrión. Y este continente, no dista mucho la hora, obtendrá la libertad, obtendrá la independencia; las mismas gozosas aclamaciones que saludaron la emancipación del África se harán oír, atronando el espacio, cuando el último golpe de zapa sea dado en esta amada porción de tierra redimida.

IX

Colombia, grande por su historia y admirable por su heroísmo: Colombia, cuyo solo nombre es altamente honroso para ella, pues que constituye singular vindicativo tributo de piadosa veneración a la memoria del inventor del Nuevo Mundo; patria de Francisco José y Policarpa, el sabio mártir y la mártir heroína; foco de la épica revolución suramericana teatro de las hazañas de Bolívar, exuberante en producciones naturales y talentos eminentes; tranquila y majestuosa; pródiga en libertad y hospitalidad; digna de veneración y de amor digna; situada en el extremo de un continente y el principio de otro, como para ejercer por expreso mandato del destino, y en medio de las demás naciones sus hermanas, especial función benéfica en lo futuro para todas; Colombia, decimos, asistirá, un día de la década presente, bañada de alegría el virginal semblante y ostentando primorosos atavíos, como la doncella prometida en el dichoso día de sus bodas, asistirá, ceñidas de oliva y de laurel las sienes, al insólito espectáculo siguiente:

Será un río, cual larga y anchurosa cinta de plata, desembocando, por uno y otro extremo, en ambos océanos, luciendo a una y otra ribera, sobre las desconcentradas cintas del *Corosita* y del *Culebra*, y entre apiñada muchedumbre de bulliciosos espectadores, las banderas de todas las naciones. Entrará en el río, del lado del Septentrión, surcando con majestad sus aguas cristalinas hasta la opuesta desembocadura, empavesada nave, a cuyo bordo irán delegaciones de América y Europa, África y Asia. Entonces, poblarán el espacio deliciosas armonías, vítores, hurras, salvas, aclamaciones; se escucharán los himnos na-



cionales de todos los pueblos, entonará Colombia el suyo, la *Marsellesa* enaltecerá los corazones, embriagados ya de júbilo inefable, y un anciano, cuya vida Dios habrá para esa ocasión solemne reservado, saludará con reverencia, desde el puente de la nave, al otro anciano, el cual le contestará con un bramido: aquello parecerá la mutua salutación de dos patriarcas. El primero, que se llama Lesseps, lucirá una corona de canas; el segundo, que se llama el Pacífico, lucirá una corona de espumas. ¡El río será el Canal de Panamá, el gran Canal, puesto, en ese día memorable, al servicio del comercio, de la navegación, del mundo!

El Porvenir, 19 y 26 de junio; 3, 10, 17, 24 y 31 de julio y 7 de agosto de 1886.



Carta al director de *El Porvenir*

La Habana, 8 de junio de 1888.

Señor
D. José Castellanos
Puerto Plata.

Mi muy estimado compatriota:

En el extranjero es donde se puede ver distintamente todo lo malo que encierra nuestro país; pero todavía se ve con más distinción lo bueno que posee. Tenemos, es verdad, muchas cosas malas, cualidades detestables; pero lo que tenemos de bueno, nuestras cualidades bellas ¡ah! valen lo que nosotros no podemos figurarnos, o por mejor decir, no tienen valor. He visto en otras partes, si no las mismas, cuasi las mismas cosas malas que hay en nuestra patria; pero, en desquite, no he visto, ni con mucho, las mismas cosas buenas que allí se contienen. Esto debe causarnos algún consuelo; no digo consuelo enteramente, porque no pueden consolarnos tanto bueno por un lado en frente de tanto malo por otro.

Una de las cosas buenas que tenemos es (créalo usted a pie juntillas), es *El Porvenir*. Honra mucho a la República entera el que ese periódico se haya sostenido tantos años, porque el haberse sostenido tantos años patentiza que ha habido perseverancia en su publicación y tenacidad y decisión como si se hubiera sabido de antemano que se iba a dotar a la República de una institución capaz de hacerle honor, y de constituirle una especie de título de gloria. Sí, la perseverancia, tenacidad y decisión gracias a las cuales ha podido sostenerse *El Porvenir*



son honrosas para todos los dominicanos, porque nada lo es tanto como la constancia en el bien. Lástima que no sea ese periódico protegido y ayudado como merece, atendiendo al servicio que le hace a la República. Ojalá se pudiera decir lo mismo de la mayor parte de los Gobiernos dominicanos, pues en mi concepto *El Porvenir* ha hecho y hace más que lo que muchos de ellos han hecho en favor de la patria, porque si quiera *El Porvenir* la ha honrado y la honra, al paso que algunos de ellos la han deshonrado.

Usted no sabe cuánto me satisface ver en los periódicos extranjeros noticias del país encabezadas con esta frase: «Tomamos de *El Porvenir*, de Puerto Plata, lo siguiente,» o «dice *El Porvenir*» tal cosa, o «según *El Porvenir*» tal otra, y así por el estilo. Eso me satisface, porque puesto que los periódicos extranjeros gustan de copiar lo que dice *El Porvenir*, es prueba que *El Porvenir* tiene crédito y que es conocido; y es conocido y tiene crédito por la gruesa suma de años que tiene de vida. Manuel es digno de tres cosas; primera, de las consideraciones de todo Puerto Plata en particular y de todos sus conciudadanos en general; segunda, de una estatua, de un monumento, como los que se erigen en otros países a ciudadanos dignos y buenos como él (en vida misma), y tercera, de las alabanzas de la historia dominicana. Ojalá que en otras muchas cosas buenas se hubiese desplegado en la perseverancia sajona que él ha desplegado en el sostenimiento de su periódico, que tal vez hoy tuviéramos muchas cosas más de cuya posesión pudiésemos con razón y justicia sentirnos honrados.

No hay más que continuar. La causa de *El Porvenir* se puede llamar causa nacional y todos los que de alguna manera le hacen guerra, deberían detenerse a meditar por un momento, que ese periódico está consagrado por los años, y que, por esta sola circunstancia, honra al país donde se publica. Sí, todos los que se le muestran antagonistas y los que no, debieran atender a todo eso y prestarle ayuda incesante y sincera, y contribuir sinceramente a engrandecerlo y perpetuarlo con su apoyo material.

Es tanto lo que he aprendido a amar a mi patria en el destierro, que miro con respeto religiosísimo cuanto de un modo u otro le da renombre y la realza. Pronto volveré y desde luego



puede contarme *El Porvenir* en el número de sus adictos más acérrimos; es verdad que siempre le he querido muy mucho.
Suyo afectísimo

J. V. F.

El Porvenir, 30 de junio de 1888.





Inglaterra y los pueblos autónomos américo-españoles

I

Nada semejante a su influencia en África y Asia ocurre con Inglaterra en nuestra libre América.

La civilización hispanoamericana no es asimilable a la civilización anglosajona; en otros términos, obstruye instintivamente cuantos conductos pueden hacer accesible a ella el ascendiente de la civilización neolatina. Y no se ven en ello exclusivismo tal como el exclusivismo yankee, no; que mientras éste se caracteriza por la incontrastable repugnancia de aquella nación a fraternizar con las de origen distinto ubicadas en el resto del mundo americano; aquél sólo tiende a imposibilitar el predominio sobre las mismas de civilizaciones forasteras, cuyo vicio cardinal estriba en corromper los sentimientos morales, reducir a estériles o ineficaces movimientos esas dos fuerzas motrices del alma nominadas estímulo y actividad, o impedir de todo punto la manifestación del genio, adormeciendo, como por resultado de potente influjo soporífero, las facultades soberanas del humano entendimiento. Porque viene muy a propósito fijarse con algún detenimiento en este fenómeno psicológico al paso que tales civilizaciones estimadas en su aspecto puramente moral e intelectual, degeneran cuando se trasplantan a regiones coloniales, descomponiéndose, si podemos decirlo así, en civilizaciones pasivas o neutras: la neolatina, no menos que la romana, su madre, y la griega, su abuela, siempre cobró. En circunstancias idénticas, nuevo vigor y lozanía, como si la peregrinación a través de la naturaleza silvestre o de la



inquieta superficie del mar; como si la suave aspiración de la fresca brisa de las montañas o de los aires salobres del océano, constituyese otros tantos principios de vida capaces, no sólo de sostener, sino también de centuplicar las fuerzas del espíritu. El genio griego se manifestó en las colonias con la misma vivacidad con que brotó en la patria metropolitana; y España dio a Roma poetas, filósofos, políticos, generales y emperadores celebérrimos.

II

Dirásenos que ahí están los Estados Unidos Yankees prontos a dar testimonio paladino de lo contrario; pero esta república es, en todo caso, una excepción; como a la inversa, Francia forma también una excepción, pues no embargante ser tan civilizada, no embargante hallarse investida, por derecho propio, con el apostolado de la universa cultura y parecer tal como un San Pablo colectivo difundiendo entre las gentes las doctrinas de la humana regeneración, en nada trascendental y grande ha revelado su competencia, sus aptitudes, como nación colonizadora; ni siquiera pueblo ha podido constituir en sus posesiones transmarinas. En éstas, y también en las inglesas, encuéntrase la sociedad postrada meramente, cuasi muerta, porque deja de compadecerse, por modo inconciliable, con el espíritu público y el ejercicio universal de los derechos políticos, que, de consuno, informan la vida compleja y bulliciosa de los pueblos.

Amén de las razones precedentes los Estados Unidos Yankees conciertan el defecto de probar demasiado a favor de la nación britana. ¿Qué son y qué representan ellos, en cuentas resumidas? Ellos son su propia obra; pero esa obra ¿tiene acaso más de humano que de providencial, o más de lo segundo que de lo primero?

Es tiempo ya de que vuelvan de su estupor cuantos contemplan atribulados a la República Yankee, cuya existencia parece, a buena fe, una existencia por aparición más bien que por formación; y vayan habituándose a verla y admirarla sin ir ciega-mente, como hasta hoy, más allá de lo justo y razonable; porque



¿cuál espíritu hecha a la reflexión deja de alcanzar a ver patente la mano de la Providencia en la constitución de República tan gigantesca? Se la celebra con entusiasmo rayano en frenesí, con devoción rayana en idolatría, por lo que ha hecho y por la celeridad con que lo ha hecho; pero ni siquiera una palabra laudatoria ni acción alguna de gracias en honor de la sabiduría extraterrena, cuyas predefiniciones hubo de seguir, sin advertirlo, en la ejecución de su ciclópea obra, la cual no es sino la fabricación o hechura de sí mismos.

III

Este novísimo mundo americano, ha muy activa participación en la promoción de la humana perceptibilidad predestinada había menester, ante todo, de algo esencial, en el orden genuinamente humano, que lo entonase que le imprimiese carácter propio, elevándole, digámoslo así, de la mera condición de parte integrante del mundo físico, a la categoría de lo que denominaremos agente, de lo que denominaremos entelequia, del mundo moral: había menester de personalidad; y para que la tuviese, precisaba que, cuanto antes, apareciera en él, no un hombre, por no tratarse de labor alguna proporcionada más o menos a las fuerzas de un individuo, sino un pueblo, y de no de un pueblo cualquiera, sino un pueblo especial, hecho como por encargo, un pueblo de acción, en fin, provisto de aptitudes sobradas para constituir esa personalidad y, al propio tiempo, consagrarla, estableciendo con el concurso del progreso las bases de lo porvenir, aquellas bases incommovibles sobre que debían estribar los destinos múltiples del citado hemisferio americano. Pues bien, esta necesidad primogenia, que podemos llamar de lo presente, han venido los Estados Unidos Yankees a satisfacer; y debido a esto, es decir, a fin de llenarla según su perentoriedad lo apetecía, hubo este pueblo de ser vivo y espontáneo en su formación, o para emplear la palabra exacta, por eso, y no por otro motivo ni circunstancia, hubo de ser precoz.

Pero fuera de aquella concreta, de aquella simple necesidad temporánea, ya cuasi satisfecha, otras relacionadas, sin hesitación,



con el perfeccionamiento social de América, otras habían de bosquejarse u ofrecerse a modo de necesidades impalpables o embrionarias, de urgencia remota, que, para su intención cumplida, exigiesen la existencia futura de un grupo de pueblos distintos psicológicamente de los yankees, un grupo de pueblos enriquecidos con dulce y culto carácter arregladamente a lo demandado por la naturaleza íntima del cometido providencial que habían de cumplir, y más pronto de suyo a las cosas estéticas y morales, que a las materiales y prácticas. Debido, pues, a esta razón suprema, los hispánico-americanos, por quienes serán cubiertas aquellas necesidades venideras, no han debido desarrollarlas con anticipación y precocidad iguales a las reveladas por el desenvolvimiento del angloamericano, cuya preponderancia carece de la facultad bastante a exceder los límites de lo presente, más o menos prolongado, y sería sustituida por el predominio colectivo que, de mancomún con su manifiesto destino, ejercerán en lo porvenir aquellas infantiles sociedades.

IV

La república norteamericana, repetimos, constituye una excepción favorable a nuestra tesis, pues mejor la robustece que la desvirtúa.

No existe nación conculcadora de quien se pueda citar el caso de haber perdido en tiempo de paz alguna una siquiera de sus posesiones ultramarinas. Siempre fue preciso para ello que se hallase ahora en guerra declarada con otra u otras potencias, ahora combatidas de locales disensiones. Francia, poseyera (...) civilizado, y fuera propietaria de otros dominios importantes, dado que no luchase a la sazón con Inglaterra y con Europa; aun las colonias británico-americanas habrían logrado emanciparse, como las relaciones políticas entre Francia e Inglaterra no hubiesen sido las de dos enemigos que abiertamente se combaten; España regocijaríase todavía con la posesión de un mundo si, antes Inglaterra y a poco Francia, no hubieran puesto empeño tanto en abatirla y despojarla de lo suyo; y Portugal contaría con el Brasil, a no estar, como estaba enton-



ces, de facciones desapoderadas trabajado. En circunstancias semejantes las colonias más adelantadas, juzgándose aptas para gobernarse a sí mismas, fueron siempre las primeras en desconocer, con razón o sin ella, la potestad de la metrópoli, proclamándose independientes con el auxilio de las armas, aunque ningún país alcanzó jamás por medios diferentes ese fin político.

Las razones ligerísimas en las cuales motivaron las colonias inglesas su separación de la madre patria, son evidentemente demostrativas de la diferencia, más o menos radical, habida entre los anteriores sistemas coloniales ensayados por Inglaterra y el régimen moderno, sin duda más definido y enérgico y mejor provisto de ración de aquella potente república sobre las numerosas dependencias por ella tenidas en las cinco partes del conjunto inmenso de cosas criadas a quien nombramos tierra. Si necesitásemos comprobar este aserto, bastaría fijarnos en la circunstancia de haber permanecido la mayoría de las otras colonias, después de disgregadas las del Norte, tan sumisas a Inglaterra, que no han osado aspirar a la independencia, pagando caro su atrevimiento las que hubieron de intentarlo alguna vez.

V

Es difícil determinar la preparación en que cooperó ese antiguo régimen a fijar la idiosincrasia y el modo de ser doméstico de los habitantes en aquellas colonias; pero esa cooperación sui géneris, atendiendo a la distancia que al carácter y costumbres no solamente de los vivientes en las modernas posesiones británicas, y lo que parece más peregrino, de los canadienses, tan próximos a ellos cómo norteamericanos; si que también de los mismos naturales de Gran Bretaña. El señor Knight, vicepresidente de la Sociedad Londinense de Literatura, hizo saber en el Congreso Literario Internacional de Madrid, que viajando el año próximo anterior por el gran país angloamericano, tuvo motivo para considerarse allí más extranjero que lo era en España, donde se hallaba como en su casa.

Poco se conforman, de fijo, con el carácter inglés, en todo circunspecto de suyo, las genialidades licenciosas y extravaganas-



cias de los yankees los cuales, mirados por esta faz particular, parecen como degeneración de sus ascendientes étnicos. Ellos encierran dotes y cualidades, heredadas de los últimos, capaces de honestar a cualquier pueblo; mas también abrigan en proporción igual, defectos repugnadísimos no revelados por ningún otro pueblo moderno, e ignoramos si el grado de civilización que alcanzan de presente cohonestar esos defectos, o antes bien agrava su fealdad.

Señálanse no poco los ingleses por sediciosos y egoístas; pero nada vienen a ser en este punto parangonados con los yankees, quienes tiran constantemente a los excesos movidos por el acicate de aquellas dos pasiones. Mientras ellos lo quieren todo para sí, los ingleses tolerarían de grado que otras naciones se repartiesen el mundo a condición de no ser excluidos del botín. Sin embargo, John Bull aventaja bastante a Uncle Sam en ese desparpajo y naturalidad con que de ordinario ejerce la rapiña y el despojo, ni más ni menos que si se tratara de cualquier honesta profesión; y debido a lo cual encuentra francos todos los caminos en queriendo adjudicarse lo ajeno contra el querer de su poseedor legítimo, bien sea objeto de manía tan empecatada una porción de tierra ceñida por el mar como Chipre; bien todo un reino continental, como Birmania; ya un pedazo de territorio rico en criaderos auríferos, como la Guayana venezolana; ya otra cosa, ora mueble, ora inmueble, de la cual le convenga de la cual se convenga por razón cualquiera o con cualquier pretexto apoderarse, para nunca jamás devolverla, o con ese ánimo o trueque de percibir, por exigencia suya, una indemnización proporcional en libras esterlinas.

Fuera de aquí, son los ingleses grotescos en cuanto responde a su índole y a su crianza; pero en medio de todo descubren como un baño de dignidad indefinible, que modifica o disimula bien la repugnante apariencia de aquellas imperfecciones morales: mucho se les puede tolerar por el hecho de ser ingleses. No así los yankees, cuyas escabrosidades, lo mismo las encarnadas en la condición que las dependientes de los hábitos, se ofrecen a secas, sin la concurrencia de algún donaire capaz de hacerla pasaderas a los ojos de la gente fina; y apenas si, a los de la gente ordinaria, logran darles visos de agraciadas mediante la virtud del dinero, de que andan a la continua literalmente



repletos. Entrambos son, como ambiciosos, muy sobresalientes, puesto que hablamos aquí de una cualidad común a todos los individuos y a todos los pueblos de sajona raza; pero los ingleses saben circunscribir a términos racionales su ambición, sin reducirse a límites, la suya. En orden a sus asuntos interiores y comerciales, se particularizan los ingleses en lo serios y formales, al revés de los yankees, tan emparentados con sus principios y con la mala fe: contrahacen sus principios y los de ajena industria con descarmiento rayano en insolente cinismo; todo lo falsifican: las prendas propias al abrigo del cuerpo, las provisiones indispensables a su alimento, las bebidas adecuadas a su refocilación, y las confecciones, líquidas y sólidas, convenientes a su salud; a ratos huyen de llenar los pedidos a gusto de los consignatarios y corresponsales, pues los remiten incompletos, o equivocan a sabiendas las mercancías encargadas. Por el rumbo de las extravagancias, los ingleses dan señales parejas con ellos; y no sólo con los ingleses, que, viéndolos por esta cara peculiar, todos los pueblos del orbe son al lado de los yankees niños de teta; ni nada se debe o puede poner tocante a ellos en duda, todavía se trate de la cosa más absurda, cuando no la más atroz; por donde no aparece singularidad alguna que, cuando menos se piense, noticie al mundo el cable submarino haberse verificado una jiga en plena Cámara de Diputados o en plena Cámara de Senadores, no fuera poderoso espectáculo (...) Contraémonos al sangriento y escandaloso pugilato de los representantes del pueblo, efectuado hace dos años en medio de una sesión concurridísima del primero de los citados cuerpos legislativos.

VI

Es innecesario ser lince para captar que la nación angloamericana carece de ciertas cualidades internas, requeridas para que se la pueda equiparar con la nación anglosajona. Esta le lleva esa superioridad efectiva que los padres tienen sobre los hijos; y más que los hijos suelen ser, en lo físico y lo moral, parecidos más o menos perfectamente a sus progenitores; la naturaleza, como solícita en santiguar la condición augusta de la



paternidad y la maternidad, deja reservada en los últimos una suma de virtudes intransmisibles por la sangre ni la crianza: virtudes purísimas, inestables, cuyo fin se viene a reducir exclusivamente como a ocupar el vacío dejado por las que la humana criatura hubo de recibir cuando en las maternales entrañas encarnó. Así que, comparadas entre sí ambas repúblicas, esto es en cuanto encierran de moral o sensible las dos, quien se lleva la palma es Inglaterra, la cual, por efecto del contraste, parece al punto como la nación más generosa y magnánima del globo, sin que pueda resultar de otra manera, sumados los servicios valiosos hechos por ella en obsequio de América y la humanidad. Inglaterra no ha olvidado a las veces agradecer a la civilización y al progreso los bienes sin guarismo que tiene de la una y del otro recibidos. ¿Cómo? Realizando obras y actos contadísimos, es verdad, pero aceptos al progreso y a la civilización. Los Estados Unidos Yankees, por la inversa, sólo han sabido mostrarse ingratos para con el primero y para con la segunda, permaneciendo reconcentrados en sí mismos de tal suerte, que ningún pueblo pueda razonablemente, a título de reconocido, denominarlos bienhechores.

VII

Inglaterra, en gracia sea dicho de la verdad, hállese de continuo forzada, por su índole rebelde, a no dar paso en ningún camino sin previa consulta de sus particulares intereses; y cuando éstos indican la conveniencia de hacer efectivo un escándalo, perpetrar un crimen o cometer una bruteza, no padece indecisión, ni titubea, ni vacila, y va derechamente a escándalo, al crimen, a las arbitrariedades, con la misma impavidez que si fuera a realizar una obra meritoria para la civilización, a sentar algún precedente culto en orden al derecho de gentes, y a enaltecer su nombre de la manera única que puede ser enaltecido, ajustando su conducta y proceder a los dictados de la razón y la equidad. Pero estos reparos, bien que ponderosos, no la privan, con todo, de su derecho a la estima que merece por virtud de los servicios que ha estado prestando de tiempo en tiempo a la causa de la libertad y el progreso; por cuando se



nos antoja que las acciones venerables y las acciones perversas de las repúblicas, no menos que de los individuos, han de ser como las ondas sonoras, las cuales entremézclanse unas con otras sin amortiguarse ni confundirse.

Más de un pueblo americano ha contado a esa nación como fautora en momentos históricos oportunos, aunque sin perjuicio de tenerla después como adversaria tremebunda, tan luego han ocurrido circunstancias parecidas a las dificultades que desigualmente median hoy por hoy entre Venezuela y ella, con motivo de preciosísima extensión de territorio perteneciente por hecho y derecho a la primera. Ninguna se le hubo históricamente de anticipar en el acto práctico de la reintegración total a una parte del género humano de los derechos que le fueron arrebatados y retenidos durante centurias tantas, acto espléndido de justo desagravio a la ofendida dignidad humana, terciado en abstracto mucho antes por la Revolución Francesa. Ninguna sino ella tomó a su cargo la magna tarea de relevar por siempre al continente africano del tributo abominable que la nequicia de las naciones colonizadoras le impuso, y por cuyo efecto era inmolada la personalidad de millones y millones de criaturas infelices en aras del nuevo Moloch denominado Esclavitud.¹ Todos estos servicios, todos estos bienes han alcanzado, ya directa, ya indirectamente a nuestros países americanos, quienes se han beneficiado, cual más, cual menos, de los mismos. Y con todo eso, Inglaterra no tiene mano con ellos, no prepondera en su vida moral y política; sus destinos y cultura en nada revelan el ascendiente de mayor potencia del orbe, ni ésta excita por allí más admiración que la provocada por su amplio poderío, incontrastable, hasta el presente.

Las naciones ejercían la trata por conducto de sus propios hijos, esto es, sin encomendar ese comercio a ingleses, o al menos sin admitirlo, a fuer de particioneros precipuos en las pingües granjerías del negocio, digno por entonces, si al cúmulo inmenso de las mismas atendemos, de compararse con

1 No es menos verdadero, sin embargo, que la causa motivo de los empeños eficientes por Inglaterra entonces practicados, apoca, sin medida, mirándola bien a la luz de la moral filosófica, la gloria que, salvando todo examen previo, le cabe por la simple razón de haberla, y con tal dichosa fortuna, ejecutado. (Nota del autor)



algo así como dilatada y exuberante mina de oro. A mayor abundamiento, el monopolio de la introducción de bozales en las colonias españolas, de que gozaba el Gobierno inglés por el tratado hecho en Madrid el 26 de marzo de 1713, terminó en 1750, tras algunas interrupciones ocasionadas por las guerras entre las dos naciones contratantes, en virtud del nuevo tratado que tuvieron el 5 de octubre del mismo año. Desde aquella fecha, por mejor decir, diez años antes, empezó el Gobierno español a permitir que súbditos suyos importaran africanos a dichas colonias, lo cual estuvo sucediendo hasta después de 1778, que Carlos II, facultó a españoles de América para que se surtiesen de aquella mercancía en las posesiones francesas, y si es verdad que se ajustó en 1784 una contrata con los ingleses, traficantes en seres humanos, Baker y Dowson, de Liverpool, contrata limitada, por cuatro mil bozales en dos puntos de América, si bien fue renovada con más amplitud en 1786 y 1788; también lo es, que, desde 1789, se concedió indistintamente a extranjeros y españoles traer esclavos africanos, hasta que, a la postre, fue semejante comercio declarado libre del todo.

Ahora bien, Inglaterra, cuyos incitamientos ambiciosos no podían atemperarse a una participación tan secundaria e insegura en el tráfico pudiendo, apresuróse a ponerle término cumplido, toda vez que. Para ello, encontrábase harto habilitada por la superioridad que su poderío marítimo le daba sobre las demás naciones. Sólo a esta consideración potísima debió la trata su extinción en lo tocante al mundo nuevo, pues hasta hoy ha continuado en África, donde hubo de localizarse sin oposición alguna de Inglaterra, quizá porque ya no estimaba lesionadas, ni mucho menos, sus conveniencias a causa del diuturno comercio consabido. Y siguiera su proceso indebidamente si la beneficencia de León XIII, a quien el Eterno glorifique, no hubiese acordado moverle guerra sin demora ni contemplaciones, como acaba de disponerlo, ateniéndose a la suma eficacia de las armas con que la Iglesia Católica humanó los sentimientos, daleificó las costumbres, desvaneció los errores y extirpó las *herejías ad majóren Dei glóriam*.

Pero como, de toda suerte, Inglaterra hubo de realizar un intento levantadísimo, esta circunstancia podría dar margen a que hombres irreflexivos estimaran temerarios en justicia los



rastreros designios arriba enunciados, o poco adversos a la rectitud y a los impulsos benéficos de aquella potencia; y nada seguramente viene o puede venir más arreglado a la verdad, despejada de todo inútil abalorio, que aplicar a esa rectitud el calificativo de hipócrita, y a esos impulsos benéficos el de pretensivos o mentidos. Para no exponer a impugnación victoriosa el juicio precedente, acreedor a la nota de cierto y desapasionado, por lo mismo que obedece a un sentimiento de no hechiza imparcialidad; completemos la relación retrospectiva hilvanada por nosotros, poco hace, con la cita de un hecho posterior, muy justificativo de cuanto en esta parte llevamos dicho contra la nación inglesa, y muy revelador, toda vez que ofrece antilogía con la conducta laudable seguida por ella con respecto a la sórdida trata, de lo negada que ha sido y es Inglaterra de suyo a emprender el sendero del bien o a seguir el viaducto del mal, cuando este o aquel paso está o estuvo en contradicción con sus conveniencias tácitas o explícitas. Queremos, pues, eludir a la guerra injustísima que, fiada, no sin fundamento, en su propia suficiencia para salir vencedora, declaró a China en 1838, por haber prohibido el Emperador de aquel país, la introducción del opio en sus dominios, lo cual habían ya monopolizado ya monopolizado comerciantes ingleses, quienes sacaban de la misma productos de gran monta. Y ¿a cuáles razones atendía el Gobierno chino tomando semejante providencia?, o para concretar mejor nuestro pensamiento, ¿qué cosa designa la palabra opio? Pues designa la sustancia o jugo de varias especies de adormideras, que va, como una hechiza lenta, consumiendo la existencia material de todo un pueblo. Encierra virtudes medicinales, mas éstas quedan eclipsadas enfrente de las muchas que también posee, perniciosas a la salud. El número de sus víctimas sorprende, pasma. «Embriáganse», dice un escritor entendido, «embriáganse con opio, maseado a veces, y fumando las más, en Turquía, Persia, el Japón, China, y las islas de la Sonda; pero es en el Celeste Imperio donde el vicio ahondó más sus raíces y produce estragos mayores. Tales son estos, y en tan espantosa progresión aumentan, que muchos temen la conclusión y total ruina de este pueblo, a pedir de la vastísima extensión de su territorio y del incalculable número de sus habitantes.



VIII

Podemos atribuir muy bien esta privación de todo predominio, activo ni pasivo, a la concreta mentalidad de Inglaterra para enderezar los pasos de los pueblos por la senda del mejoramiento, para marchar a su frente llevando la esplendente hacha de la humana cultura, cuyo genio está contrapuesto, por necesidad, a esas enormes acumulaciones de artificios fraguados adrede para mantener al vandalismo coligado con la civilización, y en la tenencia de los cuales lo funda todo ese arrogante coloso, grandeza, pujanza, prestigio y bienestar. Su orgullo todo está vinculado en los buques de guerra que posee; y no anda, no, escaso de motivos razonados para ese movimiento privativo de la propia estimación pues ¿a quién debe su asegurada existencia el imperio colonial británico, asombroso a causa de su extensión y prosperidad? ¿a quién, sino a esa formidable armada, la mayor que ha hendido hasta el día de hoy la superficie de los mares?

E Inglaterra ignoró el grave y terrible mal que había de producir al género humano en Asia.

Mas, a despecho de su atraso, característica, empero, de toda sociedad incipiente; las hispanoamericanas experimentan repulsión instintiva contra las naciones que detraen sus conatos de fin supremo al cual deberían dirigirlos preferentemente, a instituir el culto de la diosa Idea, enemiga natural, irreconciliable, de la diosa Fuerza; y a fundar el reinado positivo de la fraternidad en este mundo. Sí, son nuestros estados antitéticos de suyo a esos imperios que, de cerca o de lejos, predisponen el ánimo de los pueblos imbeles al respeto maquinal emanado del temor, pues sólo llevan a la mente de los mismos la idea de las humillaciones, de las injusticias; y no les inspiran sino recelo, prevención y desconfianza. Ni necesitamos, por remate, detenernos mucho a exponer cómo aquella intuitiva repulsión hace que sean esas repúblicas inaccesibles de todo punto al predominio moral de potencia como Inglaterra, tan infatuada con el poder material de que dispone, muy considerable, muy deslumbrador; pero mal avenido sobre modo con los ideales y destino soberanos de la raza humana.

El Porvenir, 27 de octubre y 3 de noviembre de 1888.



Ojeada sobre la influencia de los EE. UU. en América*

Enamorados interesadamente como están del canal suramericano, sintiéronse los yankees ahora tiempo de la República Dominicana, obrando por la posesión de aquel país tales diligencias y empeños, cuales nunca los hicieron por adquirir punto alguno insular o continental, después de los pedazos inmensos que su codicia brutal cercenó al territorio de su vecina México.

Esos planes inicuos contra la existencia de la nacionalidad dominicana elaboráanse bajo los auspicios paladines del gobierno presidido por el general Grant, a quien devota y activamente secundaba desde su país, en el cual ejercía la primera magistratura de la nación, el calamitoso e indigno dominicano Buenaventura Báez y Méndez, cuya memoria detestan los hijos de la patria en donde nació, por pertenecer a la estirpe de los

* Este texto fue publicado con esta nota introductoria del periódico puertoplateño *El Porvenir*: «Lo siguiente pertenece a la primera parte de la obra *Ensayo sobre la influencia de la civilización española en el Nuevo Mundo*.» No hemos encontrado el folleto *Ensayo sobre los resultados morales de la civilización española en América*, en que fue incluido dicho texto por Juan Vicente Flores, razón por la cual lo recogemos como apareció en el mencionado periódico. La referencia bibliográfica del libro es la siguiente: La Habana, Imprenta y Papelería «La Universal», de Ruiz y Hermanos, 1889, 84 págs. Se trataba solamente de la primera parte de un estudio más amplio, según lo anunció el propio autor. Por otro lado, en el mismo *Porvenir* (25 de enero de 1890) se publicó la siguiente nota: «Nuestro compatriota el señor Juan Vicente Flores, acaba de publicar en La Habana su opúsculo titulado *Ensayo sobre los resultados morales de la civilización española en América*, obrita bastante interesante que se encuentra a la venta en la librería anexa a esta imprenta.» (Nota del editor)



traidores, que tan aborrecible dejáronla siempre a los ojos de la posteridad. Las prosternaciones incesantes del patriotismo quisqueyano, hermanadas con la negativa inapelable del Senado yankee a sancionar tan execrado proyecto de anexión, conjuraron, por manera presentánea, ese peligro de muerte para la gloriosa república oriental de la isla de Santo Domingo.

Pero ¿cuál móvil inducía entonces a los angloamericanos a consumir semejante adquisición, por no decir crimen? Pues nada menos que hacer de aquella tierra, digna y libre, una segunda Liberia, introduciendo allí a la mayor parte, si no a la totalidad, de los recién manumitidos esclavos, huyendo, según expresa el general Grant en sus *Memorias*, de que la existencia de tal raza en la feliz República engendrara complicaciones en lo sucesivo, temor que ha podido ser a la postre ridículo y quimerino. Es verdad que concluida en aquella sazón la lucha desastrosa entre los Estados del Norte y los del Sur, entre los intereses de la libertad defendida por los unos, y los de la servidumbre sustentados por los otros, la cuasi universalidad de los primeros, o sea de los vencedores, no veía en los horizontes nacionales sino calígines preñadas de las desventuras imaginadas, no hallaban forma mejor, para desvirtuarla, que promover la odisea en aquellos hombres, encaminados hacia un punto longincuio del suelo patrio cuyo material florecimiento era, en su mayor parte, debido a los sudores de sus frentes y a la potencia de sus brazos. Nada se ha de objetar a este propósito, reflexionando que asiste a cada cual derecho plenísimo para organizar sus asuntos domésticos según más conveniente le parezca. Pero lejos de pretender, a fin de realizarla, la extinción de aquella nacionalidad, los yankees debieron haber puesto los ojos en el continente africano, no había sitios vacantes hacia los cuales podían, sin estorbo alguno y a solaz de la civilización, enderezar las corrientes migratorias de sus numerosos libertinos; y extrañamos mucho que no tuvieran entonces presente que fueron ellos quienes fundaron en África la república de Liberia.

El general Grant¹ que concibió semejante idea de anexión, como sus mismas razones lo descubren, acariciaba la creencia

1 A la muerte del señalado militar, ocurrida en 1885, el gobierno dominicano tuvo de la dignidad nacional tal idea, que demostró simpatías favorables a la



de que la población manumisa emigraría en gran número a la rica isla y formaría de ella un estado independiente, gobernado por esa raza. Poco se conformaba este dictamen con el sentido común, que tan holgadamente ha siempre cabido en el seno de la nación norteamericana. ¿Por qué un *estado independiente*, cuando ya lo era de viejo el territorio dominicano, singular objeto de la cuestión?² Y a no haber abortado la trama tenebrosa ¿hubieran acaso podido los parias yankees, una vez trasladados a ese país, tener bajo el degradante dominio suyo a la población indígena, educada de antiguo en la escuela del bien y de la libertad? ¿no habría surgido flamante de aquel caos, como por no renacimiento espontáneo, la extinta nacionalidad dominicana? ¡Oh a más diáfanos destinos está ciertamente abocado ese pedazo de tierra, suerte distinta le aguarda de la luctuosa que pensaban depararle los yankees, auxiliados por la codicia de un traidor. Puesta en fines idénticos la mira, mas con la indecisión propia de quien ve dudoso el éxito de un deseo vivo y constante, han venido ellos aspirando a la posesión de la más lata, y en pasados años, próspera de las Antillas. Pero con la frustrada, digamos mejor inasequible anexión de la República Dominicana, los yankees, si miramos frente a frente la realidad de las cosas, no atendían más a desembarazarse de una población peligrosa, por presuposiciones baladíes, que a poseionarse de la bahía de Samaná, bautizada con el epíteto *de las flechas* por Colón, una de las primeras del mundo y la mejor del archipiélago antillano, a fin de utilizarla como estación naval, recompensa merecida del servicio que trataban de dispensar a esos ilotas, poniendo a su disociación una nueva patria.³

memoria de aquel hombre, haciendo izar a medias el pabellón de la República, ese pabellón cruzado que Grant quiso ver abatido de los baluartes en que ondulaba refulgente de gloria, después de haber librado con segura fortuna combates mil contra los aguerridos ejércitos hispanos poseedores de la patria. (Nota del autor)

- 2 Ruda y victoriosamente hubo de combatir la elocuencia del senador Sumner eso de anexas la isla entera. El presidente Grant, estrechado por las razones del orador, y mohíno, salió del paso achacando la frase a «lapsus linguae». (Nota del autor)
- 3 Los yankees, bendígalos Dios por ingenuos y por hidalgos, tienen cobrado de viejo mucho cariño a la idea, exclusivamente suya, de someter toda la isla de Santo Domingo a la coyunda servil encarnada en la superior autoridad



El notable soldado, benemérito de la suya, sea con no expla-
yarse tanto, sea por haberle parecido inoportuno, silencia esta
segunda parte del famoso proyecto; y también omite referir
cómo, a poco de aquel fracaso, verificó el arriendo del gran
surgidero una Compañía norteamericana de consuno y oficial-
mente patrocinada por Báez y por él, y cuyo contrato, rescindi-
do en coyuntura por el Gobierno dominicano, era de tal linaje,
que, a la vuelta de algunos años, todo el territorio de la Repú-
blica hubiera pasado a propiedad del pudiente grupo de capi-
talistas.

* * *

La guerra separatista de los vastos dominios britanos inte-
grantes de la soberbia nación angloamericana, fue impotente
para obrar efecto alguno beneficioso a la emancipación de las
antiguas colonias españolas. Quien, no empeciente su poste-
rioridad respecto de aquel grande y trascendental movimiento
político, hubo de rendirle muy fecundo; quien por modo di-
recto influyó en el espíritu hispanoamericano, induciéndole,
cual otra serpiente, a pugnar por su independencia, fue, sin
asomo de duda, la Revolución Francesa. La centuria pasada,
de la cual hay que tener por obra nuestra ese portentoso acon-
tecimiento humano, produjo dos hombres excepcionales, Was-
hington y Bolívar, quien llegó a ser a manera de obsequio des-
proporcionado hecho por un siglo a otro siglo. Estos americanos
supereminentes vinieron al mundo para dar cima, como lo efec-
tuaron, a empresas dignas de titanes; pero mientras la suerte

de un Gobierno único. En 26 de abril de 1862 publicó a este propósito el
Herald por antonomasia, un suelto de fondo al cual pertenecen los con-
ceptos que van a continuación:

«Según noticias recientes, parece que España, después de haberse apode-
rado de la República de Santo Domingo –*Dominicana*– trata ahora de
anexarse la de Haití, so pretexto de una disputa sobre límites, echando de
este modo la zarpa a toda la isla... Protejamos la independencia la de Haití
contra la tiranía de España. Alístese media docena de cañoneros blinda-
dos y envíeselos a arrojar a los españoles de toda la isla y que exista solo un
gobierno en esta.» (Nota del autor)



no ha dejado de mostrarse benigna con la del uno, protegiendo su consolidación y mejora, se ha gozado en combatir las del otro, embarazando con obstinación su perfeccionamiento. Para el pueblo fundado por el primero no ha hecho ahorro de sus favores la fortuna, y los frutos cosechados hasta hoy por los que constituyó el segundo, han sido las revoluciones, a cuyos azotes se hallan expuestas, sin embargo, todas las repúblicas, porque las discordias y luchas intestinas se compadecen íntimamente, sin ningún género de discrepancia, con las pasiones de todos los hombres y la índole de todos los pueblos.

Un notable publicista hispanoamericano,⁴ admirador entusiasta de los Estados Unidos Yankees, llamó feliz a esta nación porque su idioma estuvo careciendo de vocablo calificativo de los hechos a mano armada nominados *pronunciamientos*, hasta que inscribió en su texto particular esta palabra, importándola –por curiosidad, sin duda– de la feliz América española, donde los sucesos consabidos ocurren con frecuencia verdaderamente inaudita. En efecto, esa república, que no ha presenciado, en un siglo y dos lustros de autonomía sino una sola guerra civil, es sobrado prudente y sesuda para realizar por la vía calamitosa de los alzamientos intestinos, lo que puede hacer efectivo, bien recurriendo pura y sencillamente a las votaciones, si se gestiona sobre la exaltación de un ciudadano a la presidencia, bien observando los trámites legales, si debe lanzarlo de allí por haber defraudado la confianza en él depositada. Pero en tal caso, también son felices cuantas naciones desconocen el término español y su significado. Merecen, pues, aquel, adjunto China, Rusia y Turquía, de igual modo que los otros grandes países europeos; menos Francia, puesto que si el diccionario de su lengua no da cabida, según escribió cierta vez con dañadísimo intento Edmundo About, a la dicción castellana de que tratamos, en cambio la suplen ahí mismo algunas voces vernáculos muy equivalentes, como expresivas de los diversos pronunciamientos ocurridos, a partir del año 30, en la nación cultísima francesa.

Bien podemos sentar que la suerte posterior de un país a quien las guerras civiles han respetado, exceptuádole, siquiera

4 Hoy es presidente de una república. (Nota del autor)



vivir enorgullecido con la fruición de sólida prosperidad presente, deja de ser más fausta que la de aquellos en cuyo interés germinan esas calamidades políticas. ¿Acaso es racional estimarlas como desdichas permanentes? Por título ninguno, que todo, en el espacio circunscrito a las cosas terrenales, tiene predeterminados su plazo y acabamiento. Las civiles subversiones, digámoslo sin titubear, ya que, lasas cuasi de tanto contender infructuoso, van las repúblicas nuestras dando de mano a los instrumentos de ofensa por los instrumentos de trabajo, y como que despunta para la mayor parte la era de la regeneración; las civiles subversiones son fatales y son convenientes; fatales, no ya en faz de las lesiones gravísimas que ocasionan al estado material de cualquier país, sino por hostiles y ofensivas a sus costumbres y moralidad; y convenientes en cuanto le avezan a los infortunios, en medio de los cuales adquiere un caudal de doctrinas y experiencias muy conformadas con el lado práctico de la vida nacional, que también la desgracia es una escuela; y al fin le fatigan y cansan, tan luego han consumido el pábulo que las pasiones banderizas les proporcionaban, por más que se dificulta definir el tiempo que gastan en esta consumación. Pero entonces si el país se halla en los comienzos de su existencia política, esas explosiones terribles, esos tremendos desahogos del espíritu licencioso de partido, pasan a la postre, sin haber interesado la vitalidad ni los fundamentos de la patria, y dejando a esta ilesos su derecho y sus destinos. Mas como tales trastornos se produzcan así que dicho país alcance cierta edad, donde no acarreen su ruina total, le desquician, originando pérdida tan considerable, o no se repone, o dado que sea esto posible, cobra fuerzas menos consistentes y viriles que las antiguas.

No equivale a emitir juicio inverosímil externar que tal vez y sin tal vez, la Unión norteamericana sea presa un día de disturbios domésticos prolongadísimos, de los cuales en sus primeros años le ha permitido vivir exenta su diligente protectora, la fortuna. Entonces, en igual de rendirle parias, admirándola, el universo mundo deploraría su infausta suerte, compadeciéndola, y después de haberse visto envidiada, sería ella la envidiosa, porque peripecia semejante se ciñe de por sí a la sucesión natural de las cosas, conforme a la cual acaece tarde lo que no pudo, ni debió, supervenir temprano. Síntomas de sucesos



desafortunados, más o menos remotos, son la pugna sorda y permanente sostenida en esa nación entre las dos fuerzas sociales, trabajo y capital, como asimismo los incrementos que ya va tomando en su seno el socialismo ilegal, desconocido en nuestras regiones hispanoamericanas, y dentro de quien las ideas anárquicas fermentan y se urden procedimientos incompatibles con las tendencias generosas y saludables que van derechamente, por rumbo escueto, hacia las soluciones relativas al lustre de la sociedad y a la firmeza del Estado.

* * *

Contemplando su territorio, población, ciudades, recursos, empresas e instituciones, se hace forzoso reconocer que los Estados Unidos Yankees resumen todos los elementos de grandeza concurrentes a la información de una república colosal. No le van a las europeas en zaga, sin que sea este aserto competente para llevar implícitamente la declaración de que las últimas son menos encumbradas, pues en este punto no cabe otra diferencia sino la que puede resultar de la comparación del gigante joven con los gigantes caducos. Si embargo, la grandeza de semejante pueblo se destaca tanto, por la obvia razón de ser párvulas sobremanera las demás naciones del mundo nuevo, de lo cual nace una suerte de supersistasis propicia, en grado sumo, al esplendor de dichas repúblicas. En Europa ocurre lo contrario: las potencias solo difieren una de otra en lo analítico, en cuanto viene detalladamente a informar el modo de ser, la personalidad o individualidad de cada una; pero considerándolas en su síntesis, no hay entre sí relación alguna de superioridad e inferioridad; todas se presentan realmente iguales a la vista del observador, ni más ni menos que si fueran colosos de parejas y no superables dimensiones.

Es empero fuerza convenir además en que los referidos Estados, a quien no con la exactitud por algunos querida se acomoda el lema *E pluribus unum*, son, explorándolos por el lado interno, más disolutos cuanto más engrandecidos, y no menos perniciosos que civilizados. Semejan una como amalgama de Semíramis, Cleopatra y Mesalina, que sobrado parecido tienen



con la primera por el genio, con la segunda por el esplendor y con la última por la perversidad. Han podido hacerlo todo de sus escuelas, libros y periódicos, menos apropiados a la educación de las propensiones que integran su actividad psicológica. Sus asentamientos se distinguen por lo montaraces: de ordinario se presentan sin ninguna de aquellas gracias o perfecciones mensurables constitutivas de la gigantéz moral de la raza neolatina. Emanan de ahí a toda ley la inhabilidad de la literatura yankee para lograr influencia más allá de los linderos anchurosísimos de su nativa tierra. Tampoco se hacen notar por esa inclinación a los trabajos especulativos, a las investigaciones filosóficas, por cuya virtud Francia, Inglaterra y Alemania, individualmente, han ofrecido en la moderna edad campo sin límites a las conquistas inmateriales del humano espíritu. No se les puede discernir el dictado de pueblo *pensador*, sino *calculador*; no se les puede augurar, a la vista de algún asomo inequívoco, que un día el genio de las bellas artes se moverá, no a elegir esa tierra por morada, sino a honrarla siquiera con una visita. Solo invierten su actividad en los negocios (*business*) capaces de dar como resultado la posesión de inmensos bienes de fortuna, y miran con invencible menosprecio lo subjetivo, lo ideal, cuanto, en resolución, y de cualquiera forma que sea, pueda privarlos de tender hacia lo positivo y material. Por eso, y no debido a más acepta y levantada virtud, aprovechan el tiempo hasta los minutos, más aferrados al dictamen suyo que no ha de tener el tiempo desperdicios o virtutas como la madera. Constituye su norte único la materialidad del dinero, y lo que no le produce a todo trance, desmerece para ellos atención, cuidado ni solicitud. Incluyen con bestialidad en el catálogo de las cosas insustanciales y contentibles lo bello, lo noble, lo sublime y hasta lo verdadero, si su mérito consiste solo en ser verdadero, sublime, noble o bello, y no deslumbra en contorno con el brillo de la plata ni del oro.

Procediendo, pues, de tales antecedentes, vista con ánimo sereno la conformación psicológica del pueblo norteamericano, solo consecuencias disolutivas, y en fuerza de disolutivas, aciagas, para su índole y costumbres, podrían sacar los nuestros de un contacto más inmediato, más íntimo; con él, y a que, por otra parte, sus estímulos egoístas védanle toda expansión beneficiosa y



desinteresada fuera de sus rayas limitáneas, no menos que la dilatación de las cualidades excelentes de su genio, hecho –¿a qué silenciarlo?– para concebir obras grandiosas, y de las energías exuberantes de su compleción heteróclita, hecha, sin hesitación alguna, para realizarlas.

* * *

Ha sido impalpable para los países nuestros el lado bueno de la nación consabida, no así el lado pernicioso, pues como arsenal inmenso, ha contribuido no poco a mantener revivificadas las ardentías revolucionarias de los mismos. Nunca descurrió prestarse de algún modo a la introducción en ellos, con los útiles requeridos para cultivar la tierra, los instrumentos propios para ensangrentarla y asolarla; en unión del machete, del hacha y del arado, el fusil, el rifle y el revólver. La inferioridad de los comestibles exportados de allí, está y estuvo siempre compensada con la excelencia de los alimentos adecuados a esas armas ofensivas, la pólvora y las cápsulas, embarcadas, por lo común, en la misma nave que las otras provisiones.

En épocas pasadas, nuestros campesinos dirimían a machetazos sus recíprocas desavenencias, y gracias a esta forma de riña, eran los homicidas muy contados; pero habiendo hecho abandono del machete después de la invasión del *Smith & Wesson*, el *bulldog* y otras especies de armas de fuego portátiles, ya no contienden sino a tiros, y no en balde ocurren a menudo muertes tantas dentro y fuera de las poblaciones.

En vez de ideas, revólveres; he ahí una de las trascendencias, acaso la mejor, que se obtienen del influjo ejercido en nuestras repúblicas por la mayor y más portentosa de cuantas existen y existieron sobre la superficie del mundo.

Sorprende que siendo los Estados Unidos yankees nación modelo en América, las Repúblicas américo-españolas no hayan aún acometido, impulsadas por una emulación perseverante, la fácil empresa de convertirse asimismo en otras tantas naciones modelos; sorprende que las ideas y dogmas sociales y políticos profesados por el pueblo yankee no hayan arraigado todavía en los nuestros, que distan con extremo de la felicidad,



porque no han querido, si no sabido, encaminarse a ella mediante la práctica de instituciones favorables al mejoramiento continuo de las humanas sociedades. Apenas podemos asegurar que los elementos de la ley fundamental de aquellos países han sido tomados de la Constitución yankee, «la obra más asombrosa según le place a Gladstone, que ha salido en un tiempo dado, del cerebro y de la determinación de los mortales»; apenas podemos aseverar que la forma federativa por unos cuantos adoptada, que las estrellas fijas, ya en el centro, ya en el ángulo superior, de algunos de sus pabellones; que la temible ave de rapiña, el águila emblema de la fuerza o del orgullo nacional en dos de sus monedas y en una sola de dichas enseññas; son otras tantas copias de originales yankees. Chile tiene resabios aristocráticos notabilísimos, si bien los atenúa, por otra parte, la circunstancia de preponderar allí, como en pocos, el espíritu del progreso moderno; Uruguay no ha perdido su afición a las luchas fratricidas; motivadas siempre por la misma causa: la innoble ambición de mando; Paraguay, acorralado entre la República Argentina, el Brasil y Bolivia, lleva una vida sedentaria incompatible con las necesidades urgentes de su posición geográfica, bastante comprometida; Bolivia no da un paso en derechura de los adelantamientos generales, y está como soñolienta, no alcanzando a infundirle animación la enemistad más o menos fundada, que a Chile profesa; Perú ha sido, por lo regular, afeminado e indiferente; Bolívar condújole, no sin trabajo, a la independencia y la libertad; y la inflexible Chile, hallándole, hallándole débil, dañole, invadióle con vandalismo atroz y desdoroso, tratándose de un pueblo hermano; Ecuador es cuadro constante de sediciones justificables e injustificables; Colombia, con ser la más fecunda de talentos, es acaso en lo político, y aun en lo material, la más atrasada de todas; Venezuela es el general Guzmán Blanco, y viceversa; la República Dominicana revisa sin fortuna su Constitución cada trescientos sesenta y cinco días; Costa Rica, Honduras, Nicaragua, San Salvador y Guatemala, no han sabido todavía dar con el camino conducente a su bienestar y engrandecimiento, que no es sino la unión centroamericana, la cual una vez sellada con tinta y no con sangre, redundaría en honra y bienandanza de aquel amado grupo de repúblicas; y México, la hermana



mayor, situada sobre un suelo dotado a manos llenas por la naturaleza, ni por hallarse con término con el gran país angloamericano ha decidido connaturalizarse con la práctica de algunas siquiera de las sabias y excelentes instituciones a quienes debe aquel su actual grandeza y preponderancia; para establecer correspondencia cumplida entre su modo de ser nacional y las naturales condiciones de su territorio, robusteciendo así, con los adelantos de algún tiempo a esta parte verificado con aplauso de las naciones. Solo una república sabe caminar derechamente hacia su mejoramiento, siguiendo con formalidad la ruta que las necesidades múltiples de la existencia política trazan a todas: aludimos a la Argentina, la más democrática de América en sentir de Julio Fayate; la única, entre sus hermanas, que da de por sí testimonio de los prodigios que obra el espíritu de progreso cuando encuentra pueblos dóciles a su tendencia y sugerencias, la única que será dentro de corto plazo en el Sur lo que son los Estados Unidos yankees en el Norte.

II

El sentido común o práctico, al cual –y no a otra cosa ciertamente– se ha de atribuir la perseverancia y fortuna con que los yankees han dedicado y dedican su inteligencia y actividad a la bienandanza de su nación, si no evitando todos los extravíos y desaciertos, no invirtiendo, por lo menos, en la repetición contumaz de unos mismos; esa virtud de carácter, adaptable, sin embargo, al de todos los hombres, falta en absoluto a la mayor parte de los pueblos hispanoamericanos, siendo este capital defecto lamentable hasta lo último, no tanto en atención a sus resultancias pésimas y desastrosas para la ventura de los patrios destinos, como por exponer demasiado a esos pueblos, con menoscabo sensible de su crédito y dignidad, al ludibrio de las naciones graves, adictas de sí a parecer lo menos en habiendo de ridiculizar, sin moderación ni miramiento, a quien o a quienes dan en el absurdo de caminar estúpidamente hacia el desprestigio y el atraso, cuando tan expedita se les ofrece la senda del honor y la prosperidad. Todos comprenden cuán bien se



inician y ultiman las soluciones democráticas mediante las luchas incruentas de los partidos políticos; saben cuán grande utilidad moral y práctica obtienen de llevar a la Primera Magistratura del Estado a un ciudadano por el sufragio legal de sus compatriotas; conocen cuán regeneradores son los efectos nacidos del sostenimiento de los Gobiernos constitucionales por la sola eficacia de la pública opinión; ven cuán tranquila e inocua es la caída de los gobernantes fementidos, cuando vienen abajo a impulsos de la misma opinión; advierten cuán honroso para ellos y propicio a la estabilidad apetecida y al esplendor de las instituciones patrias, el proceder informando por el acatamiento espontáneo rendido a las decisiones legítimas de la mayoría de los comicios; y suprimen adrede, haciendo insostenibles con sus pronunciamientos y revueltas la paz y el orden materiales, la única y precisa condición impuesta por la necesidad no tan solo para el uso trascendental y dignificante de tan excelentes resortes democráticos, sino también para resolver los problemas relacionados por manera estrecha con el crédito, moralidad y ventura de los pueblos, y que las guerras civiles desmoralizadoras y ruinosas, no hacen más que complicar.

Tal grado de frenesí han alcanzado en algunas repúblicas las pasiones, móviles peculiares de los bandos *personalistas*, proclives siempre a los excesos de la demagogia, que han ofrecido infinidad de veces el espectáculo de tres, cuatro y más revoluciones aisladas en un año; aunque son por cierto poca cosa refiriéndose a países habituados a no gozar de paz en mucho tiempo un solo día; y aun carece de monta este caso comparándole con la circunstancia escandalosa e irrisoria en los mismos países concurrentes, de haber presenciado repetidas veces la sucesión de quince y hasta veinte gobiernos, provisionales y definitivos, en un año; componiendo tales acontecimientos el mejor testimonio aducible para manifestar con alguna energía el lado burlesco del verecundo régimen anárquico imperante hasta no ha mucho en los castigados pueblos autónomos de América, régimen cuyas consecuencias les han acarreado siempre menos desastres materiales, que perjuicios a los dineros públicos, porque nunca pudieron estos en los naufragios del orden salvarse de la vorágine de los autívoros jefes revolucionarios, quienes declarándose imbuidos de patriotis-



mo, desprendimiento y honradez en sus manifiestos y proclamas, y protestando en sus diligencias preliminares de la rectitud de sus propósitos con respecto a los intereses generales; jamás lanzáronse a la lucha sino prevenidos por su ambición desapoderada para el saqueo del Tesoro Nacional.

El latrocinio de las rentas públicas por los encargados de manejarlas con pulcritud, es una calamidad común a la mayoría de nuestros países, y acaso el mayor y más perdurable vicio de que han adolecido y adolecen, como para permanente deshonra y afrenta suya. ¡Qué distinta conducta despliegan, en asuntos rentísticos, los Estados Unidos Yankees!, y no porque allí estén los hombres más familiarizados con los sentimientos de honradez, sino porque hay positiva sanción penal y social contra los malversadores, ya en propio, ya en ajeno provecho, de los caudales públicos, y por no delinquir, pues saben por experiencia cuán inevitables e inflexibles puniciones los aguardan en otro caso, los funcionarios del Fisco administran escrupulosamente los fondos de la nación.

Quien medite con frío juicio sobre tan tumultuaria y caótica situación, ¡vería en esta por ventura una prueba fehaciente de la supuesta incapacidad de los hispanoamericanos para gobernarse y labrar por ellos mismos su felicidad! No tal, puesto que Chile, la Confederación Argentina, Costa Rica y México podrían patentizar, a todas luces, cómo desbarraría y soñaría despierto quien dedujera semejante consecuencia. No; sacaría de ahí un clavo que los pueblos nuestros confirman a causa de su grande atavismo, la existencia de razas, no frívolas, no irreflexivas, pero forzadas, en virtud de una lógica inexorable, o más bien de un poder providencial, a seguir en su desarrollo étnico el curso de la vida humana ordinaria, comprensiva de los cuatro periodos conocidos, niñez, adolescencia, virilidad y senectud, no siendo la niñez y adolescencia de tales razas susceptibles de computarse sino por centurias y milenarios; y notaría finalmente, que no en vano hanse con frecuencia presentado aquellos pueblos a las miradas de las gentes, cual conjunto de hombres en quienes los movimientos y disparos de la puericia predominan obstinadamente aún.

Estamos lejos de considerar como las demás discordias aquellas revoluciones morales, por sus fines, fraguadas en vista de



los provocaciones y desinterés del Poder a causa de las demasías y atentados contra las libertades públicas, la integridad y honra de la nación, cometidos por algún tiranuelo entronizado, a quien solamente las bayonetas podían derribar. Es cierto que, al fin y al cabo, estas revoluciones han degenerado de su origen por los desaciertos de sus directores; mas con todo eso fueron siempre útiles y laudables, puesto que conjuraron en sazón, con la caída del despótico gobierno, el peligro inminente [...]

III

Parece ser, no obstante, que cediendo involuntariamente a una especie de instinto superior e indómito, que les advierte que cada día como no deben desdecir, ni un ápice de su raza original, civilizadora de las naciones, comprando servilmente a pueblos con quienes, por manera virtual, pueden tarde o temprano volcarse; desvíanse nuestros países de la imitación de prácticas judiciales, de usos y costumbres atañentes a la vida pública y activa de naciones adversas a ellos por concausas, cual las establecidas en diferencias de religión y raza, muy antitética-mente algo íntimas, al acercamiento espiritual de unos pueblos a otros, y al comercio moral entre los mismos. Verdaderamente, nuestros países son de una estirpe avezada de viejo, como la estirpe latina, en todos los movimiento del género humano hacia la perfectibilidad, no por haberle venido propicios los tiempos y circunstancias, mas esa virtud de connatural competencia para ello, a dar ejemplo en vez de recibirle; y la nación yankee derívase de una raza inteligente, activa y emprendedora, incapaz de permanecer estacionaria o de pararse de algún modo en el abrupto camino del progreso efectivo, pero colmada ingénitamente de unos vicios tan capitales, de unos defectos internos tan abultados y repugnantes, como desprovista de todo sentido estético, que la inhabilitan de sumo para sobrepujar ni servir a la otra de modelo.

Sin embargo, estos estorbos, en la inteligencia de que tal ha sido la causa inocente no habían dado pie a que las repúblicas hispanoamericanas, tal vez o no con perjuicio suyo más o menos grave más o menos temporáneo, huyesen de asimilarse al



país yankee, identificando sus instituciones civiles y políticas con las del mismo, si este, ya por robustecer el espíritu de localidad o región, que distingue, si no enteramente de hecho, de derecho, al mundo nuevo del mundo europeo; ya por consagrar las afinidades circunstanciales habidas entre pueblos de idéntica forma de gobierno y sujetarse al cumplimiento de rudimentales deberes consuetudinarios de paisanaje y buena vecindad, ya por ver sustentada su soberbia preponderancia, en discreta previsión de un mañana quizás y sin quizás lejano, con simpatías desirables nacientes de perpetua gratitud, harto mejor que con ordinarias relaciones mercantiles, no estables, según a primera vista proclaman; hubiese tirado a eslabonar con los suyos inúmeros intereses morales de aquellos, sobre la base de una hermandad sincera, esto es, cimentada en inalterable solícita dirección por la parte de dicho país.

Pero aquí está el mayor imposible, tratándose de pueblo subordinado por naturaleza, cual pocos, a los movimientos de pasiones tales como el egoísmo y el exclusivismo que interceptan a porfía cuanto calor vital requieren para su fomento los estímulos generosos del alma y las ideas eminentes con que todos los pueblos revestidos de nobleza comulgan. Primero se desplomaría sobre sus cabezas el cielo en peso, que atemperar los yankees su ambición, esa incalificable ambición de ser, no instituidores, sino dueños absolutos de América. Semejante móvil, privaticio de tal pueblo y para nadie recóndito, con adherencia, o sin esta, de las consiguientes antipatías étnicas, dice muy ajeno de artificio, porque han adoptado los yankees un proceder tan equívoco, tan indiferente y hasta culpable a veces, pero siempre indigno, cuando nuestras repúblicas, que afectaban a la misma libertad y a la misma democracia en sus dogmas e intereses capitales, han dado pie oportunísimo para interponer, a fin de conjurarlos definitivamente, la insigne di-logía de Monroe: *América para los americanos*. A mayor abundamiento, los yankees mismos, en tiempo alguno perdonaron coyuntura de suscitar dificultades entre nuestros países y ellos, con el designio de resolverlos exigiendo desagravios humillan-tísimos, o satisfacciones inmediatas en *oro yankee*, las cuales, como quedasen ilíquidas a causa de insolvencia momentánea, significativa de fuerza mayor, ultimaron por eficacia de amenazas,



explícitas o implícitas, de bombardeo, interponiendo la fuerza material, vinculada en los cañones, adminículos de la injusticia, y no la fuerza moral proporcionada por la razón, agente del derecho. Y cuenta que los yankees forman uno de los pueblos más cultos de la Tierra, según es notorio. Sin embargo, lo es tanto, porque de los Estados Unidos Yankees se conoce lo bueno, ignorándose lo malo; se departe y escribe sin tasa o concerniente a su lado grande, a su lado fuerte, y nada, o poquísimamente, respecto de su lado débil y pequeño; cuando bien puede aseverarse que aquel pueblo se ha casado con la civilización a disgusto de la misma. Inglaterra también es mirada por su parte anterior, la bruñida, no por la parte opuesta, la escabrosa; en cuanto a España, todos la juzgan en presencia de sus deformidades, mejor que a la vista de sus perfecciones, y de Francia sábase a un tiempo cuanto hacia ella excita repugnancia, y cuanto hacia ella infunde admiración.

No es ocioso rectificar lo asentado sobre los estímulos ambiciosos de los Estados Unidos Yankees, en el sentido de que, ya estos habían ido muy lejos, a no haber encontrado freno moderador en los repúblicos providentes, encargados de mantener la inmutabilidad de los principios fundamentales de la política nacional, y que han opuesto y opondrán, según atestigua la experiencia, su veto inapelable a la realización de cuantos proyectos han sido concebidos, o lo sean, con la idea de proporcionar apéndices a su territorio yendo para ello en busca de apartados países extranjeros. Sin asomo de duda, esos políticos han obrado así atentos a elevadas razones de estado, no extrañas, en modo alguno, a la filosofía de la historia, tan solícita en porvenir como los pueblos conquistadores sucumben a la postre, bajo el peso de sus conquistas. El precedente cunde, y quien hoy es subyugado, será subyugador mañana. El infortunio menor que puede ocurrir a la sociedad de tal índole o genio, es el empobrecimiento, es la decadencia; y las particularizadas por harto dinerosas, están a este discrimen contingente muy propincuas,

Porque no se arredran en su camino las naciones, cuando cobran gusto a semejantes aventuras, aquellos eximios estadistas obedecen a discurso razonadísimo, cuidando con ahínco de tener en su centro natural las fuerzas vivas del país, porque



no se diseminen, pues el primer paso que los Estados Unidos Yankees dieran hacia la ilegítima o legal adquisición de dominios coloniales, llevados derechamente a la ruina, parcial o completa, bien temprana, bien remota.

Huelgan, en conclusión, motivos razonables para que durmamos a pierna tendida, cuantos apeteciéramos que América yaciese por eso en las apacibles profundidades de los océanos circundantes, plenos de temor en vista de la verosimilitud de que, al cabo y al fin, pueda ceñirla posesivamente en sus brazos el coloso del Norte, cuyos genio y grandeza honramos, rindiéndole a buenas admiración circunspecta, y a quien tenemos, sin embargo, antipatía por sus diversas cualidades execrandas.

V

Hemos de apellidar infame la necia complacencia con que algunos suelen llamarla *nuestra hermana mayor*, y no dejarán, a buen seguro, de tener este modo nuestro de discurrir por plausible aun los mismos yankees, tan ineptos de suyo para contener las ganas de reír y ocultar su desprecio, cuando de semejante manera oyen, o ven que la ridícula mentecatez de ciertos americanos extranjeros los distingue, y tan disconformes con que se les considere distintamente de lo que son en realidad, aunque para esto les prodiguen los conceptos más lisonjeros y enaltecedores. ¡Nuestra hermana mayor! Todo parentesco, legal o nominal, estatuye potencialmente una suma determinada de obligaciones y deberes, cuyo cumplimiento equitativo ha de ser constante y mutual entre los individuos o colectividades con ese lazo ligadas; ¿y dónde, quisiéramos que se nos dijera, están las pruebas inequívocas de simpatía, muestras ostensibles de consideración, los testimonios fehacientes de confraternidad recibidos de su seudo *hermana mayor* por las repúblicas americanas? ¿en qué forma los ha patentizado su afeción, sino en la forma de indiferencia, cuando no de menosprecio? ¿acaso ha sabido en tiempo alguno pagarles aquella galantería llamándolas siquiera *hermanas menores* suyas? Ínterin permanezcan holgazanas, y rebeldes a todo estímulo trascendental de adelanto, de mejoramiento, haciéndole ver a la clara que se



hallan empobrecidas, sobre modo, de aptitud para sacudir esa especie de yugo comercial cuya imposición han voluntariamente aceptado; no cuenten con merecer de tal país halagos ni distinciones que no sean de mera fórmula o ceremonia diplomática. Pero aguarden, por la inversa, toda suerte de obsequios, homenajes, demostraciones aparatosas, inusitadas, de aparente cariño fraternal por parte suya, si trasluce o evidencia que ya está próxima a dar a sus negocios mercantiles nueva dirección desfavorable a él. Este juicio nuestro cierra el paso a toda refutación, por cuanto el interés vulgar y mezquino informa uno de los aborrecibles flacos de los yankees y su raza, de tal modo que, cuando se interpone o compromete, defiéndele a viva fuerza, y en recompensa de conseguirlo a su contento, renegarán sin vacilación hasta de sus abuelos, modificando lo más difícil de modificar en ellos, su manera de pensar y de sentir un orden a pueblos de quienes por temperamento son antagónicos. Andan, por consiguiente, los amigos de regular la patria de México con aquel inadecuado tratamiento afectivo. Nuestra hermana mayor es la república compuesta por diez millones de cristianos y situada en el punto de intercesión de las dos inmensas divisiones políticas del continente americano: allí sobre la tierra sustentadora de la más culminante civilización encontrada por los inclementes conquistadores europeos es el recién descubierto Mundo Nuevo; como para presidir al en no recóndita centuria hormiguero incalculable de gente américo-española, de quien son al presente insulares y continentales donde los hombres se comunican sus ideas, afectos y necesidades por el órgano ineludible de la magnífica e incorrupta lengua castellana.¹

Si la gran República hubiera desde luego apreciado a las nuestras cual hermanas menores a quienes ella, como mayor, debía prestar ayuda eficaz y desinteresada en afanes por todas demostrado relativamente a su bienandanza; si, en cuanto a

1 En otra obra se verá por qué razón no ha podido, coincidiendo con lo pasado en el orden político, desprenderse de nuestro idioma dialecto alguno en las naciones hispanoamericanas; lo cual ha tenido, al revés, perfecta realización en los dominios de Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca. (Nota del autor).



ella tocaba, se hubiera hecho superior a todo estímulo egoísta, y a todo antagonismo, volviéndose generosa y comunicativa para con las naciones a quienes vio nacer; imponiéndose la misión civilizadora de conjurar las desdichas domésticas que las han con furia tanta, combatido a la continua, sin más pensamiento deliberado que la determinación platónica de promover el bien ajeno; aquellas encontraríanse ha tiempo avanzadísimas en la vereda del adelanto y la ventura; el Norte contaría, en pago de sus diligencias abnegadas, con el reconocimiento y devoción incondicionales del Sur; América sería de América, las consecuencias de su adhesión tan unánime y cordial habrían naturalmente redundado en beneficio exclusivo del comercio e industria yankees, porque sus plazas hubiéranse preferido en absoluto a las plazas europeas aun cuando no hubiesen de salir bien librados los intereses de los países hispanoamericanos, toda vez que los puebla una raza poco hecha de suyo a reflexionar en los sacrificios si debe dar de sí lo necesario y equitativo en compensación de mercedes y favores recibidos; las artes e industria europeas hubieran emigrado en gran parte a estas playas ultramarinas acosadas por urgencias premiosas consiguientes al abandono de los mercados nacionales por tanto favorecedor hispanoamericano; los Estados Unidos Yankees serían emporio único, a donde concurriría todo un hemisferio sin advertir la falta del otro; fueran, no un pueblo colosal, un pueblo inmenso, y más que con admiración, con asombro, con pasmo, contemplaría de cabo a rabo el orbe de la Tierra.

Esta vía gloriosa era, si bien se mira, la que debieron previamente haber cogido; pero faltoles vista bastante perspicaz para dar con ella, ni nunca montaríanse a la concepción de una empresa tan dilatada, tan humana. De otra manera, ¡qué ostentoso espectáculo presentara hoy a las gentes América! De parte a parte oíríase tan solo el ruido estruendoso de los adelantamientos prácticos, cada país fuera como el eslabón inseparable de robusta cadena de pueblos, y así engarzados y conexos, serían como una variedad de organismos sustentados por un alma, *e pluribus unum*; no existieran odios ni diferencias entre sí, habría por el contrario comunión de ideas, solidaridad tocante a los intereses de unos y otros, armonía en los pensamientos, concierto en las aspiraciones; una sola preocupación



los estimularía, la de medrar y engrandecerse atentos a la eficiencia del trabajo material e inmaterial: aquel tiende a dar libertad efectiva a los Estados [...] como pueblo santo: Israel era el pueblo escogido, Grecia el pueblo sabio y Roma el pueblo fuerte; mas ellos tendrían la ilustración y la fuerza incorporadas a la santidad; constituyeran tal como una París inmensurable, viniendo entonces a propósito su hoy caprichosa y pueril afición a levantar ciudades y llamarlas con nombres a manera de los que consagra la capital de las naciones a sus calles, serían, en conclusión, el fénix de los pueblos. Así, América estuviera grandemente habilitada para instalarse por final en la categoría que le corresponde como parte integrante del globo, sirviendo de contrapeso a Europa en lo moral, según lo es del viejo mundo en lo físico, y esta, viéndola entonces poderosa, se curaría de ultrajarla en punto alguno con atentados semejantes a la expropiación arbitraria de terrenos auríferos, pretendida en los actuales momentos por Inglaterra contra la ilustre patria de Bolívar.

Es el mundo campo inmenso extendido por su divino inventor a la infatigable actividad humana; y conforme a desatender a los inconvenientes de la distancia, el clima, las enfermedades, los sacrificios, en resumen, para llevar a extrañas latitudes la guerra, la rapiña, el exterminio; pudieran las naciones expeditas para el caso, abatir todos los obstáculos y encaminar oficialmente con idéntica resolución la paz, la concordia, el trabajo, la luz, hacia el punto, sea cual fuere, donde las necesidades sociales lo reclaman, allí donde los hombres vivan inactivos o sin sosiego, envueltos en la ignorancia, la oscuridad o la miseria; y esto por modo gratisdato, cediendo buenamente a impulso liberal, a inalterables incitamientos magnánimos; con el noble designio de hacer el bien por el bien, con la mira de observar *ad pédem litterae* la profunda doctrina informada por el apotegma del poeta latino, sobre que nada del hombre debe al hombre serle indiferente. No habría, si bien se considera, proceder más levantado, aceptable y acorde con los vínculos que ligán entre sí naturalmente a los miembros de la suprema corporación terrena llamada humanidad por cuanto esos esfuerzos no beneficiarían a moradores de otro planeta, ni podrían menos de recurrir a quien le pluguiese realizarlos; y pues las



naciones pertenecen al mundo, racional y justo fuera que trabajasen para el mundo. Pero la descontentadiza y avariciosa utilidad privada y el intransigente derecho de propiedad, parto y vestigio del odioso derecho anterior de conquista, defienden pertinaces el acometimiento, la ejecución de una obra de tal magnitud y consecuencia, pues por sistema son adversos al cumplimiento del deber de socorrerse y ayudarse mutuamente a que los humanos, individuos o naciones, se hallan en principio sujetos, o más bien de favorecer graciosamente a que los poderosos están, con respecto a los débiles, obligados en buena ley moral. Negarlo sería decir que progreso, civilización, felicidad han de ser exclusivos de naciones determinadas, quienes no deben llevarlos con propósitos honestos o promoverlos allí donde no existen; equivale a sostener que no moviéndolas algún fin utilitario, deben huir de coadyuvar con su iniciativa y poder al florecimiento de ningún país; que no es suyo intervenir en las urgencias y desdichas de un pueblo para remediarlas sin menoscabo del derecho público de tal pueblo, sin transgresión mínima ni notable del derecho de gentes; y los secretos violados a la ciencia, los portentos debidos al progreso, las instituciones aceptas a la civilización, los elementos de orden, bienestar y cultura, nada, en una palabra, de cuanto incluye la fuerza, el poderío de un Estado pujante, se debe transferir expresamente a pueblos desprovistos de aquellos recursos vitales, merced a un acto de generosidad o grandeza (que la generosidad, lo es) valiendo más que las luces y adelantamientos del humano espíritu queden allá localizados, como no hayan de difundirse bajo los auspicios de la fuerza bruta muy avenida con las arbitrariedades que vejan, aherrojan o destruyen a las repúblicas indefensas. De semejante suerte, interpretando ahora en un sentido, ahora en otro, el concepto del deber, de las reglas y principios soberanos de la moral, que repugnan toda dualidad, es como se admiran y consagran hoy acontecimientos o hechos al parecer brillantes y gloriosos, pero que no son sino depredaciones vandálicas o crímenes atroces a la luz de la conciencia universal.

El Porvenir, diciembre de 1888-febrero de 1889.





El regreso al hogar

*Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa;
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.*

LOPE DE VEGA

I

Cuando la disolución política, no moral, como a [...] la primitiva decadencia y [...] miento del romano pueblo adquirir en el griego, su progenitor, ese desarrollo y proporciones indispensables para extinguir en los ánimos de hombres tan próceres un día, tan ejemplares, en cívicas y patrióticas virtudes, no ya el tener, sino hasta la repugnancia instintiva y ostensible a la ignominia del yugo extranjero, escribió un poeta la máxima siguiente, tan propia de esos seres sin corazón y sin alma dados unos a no rendir culto sino a lo meramente material, o positivo [...] donde, también, está la patria.»

Exacta idea dan esas palabras de la glacial indiferencia con que pensaban tales griegos, lastimosamente decaídos de la estirpe clásica de sus antepasados en la posibilidad inminente de verse en trizas convertidas sus instituciones milenarias, del insólito desprecio que profesaban nada menos que a [...] de su gloriosa e incomparable racionalidad. Puede cambiar de una metrópoli a una colonia [...] político para la colonia, pero se mantiene fijo, al acerbo de las cosas agradables. A la inversa, por cierto, acontece con la nación autónomamente libre, porque constituyéndose ella en su propio y único dueño, nadie puede someterla, ni en todo ni en parte, ya en ese dominio,



sin consumir con tan tremendo hecho un atentado despreciable, una traición malvada, verdaderamente punible que infiere desde luego ultraje cien veces degradante y oprobioso al sentimiento de los varones bien nacidos, a ese sumo sentimiento que trasladando, en los extraordinarios conflictos exteriores de los pueblos, todas las facultades, las potencias todas del hombre al corazón, y fundiéndose con ellas, tales prodigios obra, como los por él realizados, como suceso asombroso, cuando las excepcionales invasiones asiáticas en la misma nación donde se publicó aquella doctrina disolvente, y donde siglos atrás cantó Tirteo, ensalzando hasta el delirio la belleza de la muerte por la patria.

Pero, separando de caso tan extremo la consideración, quizás viene la sentencia más adecuada de suyo a cuantos se hallan destituidos de fundamento para decir con el poeta castellano:

*Verdad es que en la patria
no es virtud dichosa;
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.*

O a los que, por necesidades constreñidos, hacen dejación o abandono de su cielo, su atmósfera, su sociedad, su parentela, y van a extraños países en busca de la subsistencia, en solicitud de un bienestar cuya consecución imposibilitan en el suyo, ahora el excesivo número de sus habitantes, ahora las imponderables exorbitancias de la miseria, cuando no uno y otro angustioso inconveniente de consuno. Así acaece con las sucesivas emigraciones de seres humanos que dejan o abandonan sus lares europeos, y marchan en requerimiento de América, la tierra de la hospitalidad y la fortuna; la cual, no a ella misma, sino a Europa, debe pedir de continuo pobladores para sus desiertos territorios, y con ellos ese inestimable contingente de ideas, esfuerzos y relaciones, que dilatando sin tregua los dominios de la general actividad, de cuyo ejercicio tenaz e inteligente derivan los pueblos sus adelantos en agricultura, industria, comercio, y provienen los suyos a las ciencias y las artes, perfeccionen la civilización, y vigoricen y perpetúen, así en lo espiritual como en lo político, la libertad e independencia de las todavía no bien constituidas repúblicas hispanoamericanas.



No obstante, viendo este particular desde donde ha de verse, desde la culminante altura del sentimiento humano, la patria está en la patria. Bien lo patentiza ella misma por conducto del lenguaje único, inefable, que habla en secreto al corazón del ausente, salvando todos los espacios, y cuya eficacia para impresionar, para conmover de manera tierna y penetrante harto conoce hasta el cosmopolita por instinto, con quien se muestra benigna la fortuna, pues para él, como para cuantos se guarecen, sin dicha, bajo techo alzado sobre la mezquina superficie de solar extranjero, llegan las horas de los suspiros profundos y dilatados, esas horas de verdadera espontánea reflexión, de verdadero espontáneo recogimiento, en las cuales, herida o no el alma por recientes desabridos desencantos, de que tan fecundo se manifiesta el comercio de los hombres, deplora, no sin amarga pesadumbre, su destino, volviendo idealmente la vista entristecida y llorosa, si es al llanto propenso, hacia la región predilecta, en donde le ha sido negado ver discurrir los días de su existencia, como vieron discurrir los de la suya sus antecesores. ¡Ah! Ganará cualquiera en país ajeno, debido al apoyo de la suerte, los últimos peldaños de la opulencia, haranle famoso su saber o su generosidad, fundará hogar, creará familia, merecerá y recibirá sin término los homenajes del respeto público y privado, de la pública y privada estimación, y entre las dulzuras de tales conveniencias, en medio de las regocijadas expansiones inherentes al disfrute de una posición sobre tan firme base sustentada, notará, con recóndita tristeza, notará el vacío de la patria, ese vacío, cada días más sensible que solo por la patria misma puede ser llenado; y como al delincuente a quien el cáncer de la conciencia roe inexorable las entrañas, su memoria estará expedita para recordarle, a cada paso, que, sin embargo, es extranjero; que lleva en sí la estampa indelegable de una condición bajo la cual es trunca toda dicha, y está saturado de acerba melancolía todo contento.

A ninguno es dado ser en suelo extraño todo cuanto es o puede ser en el paterno suelo. Allí es el hombre más que un ciudadano, es lo que se puede llamar una potencia, su mirada es una mirada de domino y a doquiera la dirige con el orgullo incensurable de quien vive, piensa, siente y trabaja entre los suyos, disfrutando, por modo maquinal, de un bien supremo e



inmanente, cuya magnitud no se advierte y estima sino a través de la distancia, entre los rigores incompasivos de azarosa y cruel ausencia. Solo tropieza esta mirada con un obstáculo leve, aunque bastante a limitarla en cierto modo: el ofrecido de natural manera por las de aquellos a quienes las leyes civiles y las leyes políticas conceden los mismos derechos y señalan los mismos deberes que circunscriben de consuno, sin ofender a la razón ni a la naturaleza, la órbita de la libertad, con que hubieron de acrecentarse los tesoros de divinos atributos depositados por Dios en el cerebro y la conciencia del hombre. Tal obstáculo, encuentro tal de las miradas de personas iguales en derechos, excita, empero, al punto el sentimiento de una mutua complacencia, internada en las profundidades insondables del corazón hasta pasar inadvertida para una, pues que media la dichosa circunstancia de ser compatriotas, o diciéndolo de mejor modo y manera, se pertenecen, cada una tiene algún ascendiente sobre la otra, cierta dependencia, cierto parentesco, las aproxima, por el solo hecho de haber aspirado en la infancia el mismo ambiente, haber crecido en el seno de la misma sociedad sujetas al influjo de las mismas costumbres, y sentir en sus pechos las palpitaciones de un patriotismo a quien enardecen los mismos anhelos por la cultura y bienandanza de la nativa tierra.

Esta plácida situación en que nos encontramos tocante a nuestros conciudadanos, muda de aspecto cuando se trata de personas a quienes ningún viento nos une, como no sean los de la humanidad, con los cuales ha ligado en principio a todos los hombres la madre naturaleza. No es porque hagamos alarde gratuito de nuestra nacionalidad en presencia de un extraño; no es porque le llamemos extranjero, echándole así en cara una casualidad que honra, más bien que lastima, sobre todo no habiéndola él prostituido: la diferencia nace de un gozar de los mismos derechos el ciudadano y el extranjero; estriba en el estado de naturaleza, disfrutado ahora por el uno, y perdido, siquiera temporalmente, por el otro; y esta desigualdad origina una ficción, en cuya virtud el primero aparece a los ojos del segundo como armado de una fuerza enorme, formidable, por ninguna otra fuerza moral aventajada, no alcanzando a modificarla en modo alguno la eventualidad de hallarse o no aquel en el pleno goce de las distintas prerrogativas que integran el



estado de libertad. Ser, pues, nosotros los que somos, naturales del país donde residimos, haber nacido en la misma tierra que huellan nuestras plantas prescindiendo de si llevan o no el noble título de ciudadanos o el menos lisonjero, de súbditos, de si vivimos bajo el paladión de la democracia o sujetos a la coyunda del absolutismo, es tener virtualmente predisuestas a favor nuestro, con razón o sin ella, la opinión, las atenciones, las preferencias de la universalidad de los hombres con quienes compartimos la posesión del suelo natal, y con los cuales nos estrechan las ataduras indisolubles, amén de hallarnos identificados con ellos en lo concerniente a las circunstancias generales del carácter y del temperamento; de tener de nuestra parte hasta la justicia, que obedeciendo a veces al impulso de las pasiones de los revestidos con el encargo expreso de administrarla recatamente, o precipita su peso agobiador sobre las espaldas vacilantes del extranjero sin defensa, o trueca por la inmerecida protección de los particulares intereses de un propio, el amparo debido al derecho de un extraño.

II

Múltiples, innúmeras relaciones nos solicitan y circundan allí donde hasta el objeto de menos entidad tiene señalada una porción no escasa de cariño inmenso por nosotros sentido hacia el sublime conjunto de cosas y personas llamado con el nombre dulcísimo de patria; mas suelen verse hondamente interrumpidas esas caras relaciones, suelen quedar tronchadas a impulso de la separación, llevándose tras sí pedazos palpitanes del alma en cuyo seno han arraigado; el vórtice vertiginoso de la desgracia lánzanos lejos de nuestra tierra impermutable, a la que quisiéramos vivir tan adheridos como los árboles seculares que sustenta con la sustancia vital en sus entrañas hacinadas, entonces nos hace congojosa compañía el aislamiento, nos hace congojosa compañía la soledad, interés ninguno encierra para nosotros cuanto existe o se mueve a nuestro alrededor, ni nosotros a nuestra vez lo encerramos para los demás; y cuando, peregrinos bajo firmamento distante, sobre terruño distante, rodeados de naturaleza distante, ¡ay! por desdicha no es ya la



nacional y propia gente aquella en cuya presencia desconocida e imponente nos hallamos, ¡cuán impasible, grave y satisfecha nos parece deja ella caer sobre nosotros su mirada!; ¡cuán abrumadora siente la mirada del extranjero el desterrado!

La patria es un paraíso. Levántanla, mayormente, a esta espléndida categoría el fénix de los afectos, aquel delante del cual los demás afectos enmudecen, aquel capacitado para enaltecer, para santificar, a cuanto se pone con él en comunicación, aquel a quien no alteran, a quien no deslumbran, las bellezas de la naturaleza visible, los esplendores de la social cultura ni las magnificencias del omnímodo progreso, mientras vaga el hombre por los privilegiados países donde se le ofrece la ocasión de contemplar esas admirables manifestaciones de Dios y del humano trabajo, y le paran y atraen portentos, maravillas, motivos mil para retenerle, cual otras Circes, a no estorbarlo ese amor de los amores, exclusivamente consagrado al bendito suelo en que nació. Es porque no existen para él atractivos superiores ni equiparables a los ocultos o patentes en este suelo atesorados; es porque desde cualquier punto siéntese impelido con fuerza inflexible hacia este amado centro de gravitación, pues hay dos en el planeta, el físico, para la materia, y el moral, para el espíritu; es, en suma, porque tiene la patria no poco de individual y no poco de colectivo; bajo el aspecto individual, es lo anterior a toda existencia organizada, es lo continente, la tierra, porción inapreciable de la gran obra divina, la naturaleza, y punto de partida de la gran obra humana, el arte, bajo el aspecto colectivo, es lo contenido: la religión, el hogar, la familia, la mujer inmensamente amada, el lenguaje, la inalterable amistad, que vale tanto como un segundo parentesco, la tradición, esa historia latente, la historia, esa tradición escrita, las costumbres, los sitios apacibles ocasionales de los recuerdos y reminiscencias más entrañables y queridos, las instituciones nacionales, la independencia, la libertad: ¡imanes potentísimos del orbe moral, ante cuya formidable acción atractiva depone al cabo toda resistencia este acero misterioso por el divino artífice forjado, el arma!

La patria es el objetivo señero hacia donde convierte finalmente los ojos de la imaginación, y por el cual exhala el suspiro postrimero, el infeliz a quien cupo la espantosa suerte de abandonar en



tierra extraña la existencia; es el refugio definitivo del que huye a la obsesión de los desengaños adquiridos en los eriales del mundo, mientras por ellos corría empeñadísimo en dar alcance a esa fugitiva impalpable quimera nombrada felicidad. A ella vuelven los proscritos, a prestarle servicios honrosos y a trabajar, y entre los proscritos, cuantos van penetrando en el estío de la vida, y conservan incólume, a despecho de laboriosa expatriación, el primitivo vigor de su espíritu y cuerpo; a ella retornan con el designio de vivir una vida sedentaria los que, habiendo salido en persecución de la próspera fortuna, lograron ver su barquilla navegando con viento siempre bonancible por el proceloso mar de los negocios; a ella, por último, encorvados bajo el peso de la vejez o las dolencias, van a morir, ya que no han vivido en ella, los que, careciendo ya de proporción para servirle, siquiera yerta y fría, la materia que de su munificencia recibieron animada.

A fin de juzgar con estricto acierto a un hombre para formar de sus condiciones personales el concepto más equitativo e irreprochable, se requiere lo más esencial en este asunto, se requiere verle, no fuera de su tierra, sino en su tierra. Fuera, encógese; padece de empequeñecimiento habilísimo para disimular, tras la densa envoltura de infinitas apariencias, las realidades nativas de su genio y su temperamento. Dentro, ya es toda dilatación, es toda ensanchamiento su persona, están en su punto cabal su dignidad y facultades, y es hombre completo en sí, tan completo, que mejor puede sobrarle alguna cosa que faltare. Fuera se ve, las más veces, comido de las miserias, y forzado, para contenerlas, bien a una labor cotidiana penosísima y poco fructuosa, bien a ejercitar con ahínco expedientes cuando menos inhabitables, bien, y esto es capitalísimo, a transigir, de algún modo, con las violentas exigencias que le abocan más de un uso y costumbre, o aborrecibles o enojosos, aunque sean sistemas avenidos a la perfección con la índole inalterable de la sociedad en que tan malamente vegeta. Dentro, es casi un dios, denomínase supremo, denomínase absoluto el grado de robustez y reconcentración adquirido por su personalidad, pues alcanza entonces, por derecho propio, todas las plenitudes posibles, la plenitud jurídica, la plenitud política, la plenitud intelectual, la plenitud moral; la del pensamiento, el sentimiento



y el derecho. ¿Qué más puede hacerle falta que remontarse de una vez al cielo?

No está excéntrico en la patria nada de cuanto sintetiza internamente a la criatura humana; maravillosa fuerza centrípetamente lo mantiene todo en su sitio y disposición naturales. Allí, no en otro paraje, préstannos asistencia solícita y perseverante los requisitos necesarios para el comienzo, prosecución y término felices de las elucubraciones consecutivas de nuestro pensamiento y nuestra fantasía, o según los hermosos versos del encanecido e ilustre vate dominicano:

*Allí, todo es poético, sublime,
todo respira calma y embeleso,
y solo allí, para cantar felice,
encontrará tu amigo los acentos.*

Allí el ánimo y el espíritu gozan de aquella extrema normalidad y de aquella perfecta lucidez que tan esquivas acostumbra mostrarse con el primero y el segundo cuando respiramos los aires de distinto clima, cuando nos movemos en el ámbito de distinto medio social. Allí están abiertos, sin reserva, el ánimo a todas las sensaciones, el espíritu a todas las ideas, entrambos verifican sus movimientos y operaciones, el uno sin conmoción, y el otro sin esfuerzo; aquel es sereno como el cielo azul y esplendoroso en una noche profundamente tropical; este, guarda, por su quietud, analogía bastante con el pastoril remanso cuya transparencia no importunan los desechos del bosque ni los contactos desapacibles de la brisa, y ostenta en su álveo de arena el pintoresco negativo de los objetos autóctonos que rodean sus amenísimas riberas.

III

¡Bienhadado el que no ha humedecido con el agua de río extranjero su garganta caldeada por la sed, el que no ha pasado por su paladar hambriento ese pan de la proscripción, tantas veces a expensas de imponderables afanas adquirido! ¿Mas por qué bienhadado? Pluguiese a Dios que la infelicidad del



expatriado consistiera en la dura precisión de apacentarse con semejante pan y abrevarse con semejante agua, que si tiene cada país su comida y bebida propias, nacionales, de la misma forma que tiene cada país sus nacionales y propias costumbres, discutiblemente serán mejores o peores unas que otras, a disgusto de la incondicional y terca preferencia dada por cada cual a lo suyo sobre lo exótico; y a la postre, todo alimento alimenta y es susceptible de familiarizarse con cualquiera que a menudo le consume, los mantenimientos variados sustanciosos y exquisitos, pertenecen a la falange de los mayores cosmopolitas existentes en todo el universo mundo, y hasta tienen tres cosas de común con Dios: la eternidad, la ubicuidad y la necesidad. Es lo menos el sustento: en la emigración o el destierro ¿consiguiese a costa de penalidades indecibles? También lejos de la emigración o del destierro se libra con indecibles penalidades el sustento. Se funda el malestar en el malestar mismo, en ser emigrado, en ser proscrito; es esa insigne desventura quien le ocasiona, la cual, vertiendo zumo de coloquintida en el alma, pónela en el caso de contaminar con tan grande amargura las sensuales impresiones; se funda en contemplarnos separados de la patria inofensiva, santa, y por ende, primero quejosa de sus hijos, que culpable de los agravios a estos hechos, agravios sendas veces recibidos en la batalla perenne de las encontradas ambiciones que abrigan ellos para segura perdición de causas más excelsas y patrióticas.

Dichoso aquel a quien jamás forzaron enemigas circunstancias a partir del domicilio patrio para errar por puntos antes no vistos, descubriendo a cada hora su calidad, su origen, sin ocupar la siempre apetecida condolencia de sus semejantes, y palpando adolorido cómo delatan al extranjero, en las poblaciones pequeñas su fisonomía, y en las poblaciones grandes su lenguaje. Pero ¿por qué dichoso? El que ha pasado los días de su existencia en el más o menos anchuroso recinto delineado por los horizontes natales, tiene del mundo una idea incompleta, la que le concedieron formarse los hombres con quienes ha vivido en sociedad, y las cosas sobre las cuales ha hincado de continuo su mirada inexperta; y conoce la vida por el lado más benigno, porque nada ofrece de notable haber experimentado las mutaciones de la fortuna en proporción tan desigual



que los reveses a él ocurridos sobrepujan sus épocas de prosperidad, toda vez que tales vicisitudes hanle sobrevenido en su tierra, cuya presencia querida modera por sí sola el furor de las adversidades más desencadenadas; pero no posee noción exacta de la humanidad, que se adquiere del todo en el trato directo y próximo con otras gentes; no conoce bien a su patria, por ser verdad que donde mejor se logra conocerla es lejos, muy lejos de su seno, más todavía cuando no se ha salido cediendo a los móviles espontáneos del propio libre albedrío, pues la patria es como la libertad: sabemos cuán grandes son y cuánto valen, así que nos privan de la una o nos destierran de la otra.

En el destierro una [...] ración y todo un sistema de [...] y educación dimana de ahí y a cada paso se ve la patria, porque se abalanzan como no interrumpida sucesión al sentido siempre observador y a la vista siempre lincea del proscrito, diversísimas especies abstractas y concretas, y variadísimos objetos, singularizados por una excelente propiedad para traer a la memoria la representación e imagen fieles de los similares habidos allá, o para evidenciar el deplorable atraso, la vergonzosa incultura del país en ese punto. Se aprende, por esa comparación, a detestar lo malo y glorificar lo bueno en el contenido, demandando a Dios desde lo más íntimo del pecho, referente a lo primero, fuerza, es decir, coyuntura para propender con éxito a la regeneración de cuanto hay allí degenerado; y con habitud a lo segundo, bendiciones que prosperen y perpetúen cuanto se contiene allí de sano y de selecto. Domina la envidia el alma, una envidia instintiva, levantada, laudable, como capaz de prodigiosos estímulos, y la inflama, y la espolea impaciente, a la vista de obras, instituciones, progresos, espectáculos, ante los cuales mírase disminuida, por sorprendentes y magníficos, y apetecería poder trasplantarlos a la tierra nacional, volviendo tétrica del consuelo infundido en ella por su anterior consideración sobre la singular excelencia de las cosas coterráneas. Ábrense los ojos a la realidad, reformándose la idea hiperbólica o deficiente hasta entonces abrigada con respecto al positivo estado de civilización y virilidad de la patria, y se viene al fin en conocimiento razonado, y quizás congruente, y quizás trascendental, de que solo puede hacer estables a las naciones el trabajo, y de que una república es tanto más imperecedera



materialmente, cuanto mayores y más efectivas conquistas hayan logrado y sigan obteniendo sus esfuerzos en el campo anchurosísimo de los humanos adelantamientos.

IV

Se progresa grandemente, se hacen adquisiciones valiosísimas viviendo en comunicación inmediata con los extranjeros: los sentidos morales, aletargados y embotados en la patria, se desperezan y aguzan a maravilla en el destierro; se llega sin obstáculo a corregir los propios defectos en presencia de los defectos ajenos, y a robustecer las propias virtudes con el ejemplo de las extrañas, por cuanto siempre despierta curiosidad mayor lo exótico que lo indígena, ya sea reprobable, ya sea plausible, cobra ensanche de gran monta el caudal de las ideas prácticas; afinanse los sentimientos y costumbres; el genio se bruñe y adapta bien al marco de todos los temperamentos, las acciones y palabras ganan en gravedad y cultura cuanto de inconsistente y áspero pierden, que nunca es corto; enmiendan y completan el carácter las brutalidades continuas de una experiencia especial, extranjera, no asequible sino mediante decepciones que amargan, y de no escasos golpes que confunden.

Bueno en superlativo grado es salir del hogar, alejarnos de la dulce compañía de cuantos podemos designar como nuestros, vivir en el regazo de otra sociedad, sentir el predominio de civilizaciones más avanzadas, ver, en conclusión, otros horizontes, otro mundo, cuyo conocimiento reporta beneficios perdurables y sobremanera excedentes a esas enormes fatigas sin las cuales jamás ha sido fácil la tarea de adquirirle. Amplio espacio encontramos para probar nuestro fanatismo patriótico, pugnando cuerpo a cuerpo con el destierro en persona, que siempre se goza en acometernos por el lado más sensible, como si gustase de disipar en nosotros todo vestigio de la patria, imponiéndonos hábitos, costumbres, voces, acentos, y hasta idioma, que nos son impropios, por lo mismo que son impropios de nuestro país ausente. En hacer resistencia eficaz a tales imposiciones, en contrarrestar los conatos usurpadores y absorbentes del destierro, en conservarnos íntegros, según salimos



del gran molde nacional, se cimienta en parte no baladí la lucha intrínseca por nosotros sostenida en nuestra deplorable condición de proscritos: es una lucha bárbara y sin tregua, en la cual se prueba la virtud patriótica, irguiéndose al cabo ataviada con los intereses banderizos, donde antes que ventolera, suele salir vergonzosamente derrotada.

El deber primordial del proscrito ha de cifrarse tan solo en honrar a su patria, y alcanza este noble fin honrándose a sí mismo, pues el prestigio de aquella padece asaz o cobra realce mayor, a medida que son meritorias o censurables las obras de sus hijos expatriados. Es el destierro una simple forma de la desgracia, como tampoco dejará ser a medias la felicidad. Sin padecimientos el destierro es inconcebible, por lo menos a juicio de un infortunado para quien la desgracia no es un mal, sino un tesoro, mereciendo reputarse por dichoso el que sabe aprovecharle. ¿Cómo? No dejándose abatir por ella, no vulgarizándose, no envileciéndose, no decayendo un punto de su personal estimación, no divorciándose de la buena fama, no bajando la pendiente de las simpatías y el respeto de propios y extraños, sino enderezando los movimientos de su voluntad a elevarnos por esa pendiente hasta consolidar, haciéndolos motivados e inalterables, ese respeto y esas simpatías. No de otro modo se paran y contienen los azotes de la cruel adversidad, no de otra suerte se logra domar a ese monstruo y hacer con él lo hecho por la ciencia con la electricidad atmosférica, esto es, hacerle inofensivo. El destierro es un gimnasio, en el cual el hombre se transforma en titán, es una escuela normal, y de ahí se sale maestro consumado en el arte de sufrir, de hacer el espíritu a la carga del infortunio, sobrellevándole no con resignación, con entereza. ¿Qué alma bien templada no bendice con efusión al destierro, siquiera cuando deja de verse bajo el despotismo de sus benéficos padecimientos?

Es cobardía temer a la desgracia, esa piedra de toque del ánimo eminente, y su compañera fidelísima; ese legado del cielo, sin el cual la prosperidad sería la más insoportable de las miserias; y acción ninguna puede haber sublime como la de un hombre arrostrando con estoica serenidad los reveses del destino, como la del desterrado riñendo día por día con las inclemencias de la suerte hasta subyugarlas, como subyuga pueblos



bárbaros el brazo armipotente del conquistador. Parece, a tiempos, como que se irrita la suerte al ver paralizados sus adversos impulsos por el esfuerzo ciclópeo de tan denodado atleta, parece como que duplica entonces su energía, su iracundia, extremadamente interesada en dar con su contrario en tierra, pero estando él, como está en efecto, avezado a tan rudo batallar, redobla su valor a proporción que arrecian las crudezas de la intemperie; y cuando sobrevienen ráfagas violentas, echa un pie adelante, de forma que le sirva el otro de puntal, e inclinando el cuerpo en dirección de aquellas, las resiste sin cejar hasta que pasan. Es una contienda reñidísima, semejante a la sostenida con ilimitada frecuencia entre la tempestad y el árbol. La una es formidable, terrible, como de ordinario; en cuanto al otro, el grosor y profundidad de sus raíces relaciónanse a contento con la elevación y diámetro de su tronco, y lo extenso de sus ramas, proviniendo de tal circunstancia, la grande, la incontrastable firmeza con que se mantiene contemporáneo a todas las épocas y a todas las generaciones, y con que, revelando grandeza y majestad, soporta los ímpetus del viento, cuando el cielo tenebroso, y el aire agitado, y el mar revuelto, parecen confabulados contra la tierra, e inquietan a las almas piadosas, las cuales elevan a Dios sus preces implorando su paternal amparo en beneficio del navegante que surca osado en esos lúgubres momento el piélagos borrascoso. A poco impera la bonanza, y se presenta el árbol firme y fuerte como en los días precedentes a la lucha, por haber resultado al cabo parejas ambas fuerzas, iguales la resistencia y la potencia. Vense por el suelo una que otra rama desgajada, e incalculable número de hojas desprendidas y dispersas; mas ¿qué importa? Otras ramas y otras hojas brotarán en él por virtud de la savia que le entre y del ambiente que le vivifica. También esa otra tempestad, el destierro, produce injurias a ese otro árbol, el desterrado; mas ¿qué importa? Si al fin de la tremenda porfía desfallece de materia o espíritu, revivirá, como Anteo, al asentar sus plantas sobre la tierra maternal.



V

Jamás contemplarán ojos humanos suceso tan triste, tan desolador, como el acabamiento de la prosperidad; y quien desde la órbita cada día más estrecha de un bienestar que declina, ve aproximarse a su puerta la figura descarnada y pavorosa de la miseria, es como el desahuciado enfermo que siente a cada instante los pasos acelerados de la muerte. Pero si lóbregas tristezas ennegrecen el ocaso de la dicha, si nada puede ser tan desgarrador como el descenso de una encumbrada posición social, tampoco hay satisfacciones y alegrías capaces de proporcionar al ánimo ensanches superiores al causado por el inefable contento que al corazón conmueve cuando para las situaciones indigentes, para los padecimientos del hombre, suena esa hora última, que así como anuncia el término de todos los bienes, también anuncia el término de todas las adversidades. Hombre ninguno vive suspirando por el arribo de aquella fausta hora como el encarcelado; ningún hombre suspira por ella como el proscrito; y al cabo llega para entrambos, concediéndoles la suerte, al uno, volver a su libertad, y al otro, volver a su patria.

Se llama esto volver al punto de partida, y volver al punto de partida constituye, a no dudarlo, una de las mayores felicidades entre las muy contadas de que puede disfrutar el ser humano. Bien lo sabe aquel que un día salió con su modesto equipaje, inanimado testigo de su adversidad, en solicitud de un buque próximo a partir. Salió del techo bajo el cual vivía desterrado de sus lares, y solo dejaba tras sí la posibilidad de verse otra vez ciudadano de aquella patria moral, la desgracia; pero pensaba sin temor en esta contingencia, porque como el labrador sus manos con el instrumento de trabajo, así sentía en espíritu enaltecido con el incesante contacto del infortunio. No se alejaba la nave sin que fuese creciendo en él ese inmenso embriagador placer con que ven alejarse nuestros ojos el puerto de donde partimos, la playa extranjera desde donde nos dirigimos a nuestras natales playas; y mientras iba hendiendo el bardo las ondas, obediente al rumbo por el nauta señalado, cifraba su complacencia el proscrito en contemplar la superficie del océano, de la cual no separaba la mirada, las más veces



explorando el horizonte, cuyas brumas lejanas interponíanse todavía entre la pasión, el deseo vehementísimo que le inflamaba el alma, y el objeto bien amado cuya posesión le producía.

No se acortan las distancias a la medida de la grande ansiedad que nos embarga cuando quisiéramos salvarlas como el ave; y teniendo a la vista, sobre nuestra cabeza y bajo nuestras plantas, esas dos inmensidades, cada una de las cuales hace juego con la otra en extensión y en colores, la inmensidad del aire y la inmensidad del agua, el cielo y el mar, entonces asaltan en tropel la mente, dando creces a tal ansiedad, las noticias habidas sobre los desastres a los buques ocurridos por el choque, ya con el escollo, ya con otra nave, o a causa de una conflagración inevitable, o de los embates de las olas y los vientos tan luego como sobreviene la deshecha borrasca. Es hija del viento la ola, y aumenta de volumen o adelgaza según es tenue aquel o tormentoso. El mar se puebla de menudos y movibles rizos cuando por él discurre la suave brisa matinal, pero quién sabe si habrán de corresponderse con aquellos cirros vaporosos que aparecen, allá por la época de los huracanes, suspensos en las altas regiones atmosféricas, quién sabe si esas silenciosas olas en miniatura, de tan risueño aspecto a la mañana, serán oleadas inmensas a la tarde, serán, a semejanza de aquellos cirros celestes convertidos en negros nubarrones de tempestad preñados, espantosas elevaciones de agua, que agitadas por la violencia incontrastable del viento, llamado antes brisa bonancible, vayan a estrellarse furibundas contra el mísero bajel, sumergiéndole con tripulación y pasajeros en los horribles abismos del profundo.

Así pensaba, entregado a la docente contemplación del variado y espléndido panorama del océano, mirándole por todas partes y a todas horas desde la plácida proa del buque, por donde había de surgir elevada, exuberante de lozana vegetación y hermosísima la tierra nacional. Cuando la dejó veíala desde la popa, veíala extinguirse gradualmente hasta desaparecer del horizonte, de la manera misma y con el mismo pesar que a menudo vemos desaparecer de los rosáceos horizontes del alma, y para siempre, las lisonjeras esperanzas e ilusiones en cuya realización vinculábamos ¡soñadores! nuestra querida y única ventura. La popa representa todo lo que se llama separación y



alejamiento, representa todo lo que se desvanece, todo lo que muere dentro y fuera del corazón humano; es el ayer, es lo pasado que nos divierte o nos apena con su muchedumbre de recuerdos placenteros o desapacibles. La proa trae a la mente la idea de acciones o efectos subsiguientes a los eficaces deseos y a los esfuerzos perseverantes de la infatigable actividad del hombre; la idea de cuanto renace para nuestro bien, de cuanto solicitamos con ahínco, buscándolo anhelosos y encontrándolo sobre la superficie o en las profundidades inexploradas del mundo material o abstracto de cuanto, en suma, reaparece o se revela para colmarnos de hondísimas satisfacciones con su presencia es el mañana incógnito, es lo porvenir, en cuyo seno, morada de impenetrables arcanos, presumimos que se realiza la dudosa incubación de nuestra pretendida felicidad. Sin embargo, los peligros, que acechan de noche y día por todas partes a la nave, huyen casi constantemente de la popa, y andan por lo común en busca de la proa, la cual pueda, sin estorbo, deslizarse por la líquida superficie, ahora en derechura del puerto a donde se dirige, ahora en derechura al escollo.

Así seguía pensando; pero una hermosa mañana vino por fin a disipar tan fatídicos presentimientos, ofreciéndole, allá en lontananza, la primorosa e incomparable perspectiva, el espectáculo incomparablemente primoroso de su patria. Sus montañosas costas alzábanse con presura por encima de la línea horizontal, de cenicientas brumas coronada, y evocaba en el alma conmovida por los estremecimientos del alborozo, el recuerdo venerado del grito en que prorrumpieron los modernos argonautas el día inmortal del Descubrimiento de América, cuyo cuarto centenario se aperciben a solemnizar, con esplendor inusitado, las civilizaciones de ambos hemisferios.

VI

¡Cuán bellas se presentan esas costas a los ojos gozosísimos del dichoso desterrado que a ellas se restituye! Parecen animadas de un contentamiento idéntico al suyo; se diría que conocen ser un compatriota quien se acerca, y que, a fin de recibirle, vístense de gala, desfilando con rumbo los más brillantes



y seductores atavíos de la circunscrita y portentosa naturaleza de que forman interesante parte, los cuales atavíos hácese más vistosos según va la nave aproximándose a tierra, y ofreciéndose distintamente cuanto de objetivo han encerrado en ella la mano de Dios y la mano del hombre. Y es porque todo lo ve ahora bajo el prisma de la grande alegría, del gozo profundísimo por él experimentado en momentos tan venturosos como aquellos, gozo cien veces superior a la indecible aflicción que acerbamente le abrumaba el día infausto de su involuntario alejamiento de la patria.

Ya salta en tierra, ya ¡ventura inmensa! oprimen y huellan sus plantas el amado suelo en que nació. Cinco años y diez meses pasó ausente de allí, cinco años y diez meses anduvo errante por distintas regiones, viviendo, durante tamaño lapso de tiempo, en contacto íntimo con la realidad que pronostican estos conceptos de Dante: «Tú conocerás la amargura del pan extranjero; tú sentirás cuán duro es al desterrado subir y bajar la escalera ajena.» Pero ¡qué recompensa recibe ahora por sus recientes e inmoderados padecimientos! Ningún daño alcanzó jamás una reparación tan cumplida. Ese mortal afortunado, para quien acaba hoy la proscripción, exclama con júbilo sin segundo, viéndose de tal manera desagraviado por la suerte: «¡Vaya mil veces yo a comer el acerbo pan del desterrado, si siempre ha de caberme la dicha colosal de ver cómo amanece y esplende a todas luces, dentro y fuera del alma, el día en que se vuelve al seno de la familia, los amigos y la patria!» Y, a la verdad, bien vale padecer así para bañarse después en el raudal de las expansiones inenarrables que al ánimo del proscrito acarrea ese día verdaderamente grande y digno de perpetua remembranza. Siempre que termine de tal forma, bendito, glorificado sea el destierro.

Al embarcarse Carlos Dickens para el Nuevo Mundo, preguntáronle por qué partía. «—Para procurarme, respondió, el indecible placer de regresar.» Y así demostraba el novelista, sin parar en ello mientes, cómo vale la pena el ausentarse o salir expulso de la patria, para tener la suprema suerte de volver a ella. El regreso a la tierra nativa, o sea la terminación del ostracismo, señala uno de los mayores acontecimientos de la vida del hombre, y ningún placer corre parejas con el que se



saborea el día en que se verifica la felicidad, que consiste las más veces en la cabal realización de un deseo ardientemente sentido; enajénale lo que se puede llamar con propiedad la fruición de la patria, y todo es motivo de vehemente alborozo para él, no pareciendo vivir sino por el sentimiento, el cual llega de por sí a su mayor exaltación, a su mayor grado de intensidad, en ese día dichoso, equivalente al día en que vino al mundo. En este nació, pero en ese otro renace, y viene a disfrutar de una nueva vida, opuesta en absoluto a la que llevaba en el destierro, esa especie de antro henchido de lobre-guez y de miseria, desde donde suspiramos por la patria como quien suspira por la luz, como quien suspira por la vida. El regreso del desterrado a su hogar es, pues, un renacimiento, es una resurrección. Parece que volvemos a nuestro ser primero. No hay quien no se complazca en estrechar su mano, quien no se apresure a rendirle con sinceridad cumplida el homenaje de sus afectuosos parabienes; pero si bien inflama por manera especial y extraordinaria su pecho esta quizás inesperada recepción de parte de sus compatriotas, nunca la hubiera echado de menos, dado que no se la hubiesen dispensado, pues que no pocos se ven de peor forma recibidos, no pocos vuelven de la expatriación como si de corto viaje de recreo volviesen, esto es, sin que los suyos fijen su atención o mirada en ellos; y sin embargo, no lo lamentan, porque solo apetecen verse dentro del círculo formado por los horizontes nacionales, solo apetecían poner o asentar los pies en el suelo de la patria y que así, no de otro modo, los recibiera ella, sustentándolos.

VII

La desgracia engrandece, la desgracia santifica, cierta imponente majestuosidad circunda de fijo a quien sufre a la primera, y hace por decirlo así sagrada su persona, de modo que ni aun de su mayor enemigo está expuesto a recibir ofensa grande o insignificante, a mayor abundamiento si existe la circunstancia que hasta el más lerdo advierte al punto en este sentencioso endecasílabo de antiguo poeta:



*Nunca hirió noble brazo al abatido**

Pero nunca parece un hombre tan grande, o tan santo, como cuando le deja de su mano la desgracia, ni hay belleza tan sublime como la del tránsito de una época de adversidad a una época de bienandanza, la cual debería de constituir, así como el estado natural del ser humano, puesto que sus aspiraciones todas no tienen otra cosa por meta. No se necesita pasar adelante para echar de ver que todo infortunio es ausencia, es decir, en él nos vemos privados de algo que debiera ser para nosotros a manera de ambiente, a manera de casa, o por mejor decir, de patria; por lo tanto, la ventura es presencia: disfrutándola, parécenos estar presentes en una rica propiedad, cuya posesión legítima nos había usurpado el destino por una de sus siempre irritantes arbitrariedades. Mucho, en verdad, podría la envidia decir en contra, pero no cabe duda de que somos bastante propensos a celebrar el regreso del desgraciado a la próspera fortuna cuando es inofensiva esta fortuna, o, para decirlo mejor, cuando deja de ser aquella que afanosamente deseamos. Se puede muy bien referir a esta circunstancia la razón de ser el proscrito no pocas veces obsequiado con felicitaciones, en mil formas expresadas, el día de su retorno al patrio suelo, las cuales felicitaciones producenle tal júbilo, que por el goce de una vanidad tan efímera como esa, no titubearía en ausentarse de nuevo para experimentar las ya probadísimas amargas de la expulsión. La desgracia que acaba de semejante modo, paga evidentemente a precio bien exorbitante sus bárbaros rigores.

VIII

Tras un lustro excesivamente prolongado de ostracismo fértil en penalidades distintas, pero con extraordinaria firmeza de ánimo arrostradas, vuelvo, patria, con el espíritu, si ayer endeble por la penuria de noticias concernientes a los hom-

* Este verso pertenece al poema «Los sentimientos de la humanidad», del poeta, periodista, matemático y crítico literario español Alberto Lista y Aragón (1775-1848). (Nota del editor).



bres y a las cosas, fuerte, hoy más que ayer, en ciencia, conciencia y experiencia; mas traigo, en desquite, un corazón, el que me diste para que te amara, cerrado a las dilataciones del contento y el entusiasmo, pues solo hay en él cabida para la nostalgia, no la que me consumía cuando estaba de ti ausente, sino esa otra, no menos agria, no menos cruel, a la cual ofrece arraigo en todo pecho nutrido de civismo tu carencia cuasi absoluta del bienestar y del progreso que necesitas y mereces, y a cuya sombra, tan llana te sería la empresa de regenerarte a contento de ti misma, y arribar, con aplauso de las gentes, a la mayor suma de prosperidad y grandeza entre cuanto de próspero y de grande quizás reserva el destino al archipiélago antillano. Eres bella como ninguna en el orbe de la Tierra; pero esta cualidad, no adquirida por el trabajo, sino natural, sino inculta, solo pudo ser oportuna y enaltecerte cuando te alzaste del seno de las aguas ante las carabelas de Colón, que de vecinas tierras habían partido en busca tuya, y cuyos tripulantes, que solo solicitaban a la naturaleza salvaje, no podían entonces mostrarse insensibles, mirando sus embelesos, entre los cuales te numeras; pero en las postrimerías de un siglo digno de ser considerado como el punto de partida del progreso humano, a causa de los increíbles, de los inauditos adelantos en su transcurso realizados por los pueblos, no son, a ciencia cierta, los primores de su naturaleza bastantes a procurar crédito a un país, y conquistarle, desde luego, el dictado de culto y, por ende, hacerle famoso, hacerle respetable. Mucho tienes que avanzar, tú tan atrasada, tú tan indolente, a fin de atraer hacia ti la gran mirada del mundo civilizado, no la que hace relación al interés material que se sustenta de repugnantes o pulcras especulaciones, sino aquella otra infinitamente más levantada y honrosa, como nacida de la consideración y el respeto de las naciones.

IX

Lo que hace la tierra en el orden físico, tú lo efectúas en el orden moral; esta verifica sus revoluciones alejada por espacios inmensos de los demás orbes celestes, y tú, en punto y progreso, en punto a civilización, vives distancias inconmensurables



separada de las naciones cultas, siendo tus relaciones con ellas muy análogas a las de nuestro globo con los otros mundos, relaciones como las que pueden existir y existen de continuo entre materia y materia, cuando debieran semejarse también a las que, allá en las regiones de la idea, ligan entre sí a los pueblos adelantados; pero siquiera nuestro planeta devuelve, aunque descolorida y sin calor, la luz por él recibida, mientras que tú, tal es la impotencia en que tu atraso te mantiene, recibes siempre algo, y no devuelves nada, porque nada produces en el terreno de las ciencias y las artes, ni en orden a la industria das al mundo cosa capaz de reputarse por notable, o por valiosa; el aspecto de tus puertos, aspecto de inactividad y de pobreza, revela bien a las claras el estado desdichadísimo de tus campos, los cuales se hallan hoy como en los tiempos primitivos, esto es, faltos de poblaciones laboriosas que los fecunden, que los benefician. Debido a esta causa deja de prosperar el comercio en tus ciudades, sin animación, sin movimiento, y lejos de adelantar hacia la posesión de mayor suma de riqueza, caminas derechamente al encuentro de la miseria, que a pasos precipitados se aproxima.

Recuerdo cuál situación era la tuya cuando te dejé, y, por lo tanto, esperaba que, a mi vuelta, verían mis ojos, no el espectáculo de una patria regenerada, de una patria nueva, puesto que nunca se realizan en un lustro ideales semejantes, sino cuando menos, la consoladora perspectiva de adelantos bastantes siquiera para infundir en el ánimo el firme convencimiento de ser la senda por donde transitas la más conducente a tu ansiado bienestar y a tu ansiada ilustración, pero he venido a encontrarlo todo al revés de como lo bosquejaba la fantasía, y solo me ha sido permitido pasar por la sorpresa inexplicable de ver, la primera vez en mi vida, cómo crecen los que dejamos en la niñez y envejecen los que dejamos en la juventud; las niñas de ayer son señoritas, y las señoritas madres de familia; ¡y cuántos amigos fenecidos!, ¡cuántos hogares enlutados por la desaparición eterna de ciudadanos que vivían incorruptibles, en medio de la general disolución que, tiempo ha que viene socavando! Son tres generaciones componiendo un cuadro sublime, a cuya concepción jamás se remontó el ingenio de ningún pintor: la generación que asciende y la que declina, delante de una que desaparece. Y yo, en tanto, como conquista hecha, con insupe-



rable empuje sobre mi áspero destierro, traigo un poco de ciencia en la cabeza, muy a pesar, por cierto, de algunos conciudadanos míos, los cuales, aguijoneados por su implacable desprecio, nada quieren concederme que me favorezca, y también soy portador de otra fortuna que me mortifica, pues traigo cinco años y diez meses que me llevé conmigo cuando partí. Estoy, por lo mismo, en esa edad en que ya empieza el hombre a echar de menos los días apacibles de la inolvidable adolescencia; en que ya sentimos, con cierto desabrimiento, no hallarnos todavía en esa edad feliz ante la cual es virilidad la juventud, como es juventud la virilidad y adolescencia la juventud ante la vejez. ¡Ay! Mañana me abrumará el dolor de haber abandonado para siempre la juventud, y la envidia, una envidia profunda, inveterada, me consumirá cuando alguno descubra su cabeza poblada de cabellos negros y relucientes en presencia de la mía encanecida.

¡Patria! ¡patria estacionaria! La idea más espantosa para mí durante mi pasado infortunio, la que con mayor insistencia me ocurría entonces, la idea de la muerte, no me preocupa, no me atemoriza, porque solo me causaba horror la posibilidad de morir en tierra extranjera, y no hay razón para que tema perecer en la mía, toda vez que siempre fue tenido en el concepto, de dichoso aquel a quien la muerte arrebató del lugar donde viene a la existencia y donde se amó y donde formó familia o vivió sin prole y sin mujer, pero ningún viento llega en estos tiempos a la grande altura del mío, pasión ninguna iguala, ni mucho menos excede, a la que hacia ti me inclina, para que no apetezca con fervientes ansias llegar a la senectud postrado, no por el peso de los años, ni por la vehemencia del supersticioso afecto que te consagro, sino por la suma colosal de servicios eminentes e ineluctables prestados por mí en tu exclusiva honra y exclusivo provecho. Y no me será negado hacer efectivo tal intento, pues en tu almo regazo encontraré, no sin exceso, cuanto pueda proporcionarme la incomparable dicha de vivir para ti, patria!

Puerto Plata, 18 de mayo de 1891.

El Porvenir, Año XX, Nos. 922-929, 30 de marzo; 6, 13, 20 y 27 de junio; 4, 11 y 18 de julio de 1891.



A la memoria de la señora doña Manuela Mesnier de Imbert, fallecida el 25 de abril de 1893

Veo, como si no me tuviese ahora la distancia de mi nativa tierra separado, veo al esposo y a los hijos deshechos por el rigor del sentimiento, la desolación, en medio de viudez prematura el uno, y de prematura orfandad los otros, entre raudales de acerbo llanto y angustias que tocan y enternecen y desgarran el corazón. La felicidad, esa felicidad integrada por todas las satisfacciones domésticas, los abandona ya, después de haberlos tantos años complacido, creciendo el puesto, ciega como el destino humano, a la más tremenda de cuantas adversidades pueden alojarse allá en el recinto de un hogar dichoso y bueno. El dolor de los dolores los aflige, los agobia, y el deber acude presuroso, más que a prodigarles ese lenitivo que se llama consuelo, a rendirles el tributo tristísimo de aquella piadosa simpatía, de aquella bien sentida condolencia con que la inalterable amistad deplora siempre con lágrimas, y hace suya, la desgracia desencadenada en el seno de una familia querida.

No es, empero, en esas horas de pésame, recibido entre sollozos y plañidos intermitentes que apagan el eco ineficaz de las expresiones encaminadas a moderar algún tanto la violencia de tamaña pena no es entonces que llevo la compasión al punto más sublime de su actividad y de su fuerza, sino cuando considero que los dolientes piensan a solas en la irreparable pérdida que han experimentado, cuando considero que miden a solas con exacta medida toda le extensión, toda la magnitud de su infortunio, cuando considero, en suma, que los hijos y el esposo, al restituirse o ya restituidos a ese hogar, que



parece ahora la mansión de la tristeza y del silencio, y henchida la mente con los recuerdos inefables e imperecederos de la bien amada esposa y madre, no perciben el eco de su voz ni el ruido de sus pasos, ni la tierna bondad de su rostro, que fue vivo espejo de su alma, y volviendo los ojos apagados al instante por el torrente de las lágrimas, a los sitios donde solía ella situarse y donde acostumbraban a verla en las horas felices que la familia toda se hallaba reunida bajo el techo común, la espantosa realidad no les presenta en torno suyo sino el inmenso y eterno vacío dejado por la muerte.

Y cuán duro, desesperado es habituarse a la espantosa realidad de un vacío semejante. Cuán duro y desesperado es mayormente para ellos, porque no había en aquella casa, hoy desolada, persona más interesante que aquella mujer, cuyas cualidades, como madre y como esposa, brillaban en todo tiempo con inalterable pureza e integridad en la esfera de las relaciones domésticas y de las relaciones sociales madre sin soberbia, sin vanidad, sin orgullo, a quien ningún sentimiento le cuadraba que no fuese apacible, tierno, equitativo, generoso, preparada siempre al sereno ejercicio de la piedad, de la beneficencia y que a la efusión de un cariño repartido en porciones exactamente iguales entre su numerosa prole –al revés de las madres que suelen establecer con señalada injusticia preferencias caprichosas en el amor debido a todos sus hijos sin distinción– mezclaba solícita el ejemplo y práctica de cuanto puede ofrecer de honesto, de digno, de moral, de respetable la vida de una familia honrada: esposa rígida en el desempeño amoroso de sus deberes conyugales, experimentadísima en las tareas y los afanes domésticos, y tan hábil en el gobierno de su casa, jamás visitada por la discordia y disgustos intestinos, y en la crianza de sus hijos, tan estimables como lo era ella, que nunca fue necesario para el imperio y estabilidad de orden y las santas costumbres la presencia del buen marido, el cual tuvo en su mujer, por espacio de treinta años, una compañera inteligente, hacendosa y encariñada con la parsimonia, una compañera cuya entereza de carácter, de alma, de corazón no conoció jamás la influencia de las vicisitudes, permaneciendo tan afable, tan buena, tan virtuosa en medio de los tiempos prósperos como de los tiempos adversos.



Yo vuelvo al tiempo pasado la mirada, recordando al que dijo, con tanta verdad, que cualquier tiempo pasado fue mejor. Fue mejor, sí, para los que no habían experimentado ningún revés de la fortuna, y ahora se hallan sumidos en las profundidades angustiosas de la desgracia; fue mejor para los que velan, sin presentimiento funesto, al ser querido, a la madre y esposa, en el seno de la vida, y la ven hoy en el seno de la tumba. De tanta bondad, de tanta ternura, de tanto amor, de tanto contento, solo queda ya el recuerdo; solo resta ya un nombre y una memoria intachables, y todos, ante la una y el otro, inclinamos la cabeza como inviolable cordial respeto.

Mas ¡ay! habríame reputado por dichoso si para mí hubiese sido cosa de fácil realización acompañar en su duelo al esposo y a los hijos el doloroso memorable 25 de abril, si me hubiera sido posible conducir a mi vez sobre mi hombro, a la lúgubre y silenciosa morada de los que abandonan para siempre la existencia, los restos inanimados de la noble amiga, y derramar encima de la enlutada caja que los contenía siquiera un puñado, siquiera una palada de aquella tierra dominicana, donde durmió ella en la cuna y donde duerme ahora en el sepulcro. Porque cuando salimos de la patria, nace de súbito en nosotros la esperanza de volver a ella, y nos anima el deseo de ver otra vez a los seres que fueron siempre objeto preferente de nuestra leal adhesión y de nuestro leal cariño, a los seres por quienes palpita puro, elevado y espontáneo en nuestro pecho el sentimiento llamado simpatía y el sentimiento llamado amistad. Asistiendo a esos lastimosos funerales hubiera visto por última vez, no viva, sino cadáver, a una de las personas a quienes más profunda estimación y más profundo afecto he profesado; pero no habiendo ya de verla, ni gozando de la existencia ni difunta, esa sola y postrera mirada hubiera sido bastante a satisfacer hasta cierto punto aquel frustrado vivísimo deseo.

Duerma pues, en el Señor la matrona incontaminada que solo con su muerte fue que llevó a su hogar la desventura, y el pesar a los corazones de los suyos. Séale ligera la tierra en cuyo seno reposa, pues jamás la hollaron sus plantas sino bajo la carga dulce y leve de aquel sublime ornamento del alma que se llama la virtud. Quien de veras la oprime, cuando la



pisa, es la criatura cargada con el peso abrumador de los vicios, los delitos y los crímenes.

Port-au-Prince, julio de 1893.

El Porvenir, 23 de junio de 1893.



Protesta

Love your country better than yourself

THOMAS JEFFERSON

Protesto contra los Estados Unidos.

Protesto contra su nuevo atentado internacional.

Protesto contra la infame agresión con que pisotean en estos momentos el suelo y violan la soberanía de la República Dominicana.

Protesto contra esta falta brutal de respeto y acatamiento al derecho de las naciones.

Pero ¿ante quién protesto? No protesto ante potentado alguno de la Tierra: protesto ante esa Potencia Absoluta que se cierne inaccesible e inmutable por cima de todos los poderes del universo, y se llama Dios: porque, ante Dios, ¿qué importa que los Estados Unidos sean una gran nación, si son una nación inicua? ¿Qué importa que hayan hecho lo mucho que llevan realizado por el progreso humano, si son una nación de mala fe, una nación mal intencionada, una nación arbitraria, más pérfida, más intrusa y más abusadora que todos los Estados europeos a quienes atribuyen ellos, gratuitamente, miras agresivas contra América? Al pueblo que sigue y acata aquella regla de oro de moral que condensa y sintetiza todo el espíritu y esencia de la justicia, y ordena no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros. Dios le bendice, Dios ampara su causa, de modo y de manera que se conjurarán en su contra, todas juntas, las potencias del mundo entero. Y contra las potencias del mundo entero triunfará; en tanto que el pueblo perverso, el pueblo que obstaculiza el cumplimiento de las leyes providenciales en cuya virtud las cosas del hombre



y del universo han de enderezarse hacia el bien, prevaleciendo siempre sobre el mal, Dios le abate, Dios le destruye, con el instrumento de esa misma Providencia con que gobierna al mundo, y con que hace que el malo no deba ni pueda prevalecer sobre el bien. Por eso cayeron tantos imperios en la Tierra, por eso pereció ese coloso que se llamó Imperio Romano, y han de ser escarmentados los modernos colosos que, por no tener a quien dar cuenta de sus procedimientos, se imaginaban que todo lo podían hacer impunemente, siendo así que hay algo que nadie, individuo ni pueblo, puede hacer impunemente, que es conculcar los estatutos de esa sublime y soberana virtud que se llama justicia, cuyo desprecio y transgresión ha ocasionado siempre en la sociedad humana el predominio de esa malvada ley del más fuerte, que es una ley de usurpación y de bandolerismo.

Los Estados Unidos, que se han guardado bien de declararse en estado de guerra con una nación grande y poderosa como Alemania, valiéndose ahora del pretexto injustificable de una facción de militares rebeldes contra el presidente Jimenes, no han titubeado en humillar desvergonzadamente a la República Dominicana, por la simple razón de que es una nación pequeña; y de esa manera, dando especiosos colores a su intención, hicieron desembarcar en son de batalla, toda la infantería de marina de sus vapores de guerra; y luego, pasando atropelladamente por cima de todas las disposiciones preventivas de la suprema ley de las naciones establecida, con el fin de impedir que ellas cometan injusticias unas con otras, han tomado por la fuerza posesión de la ciudad de Santo Domingo, capital de la República, sin tener para esto ninguna facultad, porque (ya lo dijo Kant), nadie tiene derecho contra el derecho, y el de la República Dominicana se sustenta precisamente sobre la base de que los Estados Unidos están en el deber de respetarla, con la misma formalidad y en la misma medida que ellos no pueden menos de querer que las demás naciones les respeten. Además de esto, siempre apoyados en el salvaje recurso de sus armas, ellos se han propasado a invadir todo el país y a ejercer en tierra dominicana tan insolentes actos de usurpada soberanía, que harán para siempre detestable su nombre a la inflexible conciencia nacional: actos una vez más reveladores



de que no se debe tomar sino por lo que es, por mera hojarasca, por mera palabrería, por mera borronadura de papel, cuanto han dicho o pudieren decir sobre constitución, sobre derecho internacional, sobre libertad, sobre mancomunidad de intereses panamericanos, sobre buena inteligencia con las otras repúblicas americanas, y sobre justicia, en sus plataformas los partidos políticos, y en sus discursos y artículos de periódicos los estadistas de los Estados Unidos, por más serios y honorables que parezcan, una vez que todos los que han discurrido sobre estas materias, así de palabra como por escrito, bien en los «meetings» y comicios de su propio pueblo, bien en sus nombres o en el de sus gobiernos en conferencias pronunciadas en los países americanos, como Roosevelt, ese otro Diocleciano; como Root, como Taft, como Wilson, como Bryan, todos han sido indignos de confianza y fementidos, todos han hecho lo contrario de lo que han dicho, todos han acabado por burlarse impudentemente de sus decantados cultos a la libertad, respeto a la independencia de los pueblos, devoción a la justicia, y otras galanas fraseologías, con notorio menosprecio de su palabra, con humillante decepción de las conciencias íntegras, y con desgarrador desvanecimiento de las esperanzas que hicieron concebir por la fe sencilla con que eran recibidas sus declaraciones.

¡Qué lección para América, es decir para los otros pueblos libres, pero débiles del continente americano, con este bofetón cobarde que asestan los Estados Unidos a la dignidad y honra de la República Dominicana!, ¡qué aviso para todos esos pueblos que hacen coro a los Estados Unidos en cuanto estos dicen y propalan con respecto a la *Doctrina de Monroe*, y no procuran darse cuenta de la verdadera índole y verdadero designio de la política internacional de esa ambiciosa, absorbente y taimada República, en lo que concierne a los destinos nacionales de estos mismos pueblos, sus presas y víctimas codiciadas! Precisamente, no ha mucho que, aprovechándose, con astucia y segunda intención, no de la obscuridad, pues todo se ve claro, sino de la confusión en que trae todas las cosas esta ciclópea guerra europea (guerra de los fuertes abatiendo a los fuertes, mientras que la mayor parte de las anteriores guerras del mundo fueron siempre guerras de los fuertes abatiendo a los débiles



y de los grandes abatiendo a los pequeños), no ha mucho, en diciembre del año pasado, hicieron reunir los Estados Unidos, en la ciudad de Washington, un denominado *Congreso Científico Panamericano*, bajo la presidencia del Ministro de Relaciones Exteriores de aquella Nación; y este funcionario, en su discurso inaugural, y entre una muchedumbre de frases discurridas con estudio, se desató con elogios prolijos de la *Doctrina de Monroe*, y habló con exageración, así afectada como pueril, de un determinado peligro con que, afirmaba él, tenían amenazados las grandes potencias del Viejo Mundo a los pequeños países americanos; ese discurso corrió enseguida por toda América, y el espíritu público de ella comulgó, al parecer sin prevención, con las inoportunas y tendenciosas aseveraciones oficiales del representante del gobierno convocador de la asamblea; pero, no obstante eso, y a pesar y a despecho de todo eso, la verdad puede que no se obscurecer con invenciones ni sofismas; la verdad es, que existe hoy, contra la seguridad y suerte nacional de los pequeños estados americanos, un peligro singular, un peligro único, un peligro no sistemático e imaginario, como el que tiene forjado la envidia con que contemplan, de reojo, los Estados Unidos la influencia cada día más extensa, intensa y predominante de las ideas, de la cultura, de las industrias y del intercambio de las naciones europeas con América: si no peligro verdadero, peligro manifiesto, peligro palpable, peligro perenne, como volcán que continuamente humea; y ese peligro, que no puede ser asiático, ni ya se puede razonablemente apellidar siquiera con el nombre de europeo, ¿cuál es? Pues, no es más que el *peligro yankee*, el presentido, sempiterno e implacable peligro, primero latente, solapado y remoto, pero que vino a parar en inminente y de cada día, desde que salió España de América y quedaron con esto más inmediatas a los tentáculos de ese pulpo monstruoso de los Estados Unidos, las Antillas y las repúblicas bañadas por el mar Caribe: peligro que diezmó con más de quince guerras a la antigua población indígena norteamericana, hasta dejarla reducida a una cantidad sin importancia; peligro que compró a Luisiana en 1803, a Florida en 1819, a Gadsden en 1853, y a Alaska en 1867; peligro que proclamó a la *Doctrina Monroe* en 1823; que hizo independizar a Texas y luego se la anexó en



1845; declaró la guerra a México en 1846; le quitó a California, con otras inmensas porciones territoriales, en 1848; armó la expedición de Narciso López a Cuba en 1854; ojeó una posesión colonial en las Antillas y se fijó en la República Dominicana desde 1853; hizo fusilar al emperador Maximiliano y a los generales Miramón y Mejía en Querétaro en 1867; abasteció de pertrechos y otros recursos a los insurrectos cubanos de 1868 a 1878, y desde 1895 a 1898; se presentó fieramente, pero sin suceso, una primera vez, delante de la República Dominicana, desde 1868 a 1872, en tiempo del inescrupuloso presidente Ulises S. Grant; concibió desde Blaine en 1881, la idea y doctrina tremenda y diabólica del *Imperialismo* y de la intervención intrusa de los Estados Unidos en los asuntos interiores de los pueblos americanos, a guisa de gendarmes o agentes de orden público del continente; pretendió la posesión del Mole de St. Nicolás en 1888; declaró la guerra a España y le arrebató a Puerto Rico, Filipinas y Guam en 1898; quitó a Cuba la Isla de Pinos y la bahía de Guantánamo en 1903; y, no habiendo omitido, en ninguna época de relativo reposo, dar algunas señales, siquiera indecisas y fugaces, de virtual actividad, de repente, bajo la calamitosa administración de Roosevelt, despojó a Colombia del Istmo de Panamá; poco después tocó por segunda vez, a las puertas de la República Dominicana, más tarde a las de Nicaragua, después a las del mismo México, hace poco a las de Haití, y ahora, de nuevo, a las de la República Dominicana, sin contar ciertos amagos a la integridad del Ecuador, y ciertos asomos de intervención en el Perú. Testimonios tan patentes e indelebiles, que no podría nadie, a vista de ellos, formar juicio equivocado en lo tocante a la naturaleza, tendencias y alcances del peligro; de modo que los Estados Unidos, cuyo Presidente puede hacer, en estos casos, lo que le venga en deseo, como que, no embargante la Constitución y las otras instituciones de esa República, está el sólo provisto de más poder que cualquier jefe de Estado europeo, los Estados Unidos, llamados *de América*, bajo la capa de *hermanos mayores* (que es un título mal pegado de que ellos mismos se ríen a sus solas), son la única gente del mundo que usa de dos caras, de dos pesos, y de dos medidas con los otros pueblos independientes del Nuevo Mundo, los únicos enemigos, bien que enemigos solapados, de todos



ellos; y así, de abuso en abuso, de atropello en atropello, y de atentado en atentado, si por ventura no les suscitan los cielos, o no les tienen suscitado, en las interioridades, no siempre inexplorables, de ese dios Pan que se llama lo porvenir, un adversario desconocido, pero apercebido y capacitado para salirles al paso, para atajarlos en la carrera de sus violencias imperialistas y para encararse con ellos, sin desventaja, en todos los terrenos; en el industrial, en el comercial, en el marítimo, en el de las armas, y en el de la inteligencia, que suple toda suerte o falta de recursos materiales o los crea y produce en un momento: en fin, un adversario, al propio tiempo, culto, comedido, justiciero, generoso, bien intencionado, inofensivo y magnánimo con el débil, y sojuzgador tan solo de los fuertes; ¡ah!... llegará, sin duda alguna, ese ladino, egoísta y despótico pueblo, al término de avasallar y dominar, de una manera o de otra, todo el hemisferio occidental, que es el sentido que interpretan los Estados Unidos esotéricamente la doctrina *de América para los americanos*, o sea *la Doctrina de Monroe*, que lleva también involucrado el encubierto y todavía, por dicha, inmaduro designio de excluir de América los intereses pacíficos de todas las naciones europeas.

Y a todo esto que pasa con la República Dominicana, ¿qué dicen o que han dicho esas prudentes y nobles naciones americanas, Chile, la República Argentina y el Brasil, cuya conciencia pública debe de experimentar el escozor de la dignidad deprimida con los desmanes exorbitantes y vandálicos de los Estados Unidos? Porque existe en efecto, entre estos pueblos, un vínculo de solidaridad moral, fuerte a la vez que impresionable, que resulta de los estrechos lazos de parentesco que los unen, y que hacen que al punto se conmuevan todos a una, cuando visita la desgracia la tierra de un hermano, cuanto más si esta desgracia es del linaje de la que padecemos en estos momentos los dominicanos. Además de esto, también se deben persuadir estos pueblos de que los Estados Unidos, desde el punto y hora que se dan, a la misma faz de todos, y sin recelo ni miramiento, a esos ataques a la independencia y libertad nacional de algunos de ellos, a sabiendas de las especiales relaciones de familia entre los mismos existentes, es porque con su habitual arrogancia los tienen en poco y los desprecian, y no se



curan de su opinión ni de su vindicta, a pesar de no poder pasar sin ellos y necesitarlos a cada paso, con empeño y con urgencia para que favorezcan, preferentemente, los intereses de su industria y su comercio: lo que, a todas luces, patentiza una completa y deshonrosísima carencia de sentido moral de parte de los Estados Unidos; bien al revés de lo que ocurre con Europa, que tiene por ley antes tener por amigo a los otros pueblos, que por enemigos. Lo cual sucede así, porque los Estados Unidos son una escuela de mercaderes impolíticos y sin escrúpulos, que buscan su interés sin tomar en consideración los intereses de los otros; y Europa es una escuela de prudencia y de grandes nobles acciones, donde los pueblos aprenden a no dañar a los otros pueblos, sino a quererlos, honrarlos y ganarles la voluntad, a proporción que les son más útiles o los necesitan para el género de negocios de que viven.

Y ahora, después de esto, ninguna persona, medianamente sensata, podrá negar que esos congresos panamericanos, donde, al parecer, se tratan con seriedad los asuntos comunes de todas estas naciones, redundan más bien en provecho particular de los Estados Unidos, que de las otras entidades que con ellos los componen, puesto que a estas no traen de beneficios más que el goce de ciertas ventajas nominales o decorativas, sin valor ninguno fuera del recinto donde las tales asambleas deliberan; al paso que las utilidades que reportan a los Estados Unidos, son utilidades positivas, que concurren, de una manera directa y eficaz, al mayor poderío y a la más cabal y exclusiva hegemonía política y comercial de esa Nación: consecuencias ambas por demás adversas a los intereses capitales de los pueblos americanos; los cuales, todo al contrario, lo que indudablemente requieren y necesitan para su salud, es que la inquebrantable competencia de otra u otras naciones extranjeras, fuertes pero leales y bien intencionadas, saque también ventaja, como hasta ahora, de los negocios económicos o comerciales de todos ellos, pues de esa única manera será como podrán estos pueblos, en conjunto o aisladamente, seguir su camino con seguridad y con fortuna hacia adelante.

Otro tanto hay que observar acerca de la *Unión Panamericana*, que los Estados Unidos han fundado en Washington, y que no se puede reputar sino por institución infundibuliforme, o



dicho de otro modo, una manera de escuela donde los Estados Unidos hacen de lobo, y los demás países americanos hacen de borregos, que pasan por todo lo que les inculca y les encomienda su maestro. Pues, si no, ¿de qué vale efectivamente, o cómo se ha de calificar, una sociedad de repúblicas que no sirve para estorbar que los Estados Unidos ultrajen a su antojo, los fueros de sus impotentes coasociadas?, cual si estas no tuviesen más que deberes que cumplir, y los Estados Unidos tan solo derechos que gozar: gravamen de una parte y franquicias de la otra; respeto y sumisión de todas para una sola, y burlas y desconsideraciones de una sola para todas. Y esto es lo que justamente acontece con la tal compañía, de tal modo, que para una unión de tan desigual contraproducente y ridícula naturaleza, más valiera quedarse desunidos para siempre, toda vez que con eso no se logra, ni con mucho, rodear de respeto ningún derecho natural de las demás naciones componentes, ni quedan estas garantizadas contra la propensión a la violencia de la más fuerte, pero desalmada, codiciosa, brutal y ensoberbecida de entre ellas.

Y no es tan solo eso lo indignante, sino que aún hay algo más, tan grave, tan penetrantemente americano y tan bien compadecido con la íntima condición de esta *Protesta*, como todo lo que ya queda dicho, en tal manera, que no lo puedo ni debo pasar en silencio. A lo que estoy aludiendo es a lo siguiente: el mes pasado dio el telégrafo submarino la extraña y estupenda noticia emanada a la vez de Río de Janeiro y Washington, de que en caso de guerra de los Estados Unidos con Alemania, todas las repúblicas americanas tomarían parte en ella a favor de los Estados Unidos, en lugar de quedar apartadas de toda contienda por la unánime observancia de los preceptos de más discreta y rigurosa neutralidad, como aconsejarían de consuno sus poderosos y múltiples intereses, no tan solo presentes, sino también venideros. Porque, hasta eso más, se ha tenido por empresa de poco monto y de poco trabajo, una declaración de guerra de los Estados Unidos a una potencia como Alemania, y en esa fe, se ha llegado a creer que países totalmente desorganizados, indisciplinados y fáciles de revolucionar por cualquier motivo, pueden ser los llamados a dar asistencia a esa República en un conflicto suyo de semejante especie con tal nación como la consabida; siendo así que de antemano espanta el solo



pensamiento de las consecuencias lastimosas y terribles que habría de traer aparejadas para la América entera tamaño acceso de locura, nada más que por seguir los insanos consejos de un pueblo o gobierno de dañadas intenciones. También se confía mucho, para esto, en el poder e influjo del dinero, y se piensa que quien lo posee tan a manos llenas, como los Estados Unidos, pueden hacer todo lo que le diere la voluntad de poner por obra. Lo cual constituye un error en tan extremo punto pernicioso, que, si acaso, participan de él los hombres de Estado de aquellas deficientes y achacosas nacionalidades, ojalá acierten a salir bien pronto de su engaño, y traigan a mejor ocupación su pensamiento, echando de ver, con la experiencia de lo presente, que los pueblos no más ricos, sino mejor organizados, mejor preparados, y más inteligentes, son los que pueden hoy luchar con los otros pueblos y vencerlos, si es que se debe luchar para triunfar y no para salir derrotados, pero aún así, dándolo todo por hecho y por sentado, hay que saber a cambio de qué y por qué razón se habrían de ingerir las repúblicas americanas en lo que no les tiene cuenta, pues ¿qué les va ni les viene, ni qué tienen que ver con que los Estados Unidos vengan a las manos con cualquier potencia del mundo que no sea la nación española? ¿Querrá decir que si los Estados Unidos se vuelven locos, las demás repúblicas americanas deben también perder el juicio? Sea, sin embargo, como sea, lo que hay de concreto en este asunto es que los Estados Unidos tienen pensado que, en caso de un embrollo tal con Alemania, las repúblicas americanas, declaradas de parte suya, podrían acudir, así sin agravio alguno que invocar a la persecución general de los militares de súbditos alemanes en ellas establecidos, y la expoliación de los cuantiosos e invalorable intereses de esta gente creados en todos esos países; y como esto sería todo cuanto, dada su impotencia, podrían llevar a cabo las repúblicas americanas en obsequio de los Estados Unidos, se infiere de ahí que los Estados Unidos en ese caso les asignarían la infame tarea y el infame papel de bandidos que, sin más ni más, se valen de la ocasión para proscribir a extranjeros indefensos y pacíficos y hacerse dueños de sus propiedades; lo cual, tan solo con decirlo, revuelve y lastima, hasta lo más profundo los sentimientos de hospitalidad, la dignidad y la hidalguía que



tan en sumo grado caracterizan y enaltecen hoy y caracterizaron y enaltecieron ayer a las generosas, leales e ingenuas colectividades que tienen el derecho y el deber de señalar por antigua metrópoli a España.

Tales, pues, son las miras torpes, bajas, ruines y antipanamericanas de los Estados Unidos; así que *felices quos faciat periculum yankeium cautos*.

Por lo demás, nada me resta ya que decir, y voy a terminar. Yo, permaneceré en mi oscura y prolongada proscrición; yo continuaré comiendo, como hasta ahora, el desabrido pan extranjero, tan duro de adquirir; yo seguiré experimentando el dolor de tener que subir y bajar la escalera ajena, mientras dure esta bárbara *vía crucis* de la patria, mientras huelle su suelo la planta del grosero y sangrado soldado yankee, mientras se vea flotar ¡oh ignominia! en sus puertos y en sus aires, la lúgubre y execrable bandera de los Estados Unidos, a quienes, desde este día, dejo emplazados ante el supremo, riguroso e infalible tribunal y justicia de los cielos. Y, tras esto, y antes que esto, Dios sobre todo.

Saint Thomas, Antillas Danesas, 30 de mayo de 1916.



Índice onomástico

A

About, Edmundo 95
Adán 49
Alejandro Magno 72
Andrés, Chery 9
Aristóteles 72

B

Báez, Buenaventura 19-20, 40, 94
Baker, Samuel 88
Betances, Ramón Emeterio 15-16
Bolívar, Simón 54, 73, 94, 100, 110
Boyer, L. 56
Bryan 141
Bull, John 84
Buneau Varilla 56

C

Cabral, José María 19
Cáceres, Ramón 11
Castelar, Emilio 17
Castellanos, Manuel 76
Castellans, José 75
Cedeño, Inés 27
Cestero, Mariano A. 13-21
Cincinato 52
Cleopatra 97
Colón, Cristóbal 52, 54, 68, 70-71, 93

D

Dante Alighieri (llamado Dante) 71, 129

Deetjen, Alfredo 25, 27-28
Dickens, Charles 129
Diocleciano 141
Dowson 88

E

Eva 49

F

Fayate, Julio 100
Flores, Ramón 9
Francisco José 73
Fulton, Robert 52

G

Gautier, Manuel María 40
Ginebra, José 27
Gladstone, William Ewart 100
Grant, Ulises S. 92-93
Grullón, Eliseo 27
Guillermo, Cesáreo 39
Gutenberg, Johannes 52
Guzmán Blanco, Antonio 100
Guzmán Galicia, Enrique 33

H

Hércules 69
Heureaux, Ulises 9-10
Homero 69
Hostos, Eugenio María de 15
Hugo, Víctor 17, 59, 68, 70



- | | |
|---|-----------------------------------|
| I | O |
| Isabel II 17 | Ortiz, Dantes 10 |
| J | P |
| Jefferson, Thomas 139 | Paz Morales, Juan de la 27 |
| Jesucristo 51, 54, 63 | Peña, Domingo A. de 33 |
| K | R |
| Kant, Emmanuel 140 | Renan, Ernesto 70-71 |
| Knight (señor) 83 | Reyes, Wenceslao 27 |
| Kunhardt, José Eugenio 9 | Rodríguez, Demetrio 10 |
| L | Roosevelt, Teodoro 141, 143 |
| Larrazábal, Felipe 18 | Root 141 |
| León XIII 88 | S |
| Lesseps, Ferdinand de 10, 43-44, 52,
56, 62, 65, 70-72, 74 | Sagredo, Andrés 9 |
| Limardo, Ricardo 9 | Salavarieta, Policarpo 73 |
| Lisle, Rouget de 26 | Salomón 16 |
| Lista y Aragón, Alberto 131 | Sánchez, Francisco del Rosario 17 |
| López, José Ramón 9-10 | Saviñón, Francisco 18 |
| López, Narciso 143 | Semíramis 97 |
| Luperón, Gregorio 9, 13-16, 18-21, 25-28 | Sumner, Charles 93 |
| M | T |
| Mejía, Juan Tomás 15 | Taft, William H. 141 |
| Mejía, Tomás 143 | Toro, Domingo del 42 |
| Meriño, Fernando Arturo de 1, 15, 32 | Treduel, Filomena 9 |
| Mesalina 97 | U |
| Mesner de Imbert, Manuela 135 | Uncle Sam (Tío Sam) 84 |
| Miramón, Miguel 143 | V |
| Mongolfier, Jacobo Esteban 52, 65 | Vega, Lope de 113 |
| Mongolfier, Juan Miguel 52, 65 | W |
| Monroe, James 105 | Washington, George 54, 94 |
| Morales, Agustín F. 9-10 | Wilson, Woodrow 141 |
| Morales Languasco, Carlos 10 | |
| Morse, Samuel 52 | |
| N | |
| Nugent, Julio 9 | |



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir,* por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño,* por E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío* (poeta, restaurador, historiador, mártir), por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones,* por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del "Boletín" del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin. Traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi. Vol. III, C. T., 1959.



- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos* (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos* (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos* (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*, por Juan Vicente Flores. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*, por Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*, por Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*, de Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*, por Manuel Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*, compilación de José Luis Sáez. S. J. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó / Textos selectos*. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521)*, por Miguel D. Mena. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo*, Vol. I: 1492-1501, por fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* (Vol. LXXX de la Academia Dominicana de la Historia). Por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894),* tomo I (Vol. LXXXII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894),* tomo II (Vol. LXXXIII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain* (traducción al castellano del P. Jesús Hernández). Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba, por Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo,* por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos,* por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer,* por Eugenio María de Hostos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)* (Vol. LXXXI de la Academia Dominicana de la Historia), por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*, por Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. XLVI *Años imborrables*, de Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Santo Domingo, 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*, de Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I) de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilianarias*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*, por José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*, por Antonio Sánchez Hernández. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo I, por José Luis Sáez, S.J. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo II, por José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D.N., 2008.



- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*, por el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S.J. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*, por María Filomena González Canalda. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*, por Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*, de César A. Herrera. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*, de Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos*, de Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*, de H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*, por Olga Pedierro, et. al. Santo Domingo, D.N., 2008.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007
- Vol. II *Heroínas nacionales*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, 2007. E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*, por Alejandro Paulino Ramos. Segunda edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, D.N., 2008.







Este libro, *Escritos desde aquí y desde allá*, de Juan Vicente Flores, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, C. por A, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de diciembre de 2008. Está compuesto en caracteres New Baskerville tamaño 11.5 e impreso en papel cáscara de huevo de baja densidad. La impresión consta de 1,000 (mil) ejemplares en tapa rústica.



regreso al hogar". Pero esta estadía sería momentánea, pues tuvo que salir de nuevo al extranjero en 1892, al sentirse acosado por la dictadura, y se instala en Puerto Príncipe, Haití, donde trabaja como profesor de Lengua Española en el Liceo Nacional.

Después seguiría moviéndose en el exilio. Publicaría en Curazao, en 1901, el libro en que expone sus posiciones contra la dictadura de Ulises Heureaux: *Lili, el sanguinario machetero dominicano, titulado Pacificador de la República, en vez de Sacrificador y Pacificador de sus Ciudadanos*. Este texto fue publicado nuevamente como volumen XX, dentro de la colección de publicaciones del Archivo General de la Nación, en el año 2006. En 1902 regresa a la República Dominicana, y participa activamente en la política del momento, como simpatizante del partido de los bolos o jimenistas. Durante el gobierno de Carlos Morales Languasco era miembro de la Junta Gubernativa organizada en Puerto Plata por el presidente. Pero esta liga entre Morales Languasco y Juan Vicente Flores sería efímera, pues este último no estuvo de acuerdo con la decisión del primero de desligarse de los jimenistas. Flores se unió entonces a las tropas del general Demetrio Rodríguez que se levantaron contra el gobierno en la Línea Noroeste. Fracasado el movimiento insurreccional, pasó de nuevo a su condición sempiterna de exiliado, ahora en Saint Thomas. Allí llevó una vida marcada por las precariedades existenciales. Se dice que hasta llegó a vender billetes de lotería para poder subsistir.

Luego del asesinato del presidente Ramón Cáceres el 19 de noviembre de 1911, Flores trasladó su residencia hacia Haití, desde donde regresó a las Antillas Danesas, donde tuvo noticias de la ocupación de su patria en 1916, por las tropas de la marina de los Estados Unidos. Entonces alzó su voz de protesta contra aquella acción, en una hoja suelta fechada en Saint Thomas el 30 de mayo de dicho año.

La muerte de Juan Vicente Flores se produjo en Barcelona, España, en enero de 1920. Allí residía mientras realizaba gestiones para publicar un ensayo acerca de la situación político-social dominicana.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ

BADH
BIBLIOTECA
RD864.42
F634e
Ej. 1

007256





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



ISBN 978-9945-02-58-8